

Por Israel

CR
864.6
N218p

IS

de la

Biblia



POR ISRAEL
Y POR LAS PAGINAS DE LA BIBLIA

Carmen Naranjo

1976

35008



Dedico este libro al pueblo costarricense, pues reúne los artículos que escribí desde Israel para dar a conocer las historias, las tradiciones, los lugares y la cultura de esta gran nación. Pensé que al cumplir las funciones de Embajador de mi país, no podía reservarme las oportunidades de conocimiento que ese cargo me deparó. Por responsabilidad las compartí con mi pueblo.

Ahora que veo reunidos estos artículos, pienso que el primer propósito de trasladar a mi pueblo la cultura judía se cumplió y abrió otros fines, que también fueron parte de mi vida y de mi misión en Israel: contribuir a la comprensión y a la paz entre todos los pueblos, por la vía del conocimiento y del intercambio cultural, reafirmar el cristianismo con ese espíritu universal que debe reinar entre las diferentes creencias, y combatir los "anti" que tanto daño han hecho a la humanidad. El antisemitismo es una negación a los altos valores y derechos de un pueblo que, asentado desde hace milenios de años en la cultura universal, protagonista de ella, creador y víctima, merece el sitio del reconocimiento y el territorio necesario para ser y crecer.

Este libro está libre de pretensiones: recoge lo que fue mi interpretación personal de lo que debe ser la labor de una embajada costarricense, la que sin descuidar las relaciones oficiales y comerciales, debe contribuir a enlazar culturalmente a los pueblos, para que unidos por el único lazo indestructible, la cultura, puedan entenderse con la espontaneidad y la confianza que da el conocimiento.

Los artículos han sido recogidos y publicados por un grupo de amigos costarricenses judíos. Para ellos mi mayor agradecimiento.

Carmen Naranjo.



INDICE

Página

COSTUMBRES Y TRADICIONES

Años y días en Israel	1
Los sábados en Israel: Viernes Santos semanales	3
Janucá en Jerusalén	5
El carnaval judío	7
La Pascua Judía	9
Shavout	11
Las bodas judías	13
El mal de ojo	15
La sobriedad en Israel	17
El insulto	19
El ladino en Israel	21
La lengua hebrea	23
Las edades en Tierra Santa	25

LUGARES Y SU HISTORIA

Masada:

Josefo Flavio, ¿judío o romano?	29
Masada	31
Los héroes de Masada	34
Las excavaciones en Masada	37
La cueva de Macpelá: un lugar de disputa	40
Una ciudad nueva sobre seis mil años de antigüedad	42
El Teatro Romano de Beit-Schean	44
La muralla de Jerusalén y sus puertas	46
Mea Shearim: ciento por uno	49
Belén: casa del pan	52
Ein Karem: la cuna de San Juan Bautista	54
El Mar Muerto	56
El Mar de Galilea	58



GENTE Y SUCEOS

Los samaritanos, los buenos samaritanos	63
Los drusos y sus principios morales	66
El mercado de camellos y los beduinos	69
Los armenios y el gusto de ilustrar	71
El Kibutz: ni riqueza individual ni poder individual	74
Elegir o no elegir	77
La guerra de Yom Kipur:	
Yom Kipur y la guerra	80
Sinaí y Golán	82
Las víctimas	84
El buen humor: arma eficaz	86

RELIQUIAS CRISTIANAS

Betfagé	91
El Cenáculo	93
La Vía Dolorosa	95
El Santo Sepulcro	97

POR LAS PAGINAS DE LA BIBLIA

Adán y Eva: la primera pareja	103
Caín y Abel	106
Noé y el éxodo del agua	110
La Torre de Babel y el problema de comunicación	113
Job, el héroe del sufrimiento	116
Salomón, el rey sabio en sabiduría de amor	121
Salomón, hombre y rey	124
Salomón, el hacedor de proverbios	127
Salomón, el predicador	130

AÑOS Y DIAS EN ISRAEL

Para conocer y querer a un pueblo, no es suficiente compartir con él. Es necesario penetrar sus costumbres y tradiciones.

Israel tiene un verdadero caudal de símbolos, conservados a través de siglos, que configuran una vida, a veces diferente, muy diferente a la normal en el occidente. Una vida respetable, digna de toda admiración que enseña el espíritu singular del pueblo hebreo.

Estamos en Israel en el año 5.733, porque ellos siguen sus cálculos de tiempo, basados en la Biblia y parten de la era de creación del mundo. En el primer día de nuestro calendario, ellos ya tenían acumulados 3.760 años. (Al haber celebrado los judíos en setiembre el año nuevo, la cuenta de 5.733 resulta de sumar 3.760 a nuestra época de 1973).

El año judío sigue dos medidas: la solar, o sea el tiempo que dura el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, 365 días y un cuarto; la lunar, que regula el tiempo de los meses, que se miden por el movimiento de la Luna alrededor de la Tierra, 29 días y medio.

El año judío tiene 12 meses normalmente. Sin embargo, en un ciclo de 19 años se intercalan 7 años bisiestos de 13 meses. Eso equilibra el año solar de 365 días y cuarto, y el año lunar de 354 días y medio con una diferencia de 11 días cada año y en 19 años de 209 días, que se acomodan en 7 años de 13 meses.

El año judío, por razones prácticas, tiene 5 meses de 29 días, 5 de 30 días, y dos cuya duración cambia cada año.

Los meses tienen nombres de origen babilónico y son los siguientes: Nisan, Iyar, Sivan, Tamuz, Ab, Elul, Tishri, Marjeshvan, Kislev, Tevet, Shevat y Adar.

Algunos tienen significados muy elocuentes, como Nisan (flor), Iyar (luna luminosa), Sivan (esplendor), Tamuz (tierra seca), Elul (cosecha) y Tishri (comienzo).

En el caso de los años bisiestos, el decimotercer mes se llama Ve-Adar o Adar Sheni, que significa Adar segundo.

El año civil comienza en Nisan y el calendario hebreo se inicia en Tishri, época que señala el fin de las cosechas y el recomienzo de las labores agrícolas. Nisan es un mes entre marzo y abril y Tishri entre setiembre y octubre.

Actualmente estamos en Kislev, la época de Janucá, fiesta de las luminarias.

Salvo el sábado, llamado en hebreo shabat, el resto de los días no tienen nombre, se denominan por su número, el domingo es el primero y día de trabajo normal. El sábado es día de descanso obligatorio.

La cuenta de la unidad día es también muy curiosa. Empieza en el anochecer de un día hasta el anochecer del siguiente. En esta medida se sigue el decir de la Biblia, en el Libro del Génesis, "Y hubo tarde y hubo mañana el día primero".

El calendario más antiguo que se conoce en la historia del pueblo hebreo, es el encontrado en la antigua ciudad de Gezer. Refleja la experiencia de un agricultor y corresponde fielmente a la observación de los fenómenos estelares, como lo han hecho siempre las tribus nómadas y sedentarias. Este calendario menciona nueve meses: dos meses de cosecha, dos meses de siembra tardía, mes de rastrillo, mes de la cosecha de cebada, mes en que todo lo demás se cosecha, dos meses en que se poda la vid y un mes de la fruta del verano. Fue descubierto en 1908 y está actualmente en el Museo de Antigüedades de Estambul, Turquía.

Las ruinas de Gezer, ciudad que recibió el Rey Salomón como dote de una de sus esposas, se encuentran en el camino hacia Ramla. El calendario data de 950 años antes de Cristo y está grabado en una piedra de 11 centímetros de largo.

Hilel el Segundo, en los años 360-365 de nuestra era, creó el calendario hebreo actual.

Quizás otra curiosidad que cabe citar es la de que los árabes comienzan su calendario el 15 de julio, fecha en que se conmemora el vuelo de Mahoma de la Meca a Medina, por lo tanto están ahora en el año 1392, o sea 580 menos que la era cristiana.

Estoy, por lo tanto, en Jerusalén, ciudad cargada de tiempos milenarios y con un compás que acelera la hora hacia adelante, la Jerusalén industrial que hace el futuro, y otro que pierde en la remotidad la sensación del presente. Estoy en Jerusalén, en el año 5.733, en el año 1973, en el año 1392, en el mes de Kislev, en el mes de diciembre, en la época musulmana del sacrificio, que obliga a cada creyente a viajar a la Meca.

LOS SABADOS EN ISRAEL: VIERNES SANTOS SEMANALES

En este mundo moderno, caracterizado por su quehacer constante e incansable, parece increíble el cumplimiento perfecto del precepto bíblico del descanso.

Nuestros domingos son apenas un disminuir de actividades o un cambio de ellas.

Los viernes santos son lo único comparable a los sábados en Israel, por su quietud, por el cese de movimientos, por la dulce paz en que pasan las horas y se siente lenta y benévola transcurrir el tiempo.

El sábado, único día que tiene nombre en hebreo, el resto se denomina con números, significa descanso (shabat).

La consagración concuerda con el ritmo de la creación. “Y acabó Dios en el día séptimo su obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda su obra que había hecho. Y bendijo Dios al día séptimo, y santificólo, porque en él reposó de toda su obra que había Dios creado y hecho”.

El sábado viene a ser la contemplación y acto de gracias por la semana de trabajo, la tregua de reposo contemplativo, la interrupción semanal de la labor como necesidad para el desarrollo físico y espiritual.

Moisés recoge en el cuarto mandamiento la regla del descanso: “Guardarás el día de reposo para santificarlo, como Dios te ha mandado”.

“Seis días trabajarás y harás toda tu obra, mas el séptimo día es reposo a tu Dios: ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descanse tu siervo y tu sierva como tú. Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido, por lo cual Dios te ha mandado que guardes el día de reposo”.

El shabat recuerda que el trabajo no tiene sentido sin su exaltación. Ninguna obra se realiza realmente si no existe el tiempo libre para contemplarla. De semana en semana vamos viviendo, en tratos convencionales quizás, pero en medida que son períodos de valoración.

¿Cuál es el sentido del cuarto mandamiento de Moisés, en ese ordenar “ninguna obra harás”? Más tarde menciona en sus ordenanzas, recibidas directamente de Jehová, los trabajos prohibidos como cocinar, amasar, viajar, encender fuego, vender y comprar. La tradición hebrea ha completado las prohibiciones y son casi absolutas, por lo que el sábado es quietud completa.

En Israel su celebración se inicia al atardecer del viernes, conforme la cuenta de los días. Sin embargo, el cese de actividades comienza al mediodía del viernes, en que los comercios cierran, el tráfico disminuye y se presiente la quietud sabática.

Los religiosos ortodoxos toman el “mikva”, el baño ritual, la limpieza es la nota que introduce la celebración. En sus casas la comida se alista y un horno especial la conserva caliente desde el atardecer del viernes hasta el atardecer del sábado, pues no se encenderá el fuego, lo mismo las luces de la casa se mantienen durante el día. La prohibición de hacer fuego es tan estricta que no se puede fumar. El uso del dinero se cambia por tiquetes específicos, en el evento de una compra urgente, ya que no se puede emplear dinero.

Hay una anécdota que circula entre los diplomáticos, sobre lo que pasó a uno de ellos, con la celebración del sábado. Estaba caminando cerca de su casa

cuando un religioso ortodoxo interrumpió su paseo, rogándole vehemente que le ayudara. El problema de distintas lenguas impidió la comprensión del ruego. Entonces el religioso tomó al diplomático por el brazo y lo llevó a su casa, en donde había un corto circuito en las luces y se necesitaba con urgencia apagarlas, un trabajo prohibido el día sábado. El diplomático hizo el servicio, pero bien entendido el precepto sabático él también estaba impedido de hacerlo, porque tampoco trabajará el extranjero que se encuentre “dentro de tus puertas”.

En los barrios religiosos aquí en Jerusalén, ponen barreras que impiden el tránsito de vehículos. Después de muchas conversaciones, han permitido el paso de ambulancias.

Los autobuses dejan de circular desde el atardecer del viernes, los cines y los lugares de entretenimiento cierran, lo mismo que restaurantes y en algunos hoteles de religiosos no se usan los teléfonos y se paran los elevadores. No hay periódicos los “shabats”.

Dentro de la quietud que recuerda un viernes santo, el sábado es un día de alegría. Con excepción del Día del Perdón, toda fecha de ayuno que coincida con el “shabat” se posterga. El duelo por la muerte de un pariente no se puede demostrar ese día, ni tampoco se dan pésames. La muerte no encuentra lugar durante el sábado en Israel. Con una fórmula especial se saluda a quienes embarga el dolor ese día: “Hoy es sábado, no debemos lamentarnos porque la consolación está cerca; observad el sábado en paz”.

Cada hogar y cada familia se engalanan para celebrar el sábado, en este país y en muchos lugares de la diáspora.

Los candelabros de plata, cobre o bronce, seguramente parte de la herencia familiar, adornan las mesas. Al encender las velas se pronuncia la bendición: “Bendito sea el Eterno, Rey del Mundo, que nos santificó con sus preceptos y nos ordenó encender las velas del sábado”. Dos panes de trigo recuerdan la porción doble de maná que los judíos recogían en el desierto la víspera del sábado.

Ese día cada padre bendice a sus hijos. A los varones les dice: “Dios te haga como a Efraín y Menashe”. A las mujeres: “Dios te haga como a Sara, Rebeca, Raquel y Lea”. A ambos les dice: “Dios os bendiga y conserve, os ilumine y prodigue la gracia, os observe con misericordia y otorgue la paz”. Y la esposa recibe el homenaje de la exaltación de sus virtudes, con la lectura del capítulo XXXI de los proverbios: “Mujer valiente, quién la hallara: Porque su estima sobrepaja ventajosamente a las piedras preciosas. El corazón de su marido en ella está confiado, y no le faltará sustento. Le brinda siempre el bien y nunca el mal, todos los días de su vida”.

Ya en la mesa, la familia escucha el “kidush”, la oración que santifica el día y expresa la gratitud de Israel a Dios por el hecho de que con su benevolencia ha dignificado al pueblo de Israel por medio del sábado sagrado, en que se recuerda la creación de la existencia humana y el éxodo de Egipto.

En la noche del viernes se oyen canciones. Grupos de jóvenes en la calle cantan con alegría. Algunos también danzan y muchos llegan hasta el Muro de los Lamentos a expresar sus oraciones, sus cantos, sus danzas. Una hermosa y conmovedora expresión de fe.

Y así se vive los sábados en Israel, con la devoción alegre que demuestra el célebre poema de Salomón Haleví: “Al encuentro del sábado vayamos, que es manantial de bendiciones. En los orígenes fue modelado como coronación de la obra preconcebida. Ve, amado, al encuentro de la novia, acojamos la paz del sábado”.

JANUCA EN JERUSALEN

El 25 de Kislev se inició la fiesta de Janucá, fiesta de las luminarias, que duró ocho días. Las calles principales de Jerusalén se iluminaron. La Knesset (el parlamento) en su colina irradiaba una luz clara, amarilla. La Universidad Hebrea también extendió su silueta hacia la noche. Los museos, la muralla, todos los edificios públicos se llenaron de luces.

En cada casa se siguió la tradición del candelabro de ocho brazos. El símbolo del Estado, la Ménora, tiene los siete brazos tradicionales. El de Janucá, además de los ocho, tiene uno suplementario, que soporta la vela que va encendiendo cada día una más, hasta completar las ocho.

Janucá significa en hebreo "inaguración" y celebra la victoria de los Macabeos sobre la dominación siria de Antíoco Epífanes, quien se había educado en la cultura helénica y se empeñó en "helenizar" al pueblo judío. Reinó en Israel en los años 175-163 antes de Cristo.

Una larga resistencia pasiva precedió al movimiento de Judas, apodado Macabeo (el martillador), quien logró purificar y reinaugurar el templo, el que había sido profanado con la introducción de ídolos paganos y con el sacrificio de cerdos.

La reinauguración del templo la logró en diciembre del año 164 antes de Cristo, y desde esa fecha parte la fiesta de Janucá. Dice la tradición que no había aceite suficiente para iluminar la Ménora, razón por la cual se fue encendiendo una vela cada día hasta el término de ocho días, que es el tiempo necesario para la preparación del nuevo aceite.

Una plegaria especial se dice en esos días: Al Hanisim, oración de gratitud por los hechos ocurridos, en que se menciona "hiciste que los débiles vencieran a los fuertes, los pocos a los numerosos".

En los hogares la fiesta de Janucá es una fiesta para los niños. Tienen dulces, regalos, juegos y canciones.

La vida de trabajo sigue su curso, la festividad se celebra sin feriados. Las escuelas detienen las lecciones normales para cumplir la tradición de las luminarias, de las canciones, de las plegarias y sobre todo recordar la hazaña trascendente de la celebración, o sea el hecho de haber rechazado una cultura extranjera, la griega, que sin duda debió ser tentadora frente a la austeridad y a la disciplina de la religión judía.

Dos mujeres judías se recuerdan también en esta época: Janá y Judith. La primera se negó a contravenir las leyes de su religión y desobedeció la orden de Antíoco, quien la conminó a comer carne de cerdo. No cedió al martirio, ni aun al ver sacrificar a cada uno de sus siete hijos. Llegó a la muerte sin traicionar su fe. Judith fue más feliz en su heroísmo. Con ingeniosos trucos conquistó al general Holofermes, quien tenía a su cargo el sitio de la ciudad de Betulia. Embriagado de amor y de vino, fue fácil presa de Judith, la que le cortó la cabeza y la llevó como trofeo a su pueblo. Los soldados, ya sin jefe, abandonaron el sitio y Betulia quedó libre.

Una de las canciones más populares de Janucá es la llamada Maoz Tsur. Su texto recuerda cuatro épocas de persecución del pueblo judío: la egipcia, la babilónica, la de Hamán y la de Antíoco. Todas esas épocas se vencieron y

muchas otras más. Aquí está ahora este Eretz Israel, en este difícil Medio Oriente.

La fiesta de Janucá se sigue celebrando, pues así lo ordenó Judas Macabeo, el 25 de Kislev del año 165 antes de Cristo, tal como lo dice el Libro de los Macabeos: "Y Judas Macabeo y sus hermanos con toda la comunidad de Israel resolvieron que la fecha de la reinauguración del altar debía ser celebrada, año tras año; durante ocho días, desde el 25 del mes de Kislev, con alegría y regocijo".

Y así Janucá ha perdurado por siglos como prueba de firmeza y de fe.

EL CARNAVAL JUDÍO

Después del carnaval que celebran algunos países cristianos, el pueblo judío hace el suyo. Hace varios siglos, la costumbre se inició en Francia y de ahí pasó a otras naciones, en donde residen comunidades judías. Estos carnavales, con mascaradas en plazas y bailes de disfraces, reviven los personajes bíblicos: Noé, Josué, David y Goliat, Salomón con su séquito de esposas.

El carnaval judío se celebra con motivo de la festividad de Purim. Este año los días de la celebración son el 18 y 19 de marzo. Es una de las fiestas más alegres del pueblo hebreo, en que se conmemora la historia de Ester, conforme está relatada en el libro de la Biblia que lleva su nombre. Este libro se llama en hebreo la Meguilá. Su lectura forma parte del ceremonial religioso.

El rey Asuero, un rey persa, de cuyo reinado no se especifica la época, pero que se conjetura transcurrió en el siglo V antes de Cristo, estaba casado con la reina Vasti, mujer de "hermoso parecer". En el año tercero de su reino, hizo el rey un banquete de celebración para lo más distinguido de sus príncipes y siervos en todo su dominio, que iba de la India hasta Etiopía. Ese banquete duró 180 días, lo que enfatiza la largueza, magnificencia y extravagancia oriental en materia de agasajos. Para el pueblo hizo el rey un banquete de siete días, no menos fastuoso, pues había "reclinatorios de oro y plata, sobre pavimentos mosaicos de pórvido y mármol blanco y alabastro oriental y mármol negro". Al final de tales fiestas, el rey llamó a la reina Vasti, pero ella rehusó venir. El libro no tiene explicación alguna sobre su negativa, por lo que cabe preguntarse: ¿es un caso de desobediencia caprichosa o la primera rebeldía de la mujer, en demanda de sus derechos? Los consejeros del rey señalan que la actitud de la reina puede dar origen a que las mujeres del reino—imperio la imiten, y entonces los maridos serían despreciados. Aconsejaron quitarle la dignidad real, por lo que Vasti no fue más la reina Vasti. A la vez se ordenó a todas las mujeres dar honra a sus maridos, desde el mayor al menor de ellos. La rebelde, si lo era, perdió su batalla y su dignidad. Surge entonces Ester, mujer judía muy bella, a quien Mardoqueo, su tío, al saberla huérfana había tomado como su propia hija.

Ester participa en el "concurso" para la nueva reina, sin revelar su nacionalidad, y llega a ser la escogida. El rey elige un favorito, Hamán, quien resiente que Mardoqueo no se incline para reverenciarlo y urde la destrucción de los judíos que habitan en todo el reino. Logra el asentimiento del rey Asuero, pero Ester con el consejo de su tío interviene astuta y hábilmente: estaba dotada de inteligencia estratégica y de amor al pueblo judío. Así la matanza planeada, se vuelve manzana de los antisemitas, en que cae Hamán, el favorito del rey.

La fiesta que conmemora estos hechos se llama Purim, que viene de Pur: juego, porque al azar escogió Hamán las fechas de la matanza.

Al leerse el libro de Ester en la ceremonia religiosa, las matracas llenan de bullicio el ambiente cada vez que se menciona el nombre de Hamán, el enemigo, el que deseaba hacer holocausto del pueblo judío.

Este libro de Ester es el único de la Biblia que no menciona el nombre de Dios; tampoco es un libro poético, de sensibilidad humanística; es un libro épico, de toma y daca, de defensa guerrera, de habilidad en devolver las malas acciones planeadas con realidades sangrientas. El relato estremece y deja un sabor amargo, pues recuerda los recursos de la violencia para defenderse de la misma violencia,

esa violencia que tanto daño hace todavía en el mundo. Al terminar su lectura, se sabe que el Hamán ahorcado, en la misma horca que él había preparado para Mardoqueo, volverá pronto a renacer, con otro nombre, en otro lugar, para cobrar venganza. La cadena de venganzas es siempre interminable.

Purim, este carnaval judío que conmemora los hechos relatados en forma somera y que representan una estancia de libertad para el pueblo en un momento histórico de muchos siglos atrás, está presidido por un día de ayuno, el ayuno que hizo Ester y pidió a su pueblo hacer, antes de intervenir con el rey en favor de sus compatriotas. Luego sigue la fiesta, dividida en dos actos principales: el shalaj manot, envió de regalos; y la seudá, cena de Purim.

En las ciudades, especialmente en Tel Aviv, se lleva a cabo un festival llamado "adloyada", que significa "hasta que uno ya no sabe más". Algunos dicen que la alegría debe llegar a tanto, que los judíos no distinguen si bendicen a Mardoqueo o si bendicen a Hamán.

Algo de nuestra navidad hay en el ambiente, pues los paquetes de regalos circulan por las calles. Sin embargo, la ligera semejanza tiene sus diferencias: los regalos son más comedidos, no llegan a la verdadera orgía de intercambio por el mero hecho del intercambio que caracteriza nuestra Nochebuena. Después, la tradición se orienta más hacia los pobres. Así está dispuesto en el libro de Ester: "ordenándoles que observasen el día 14 del mes de Adar, y el día 15 del mismo, todos los años, como días en que los judíos tuvieron descanso de sus enemigos, y el mes que les fue trocado de duelo en regocijo, y de luto en día bueno; haciéndolos días de banquete y de regocijo, y de enviar porciones los unos a los otros, y de hacer dávidas a los pobres".

"Con el mes de Adar llegan muchas alegrías", dice un proverbio judío. El mes de Adar es el mes de marzo de nuestro calendario. Que la alegría de la paz, del hombre sin espada, del ser humano sin carga de raza o de religión, de la persona sin valor de cosa, llegue muy pronto, en el mes de marzo más próximo.

PESAJ: LA PASCUA JUDIA

Jesús vino a Jerusalén para Pesaj. Era, en su tiempo, una fiesta de peregrinaje. Los hombres acudían al Templo de Jerusalén, para agradecer la salida de Egipto, la entrada de la primavera y los frutos de la estación.

Jesús vino a Jerusalén, consciente de que "había llegado la hora de salir de este mundo, e ir al Padre".

La Semana Santa y Pesaj tienen fechas muy próximas. Este año Pesaj se celebra del 16 al 23 de abril. La Semana Santa es del 15 al 22 de mismo mes.

Pesaj conmemora el éxodo de Egipto. Dice la Biblia: "Tened memoria de este día, en el cual habéis salido de Egipto, de la casa de servidumbre; pues Dios os ha sacado de aquí con mano fuerte".

El significado de Pesaj, es "pasar por encima", que según la interpretación tradicional tiene relación con la última plaga con que Dios castigó a Egipto por no permitir la salida del pueblo judío.

"Sacrificio de la Pascua es a Jehová, el cual pasó por alto las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando iba hiriendo a los egipcios, y libró nuestras casas".

Por eso, un día antes de la celebración de Pesaj, los primogénitos israelitas ayunan, en recuerdo al hecho de que los primogénitos judíos en Egipto se salvaron, mientras los primogénitos egipcios murieron.

Antiguamente se sacrificaba un cordero, en memoria del sacrificio que cada familia judía hizo la víspera de la salida de Egipto. Ahora sólo conservan esa costumbre las tribus samaritanas que viven en Israel.

Pesaj también se llama la fiesta de los ázimos, del pan sin levadura, "matsá", pan de miseria, preparado con trigo y agua, que durante ocho días reemplaza el pan corriente. Durante los días de Pesaj, en ningún abastecedor o venta de alimentos, es posible conseguir otra clase de pan, se requiere comprarlo en los centros de población árabe.

La "matsá, lajma anyá", el pan de la privación, revive la orden de Jehová de no comer pan fermentado durante esos días, de no permitir que hubiera levadura en las casas y de no comer "cosa leudada", pues "la tal persona será cortada de en medio de la Congregación de Israel, ora sea extranjero, ora de vuestra nación".

La tradición señala que la "matsá" infunde en la conciencia del pueblo judío la justicia y la bondad, pues le recuerda que no debe abusar del poder, debe respetar el derecho del prójimo y ayudar al necesitado, así como no olvidar que fue esclavo en Egipto.

En los hogares religiosos, se limpia cuidadosamente las casas para que desaparezca cualquier pedazo de pan fermentado, ni siquiera una migaja. Los utensilios de cocina se cambian, lo mismo que la vajilla; se utilizan los "kásher le Pesaj", es decir los especiales para la fiesta. Las familias que carecen de ellos, deben hervir varias veces platos, cubiertos y ollas.

Después de la destrucción del Segundo Templo, las festividades de Pesaj se celebran en los hogares. Desde los abuelos hasta los nietos cenan juntos. La primera cena se llama "séder" (orden) y la puerta de la casa queda abierta, para que se una a la familia la persona sin hogar o el extranjero. El dueño antes de sentarse a la mesa, dice con generosidad: "el que quiera celebrar Pesaj, que venga y festeje con nosotros". La familia israelita, abierta y cordial, invita a todo aquel que sabe solo, aun cuando sea de religión ajena a la suya.



Un sitio en la mesa está vacío, es el sitio del Profeta Elías o del Mesías a quien él presentará.

Todas las sillas de la mesa son corrientes, excepto la del dueño de la casa, quien preside la ceremonia. El se sienta en un cómodo sillón y se reclina en varios almohadones. Así se simboliza que la época de esclavitud ya no existe, el judío no es esclavo que deba comer de prisa y de pie. Es hombre libre, con derecho a comer despaciosa y confortablemente.

El pueblo judío se ha llamado el pueblo del libro. En esta celebración no falta el libro. Cada comensal tiene su "Hagadá", el que contiene los detalles y dibujos de la ceremonia, rezos, leyendas, narraciones, poesías y canciones del "séder".

Varios símbolos comestibles se usan en la cena: un trozo de carne asada con hueso, así como un huevo duro, que recuerdan el cordero que se sacrificaba en pascua; hierbas amargas que rememoran las tristes experiencias de los judíos en Egipto; un dulce de manzanas, nueces, ciruelas y vino que evoca el color del barro con que los judíos preparaban los ladrillos, en los tiempos de esclavitud para construir las fortalezas de Pitom y Ramsés; tres panes ázimos en honor de las tres ascendencias del pueblo: uno para los que descienden de los Cohen, otro para los que son Levy y el último para los que son de Israel.

También se llama a Pesaj la fiesta de la primavera. El mes de Nisan, en que se celebra, es el mes en que se inicia la primavera. Los campos, con esa exuberancia que señala el tránsito de las estaciones, están bellamente decorados con preciosas flores silvestres de vivo amarillo y de intenso rojo.

Y nada mejor que celebrar la primavera con la lectura del "Cantar de los Cantares", el "Shir Hashirim" de Salomón, que nos habla de la belleza del paisaje en Israel cuando llega la primavera: "Porque ha pasado ya el invierno; la lluvia se ha acabado y se ha ido; las flores se ven en la tierra, el tiempo del cantar de las aves ha llegado, y la voz de la tórtola se oye en nuestra tierra; la higuera va madurando sus brevas y las vides, en cierne, despiden su fragancia". Y el Cantar de los Cantares se lee el sábado de Pesaj.

Las diferentes comunidades judías han incorporado una gama de variaciones en la celebración de Pesaj. Por ejemplo, las del Cáucaso dramatizan el éxodo, un joven andrajoso entra durante la ceremonia y cuenta como salieron los antepasados de Egipto, relata historias de los sabios y hombres buenos que viven en Tierra Santa y asegura que hay signos visibles de la pronta llegada del Mesías.

Hay una reseña muy interesante sobre la forma en que celebran Pesaj los judíos marranos en Portugal. Forzados a convertirse en cristianos, perdieron contacto con las comunidades judías y se han orientado únicamente por las disposiciones para el festejo que contiene el Antiguo Testamento. Calzados con zapatos de viaje y con el cayado en la mano, se sientan a la mesa, en donde comen el "matsá" y con gran secreto sirven un cordero asado.

Moisés salió de Egipto con 603.550 hombres de veinte años para arriba; por lo que la población total del éxodo se podría calcular en cerca de un millón y medio, al contar a las mujeres de todas las edades y a los menores de veinte años.

En la actualidad, a pesar de los holocaustos de tantas épocas, el pueblo judío se calcula en 14.236.240, según el Anuario Judío de los Estados Unidos. En los Estados Unidos viven 6.060.000; en la Unión Soviética 2.644.000; en Israel 2.620.000; en Francia y Argentina cada comunidad llega al medio millón; el resto está disperso en muchos países.

La conmemoración de Pesaj une a este enorme pueblo, especialmente en ese voto con que concluye cada "séder": "el año próximo en Jerusalén".

SHAVOUT

Después de Pesaj, la pascua judía, descrita en un artículo de hace algún tiempo, se celebran dos fiestas religiosas: sefirat haómer, o sea los días del ómer, y Shavout.

El Levítico dice: “Y os habréis de contar desde el día siguiente del sábado, desde el día en que ofrecisteis el ómer de la ofrenda medida; siete semanas cumplidas serán; hasta el día siguiente del sábado séptimo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis nuevo presente a Dios”.

Entre Pesaj y Shavout hay 50 días de distancia. El período entre las 2 festividades es lo que se llama los días del ómer.

Omer era la medida agraria de aquellos tiempos, relacionada con la ofrenda que se debía a Dios en las fiestas religiosas.

En el período de los días de ómer, se acumularon muchos hechos tristes en la historia del pueblo judío, tales como la epidemia que asoló a la población durante el reinado romano del emperador Adriano y las matanzas ocurridas en la Edad Media. La tradición por ello le dejó características de duelo y durante esos días no se celebran matrimonios, ni se permiten signos visibles de alegría salvo en un día en ese período, conocido como el Lag Bómer, que se celebra en el trigesimotercer día de lapso.

Ese es un día de bodas de danzas y canciones, también de vino y de rezos, así como de fogatas y de excursiones campestres.

Se recuerda una revuelta contra los romanos, una revuelta que terminó en derrota, una revuelta en el año 132 después de Cristo, que fue alentada por un religioso Rabi Akiva y ejecutada por quien él creyó era el Mesías, Bar Cojba. Ese gesto de valentía frente a fuerzas muy superiores, esa dolorosa hazaña en busca de libertad, a pesar de su fracaso, se conmemora con alegría porque así lo ordenó antes de morir un gran místico judío, el Rabí Simeon ben Yojay, en el siglo II de nuestra era.

En Morón, un pueblo cercano a Safed, lugar en donde está la tumba de este Rabí, las canciones y rezos jasídicos encuentran el amanecer y el recuerdo de Bar Cojba y el hijo de la estrella.

Los cincuenta días llevan hasta el de Shavout, pentecostés, que celebra dos grandes hechos: la entrega de la Torá al Pueblo judío y los frutos de la tierra, el legado espiritual al pueblo del libro y el milagro de la cosecha en plena primavera, adelantada en tiempo por el clima cálido de Israel.

En los tiempos antiguos, todos peregrinaban hacia Jerusalén, hacia el templo, cargando las primicias de trigo, de cebada, de uvas, de higos, de granadas, de olivas y de miel. Peregrinaban cantando himnos y salmos, acompañados de flautas, de arpas y del shófar.

Y allá lejos, en el Monte Sinaí, muchos siglos atrás, mientras el pueblo judío esperaba en su éxodo, Moisés habló con Dios. En una hora solemne, condensada de emoción, Dios entregó a ese pueblo los diez mandamientos. Y toda la humanidad quedó enlazada con Dios para siempre.

Shavout celebra todo el misterio del amor a Dios a través de la vida diaria, regulada por los actos morales. Es una fiesta de ética y de sabiduría, de reflexión sobre las cosas sagradas, de misticismo y de bondad.

Junto al episodio de los cuarenta días de Moisés en el Monte y de las tablas escritas por Dios, en las sinagogas se lee el libro de Ruth, porque recuerda la cosecha y la justicia de su reparto: "Cuando segareis la mies de nuestra tierra, no acabarás de segar el rincón de tu haza, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás. Yo soy vuestro Dios".

Las fiestas religiosas judías tienen un reflejo inmediato en las comidas. En Shavuot se comen pastelitos de miel y de queso, así como otros platos con productos lácteos. Dice la tradición que el día de la entrega de la Torá, el pueblo estaba rendido y al regresar a sus casas no tuvieron deseos de preparar comidas, por eso bebieron leche y comieron queso.

Se podría pensar que el alimento de las leyes de Dios, era ya demasiado.

LAS BODAS JUDIAS

La familia judía es la que ha mantenido en su seno la unidad del pueblo, durante casi 2.000 años de exilio, porque en cada hogar se han practicado las reglas religiosas, las tradiciones, las costumbres y las ceremonias de este pueblo. Allí se enseñó la religión, allí se sigue enseñando, allí se formó y forma la personalidad de cada nuevo judío.

En el hogar existe una colección de objetos tradicionales, muy importantes para el ambiente de la cultura judía, como la "mezuzá", que es una pequeña caja de metal en donde se guarda un diminuto rollo que contiene los pasajes del Deuteronomio: "Oye Israel, Adonay (mi Señor) es nuestro Dios, Adonay es uno", y otro en que se recuerda el amor a Dios y el cumplimiento de sus mandamientos. Esta cajita se coloca inclinada sobre el extremo superior de los soportes de cada puerta. Así se declara con orgullo que se es judío y se cree en el Todopoderoso.

Todos los actos de la vida están regulados por el respeto a las tradiciones. Dentro de ellas no podían faltar las que regulan las bodas.

La primera crónica matrimonial de la Biblia es la de Isaac y Rebeca, que se relata en el Génesis:

"Y llamaron a Rebeca y dijéronla: ¿Irás tú con este varón? Y ella respondió: Sí, iré". "E introdujola Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y amóla; y consolóse Isaac después de la muerte de su madre".

La ceremonia era sencilla, bastaba la disposición de ambos para el enlace. El resto era el camino natural de la unión.

El matrimonio es una fuerte institución en la vida judía. El hombre declara a la mujer: "Yo te serviré, te honraré, te aseguraré, según la costumbre de los maridos judíos que sirven, honran y aseguran a sus mujeres con fidelidad". Consideración, respeto mutuo, igualdad, son principios que fundamentan la unión de la pareja.

La boda se realiza en la sinagoga o en la casa de los novios. La ceremonia se cumple bajo el palio nupcial, la "jupá", que simboliza el nuevo hogar.

El novio entra acompañado por varios hombres, todos cogidos del brazo. Esta entrada es casi una danza en los matrimonios religiosos. Con el novio van su padre y sus padrinos.

Luego entra la novia con su cortejo de mujeres. Ambos se encuentran bajo el palio. Ahí el rabino los bendice y pronuncia un sermón apropiado para la ceremonia. Sostiene una copa de vino y recita una plegaria. Al terminar la oración, el novio coloca un anillo a la novia, mientras le dice: "Sé santificada para mí por este anillo, según la ley de Moisés y de Israel". El anillo debe ser liso y sin adorno alguno, pues sólo lo sencillo garantiza una ininterrumpida vida conyugal. Beben vino de la misma copa, para simbolizar su participación conjunta en todas las cosas de la vida.

El rabino lee el contrato matrimonial, la "ketubá", que establece las obligaciones de los esposos en la unión. La mujer es la depositaria de este documento.

El rabino pronuncia las siete bendiciones. Estas bendiciones enlazan la vida individual de la pareja, con el destino de su pueblo. Una de ellas dice: "Bendito seas Tú, eterno nuestro Dios, rey del mundo, creador del hombre, que causa

alegría a novio y novia, que causa alegría a Sión por sus hijos". Se recuerda así a la pareja que son parte de la comunidad, un nuevo pilar del judaísmo.

Mientras pronuncia estas bendiciones, el rabino sostiene una nueva copa de vino, de la que beben los novios al terminar la séptima bendición. Entonces el novio rompe la copa, para recordar la destrucción del templo, ya que ese triste hecho debe evocarse aun en los momentos de más intensa alegría.

Hay una tradición que señala que la rotura del vaso, al final de la ceremonia, tuvo su origen en una boda muy bulliciosa, celebrada mucho tiempo atrás. El padre de la novia, hombre lleno de piedad y sabiduría, se asustó al ver la alegría creciente de los invitados. Para reformar las expansiones, rompió un vaso de porcelana. De ahí la costumbre y en vez del cese de la expansión, la ruptura recordó un hecho triste, la destrucción del templo. Esa combinación de alegrías y tristezas matiza muchas de las ceremonias judías, en que el pasado está siempre presente.

La religión judía prohíbe las uniones consanguíneas. Se citan en la Biblia y en el Talmud cuarenta y dos clases de parentescos prohibidos para los enlaces. También se prohíbe casarse con una persona de diferente credo.

Las dotes han sido una condición gravosa en muchas comunidades judías, sobre todo para las jóvenes, cuyos padres son los obligados a aportarlas. Sin embargo, ese gravamen económico va desapareciendo en Israel y el amor, a primera vista o de largo y frecuente mirar, abre sus puertas naturales hacia el enlace, desprendido de las conveniencias.

Y es que la dote para la nueva pareja, cuando no había un suelo seguro, era indispensable dentro de la incertidumbre en que se vivía. Ahora, en tierra firme, la institución matrimonial se asegura por sí misma, realmente en plano igualatorio. Es muy corriente que cada uno aporte su trabajo y que el enlace deje de tener una base económica previa. La fortuna es el destino común que se emprende, compartido plenamente por los cónyuges.

El divorcio no es ajeno a la sociedad judía, pero no es frecuente ni un problema de agudas repercusiones. La mujer ha señalado con valentía que ciertos preceptos bíblicos la desfavorecen. Uno de los más citados, es el que contiene el capítulo 24 del Deuteronomio: "Cuando alguno tomare mujer, casándose con ella, sucederá que de ella no hallaré favor en sus ojos, por haber él hallado en ella alguna cosa torpe, le podrá escribir carta de repudio, y poniendo ésta en mano de ella, despedirla de su casa".

En realidad, la situación es difícil para la mujer, pues la complacencia continua a lo largo del matrimonio, en que tantas cosas torpes se muestran, es de un alcance casi imposible. Sin embargo, el concepto de familia y de unidad es la base de la unión matrimonial, la complacencia se olvida y se sacrifica en la práctica.

Además, la mujer tiene su libertad, porque punto y aparte en ese mismo capítulo 24 del Deuteronomio se dice lo siguiente: "Y salida de su casa, ella podrá ir y ser de otro marido".

EL MAL DE OJO

Es muy curioso como a la par de la religión y de la ciencia, sigue existiendo la superstición. Aquí, en Israel, asombra el temor al mal de ojo y los remedios con que se aleja y evade ese terrible flagelo.

Comprendible es por supuesto que las reliquias de esta tierra, tengan un valor especial. Es Tierra Santa, en que se concentraron sucesos constitutivos de tres de las religiones más importantes: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Es el lugar en que Jehová habló cara a cara con los profetas; en que Jesús nació, predicó y fue crucificado; en que Mahoma ascendió a los cielos.

Desde tiempos muy remotos, sin hacer caso a los peligros, han venido siempre peregrinos a esta tierra. Hay escritos del siglo XII, en que se cuentan las pericias de la travesía por mar y luego la jornada terrible, en tierra firme, en la ascensión a Jerusalén. Con justa razón los peregrinos judíos se arrancaban sus ropas al ver la Ciudad Santa, no sólo en recuerdo de la destrucción del Templo, sino también por el sufrimiento de los caminos. Asimismo resultaba también justa la lamentación de Isaías, gritada a viva voz: "Tus santas ciudades están desiertas, Sión es un desierto, Jerusalén una soledad. La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida al fuego; y todas nuestras preciosas cosas han sido destruidas".

Largo y sufrido era el viaje de esos peregrinos, además de caro, pues tenían que pagar tasas a los caudillos de aldeas y ciudades, quienes ofrecían protección a su paso, y si no... los muertos no hablan. Esas tasas, llamadas "ghaffar", se mencionan en todas las crónicas de viaje.

Esos peregrinos recogían, como era natural, recuerdos—reliquias de su viaje, testimonios de su hazaña. De esas cosas surgieron muchas supersticiones. Los judíos se llevaban tierra del Monte de los Olivos, cerca de la puerta dorada, por la que creen entrará el Mesías, pues al esparcirla en sus tumbas eso les aseguraba la resurrección en el otro mundo. Del río Jordán se llenaban botellas de agua santa, que era un remedio eficaz contra todas las enfermedades. De la tumba de Raquel, las mujeres acercaban al mausoleo un hilo rojo, el que adquiriría poderes, sobre todo el de combatir el mal de ojo, si se ataba en la muñeca o en el cuello.

Los peregrinos cristianos se llevaban astillas del roble de Abraham en Hebrón, que era amuleto de suerte y curaba la epilepsia. Las mujeres arrancaban piedras de la roca en la Gruta de la Leche en Belén, para asegurar así la leche materna. Eran famosos los bollos de tierra pertenecientes al campo en donde fue creado Adán (alguien inventó el lugar), panaceas para toda clase de mal. Otro talismán famoso era la "Rosa de Jericó", flor que se abre con las primeras lluvias, pues simbolizaba la resurrección de Jesús.

Hoy los amuletos son "souvenirs" que se venden en las tiendas y luego adornan las casas en constancia de orgullo por haber visitado la Tierra Santa.

Sin embargo, todavía en esta época hay testimonios primitivos del temor al mal de ojo.

Los familiares del musulmán que hizo su viaje a la Meca, antes de que él regrese, limpian el frente de la casa y lo decoran con una pintura. Casi siempre aparece la Mezquita de Omar, con su imponente belleza y la Kaaba, representada por el cubo que guarda la piedra negra, a la que el peregrino dio siete vueltas, conforme a la tradición. Esa pintura primitiva, con fondo blanco y colores

fuertes y puros, debe representar el ciclo de viaje de Jerusalén a la Meca, para glorificar el testimonio del peregrinaje y el cumplimiento de la misión religiosa.

Debe recordarse que el "hadj" o peregrinación a la Meca, es uno de los deberes que todo mahometano está obligado a cumplir. No hacer el viaje, salvo impedimento válido, es pecado mortal. Los peregrinos a su regreso traen agua bendita, que es muy eficaz contra el mal de ojo. También en estos murales que los familiares del peregrino improvisan en el frente de la casa, es usual pintar una mano extendida y en su centro un ojo, como forma de impedir que el mal de ojo entre en la casa.

Este mal de ojo se extiende como una terrible peste por las aldeas árabes. Sus habitantes, temerosos, toman precauciones de vacuna: pintan puertas y ventanas de un azul verdoso, que impide el maleficio y favorece el dormir tranquilos.

Y entre los judíos también existe el temor. Al preguntarle a un religioso, me da una explicación bastante llamativa: creen que si otro judío los visita y alaba con insistencia determinado bien, puede venir de inmediato el mal de ojo, porque Dios lleva la cuenta de lo que tiene cada quien y no le gustan los excesos. La admiración reiterada o el fijarse demasiado, puede dar origen a un reclamo ante Dios, algo así de "por qué" tiene fulanito eso y eso otro y yo no tengo nada". Entonces, Dios se puede detener y sacar bien las cuentas, para decir hay razón de queja. Así el bien muy denotado puede desaparecer o perderse.

Me cuenta que no les gusta que padres sin hijos, se fijen demasiado en los hijos de otros, por aquello del mal de ojo y la denuncia a Dios. Y esto de las cuentas divinas se complica tanto, que en los casos de enfermedades graves se acostumbra a vender "artificialmente" el hijo a otro, no sea que toda la enfermedad se deba a algún agravio hecho por el verdadero padre a Dios. Muchos cuentan: "a mí me vendieron a mi tío cuando tuve una tifoidea grave".

Cabe la pregunta: ¿cómo se combate este mal de ojo? La respuesta es simple, con el cumplimiento de las leyes religiosas, con bendiciones y oraciones, con la esperanza de que las cuentas salgan bien y no haya excesos.

Y esta tradición de orar por todo y para todo, es una característica de la religión judía. Apunta un escritor que el único lugar en donde el ángel de la guarda no acompaña al hombre, es al retrete. Ante la desolación que eso produce, un judío muy religioso inventó una oración para ese paso: "Sed respetados, seres honorables, santos servidores del Todopoderoso, el Dios glorificado de Israel; conducidme cuando entro a hacer mi voluntad, y luego habré de seguir". En el "libro de las Leyendas" de Bialik, el personaje Abaya crea una oración para dejar de sentirse huérfano en ese lugar: "Guárdame, guárdame, ayúdame, ayúdame, respáldame, respáldame, espéreme, espéreme, mientras voy allá, hasta que salga.

En el mundo cristiano, hasta donde conozco, el mal de ojo no tiene relación con Dios, es más bien una influencia mágica y maléfica de persona a persona. Se convierte en negocios de cuaranderos y brujos el "desmaleficio" y los remedios son negocio en el mundo de la simple credulidad. No sé cómo estará la oferta y cómo será la demanda. A lo mejor hay invocaciones a santos y oraciones de convocatoria al exterminio del mal.

El ojo, esa llave mágica que abre el mundo y el gusto a vivir, tiene su fantasía y sus peligros. El mal de la boca es asunto de odontólogos o de pleitos de alcaldía, cuando de chismografía se trata. El mal de nariz y de oídos es materia de otorrinolaringólogos. Y, el del paladar, para agotar los sentidos, es tragedia de glotonas y malestar desconocido por los hambrientos.

LA SOBRIEDAD EN ISRAEL

Cuando se viene del occidente a este Medio Oriente, se trae la idea de que el alcohol es una necesidad social, un medio de atención, una puerta hacia la alegría, un olvido de inhibiciones, una cuota de descanso, hasta un natural instrumento de comunicación.

El alcohol es el canto cotidiano a lo largo de Latinoamérica: boleros, tangos, corridos, zambas, quejas y sones. Aparece como base de inspiración popular, siempre al pie de la tragedia, del abandono, del desamor, del fracaso, del cortejo, o de la victoria y de la alegría. Es el caballo nervioso que se monta hacia el olvido, hacia la valentía, hacia el no ser lo que se es.

Y el alcohol se exalta a toda hora y cuando no se bebe, se recuerda con orgullo la parranda, aquellas horas llenas de tragos, en que se perdió la noción del tiempo, se escondieron las responsabilidades y se vivió en el desborde, alrededor de una mesa, simple mesa, frente al paisaje triste de botellas vacías y de vasos sucios.

En Israel no se bebe y el licor no hace falta: existe alegría, danzas, canciones, tertulias fogozas, imaginaciones desbordadas, luchas de pensamiento y palabra, sinceridad sin pretextos. Se bebe y bebe en abundancia jugos de manzana, uva, naranja y limón. Y la risa, el sueño, la evasión natural ante las tensiones y los problemas, siguen sus caminos naturales de expresión.

Al preguntar en un hospital sobre el tratamiento que se aplica en Israel a los alcohólicos, un médico respondió que el normal de desintoxicación e hidratación, pero que sólo se había presentado un caso hacía seis meses. Al indagar sobre el número de alcohólicos en Israel, el médico respondió que se conocía uno en Tel Aviv, otro en Jerusalén y otro más en Beersheva.

El judío no toma licor. Tampoco lo hace el musulmán. El bar, nuestra cantina, no es negocio en esta tierra.

¿Cuáles son las explicaciones de este fenómeno? La situación del árabe es clara: la religión musulmana prohíbe terminantemente el alcohol y la religión musulmana se cumple al pie de la letra por sus seguidores. Los árabes no religiosos crecen en un ambiente en que no existe el licor, se acostumbran a no consumirlo.

El judaísmo no tiene prohibición alguna. En varias ceremonias religiosas y tradicionales se usa el vino. La Biblia cuenta episodios en que hubo excesos de licor, como el caso de las hijas de Lot, quienes embriagaron a su padre para concebir hijos de él. Sin embargo, son excepciones en la sobria vida del pueblo judío, que conserva hasta hoy su austeridad en este campo.

Si el motivo no es religioso, ¿cuál es la explicación? Los psicólogos han señalado que los judíos, al vivir siempre en condiciones adversas se vieron obligados a llevar una vida ejemplar en su exilio, a no caer en excesos, a cuidar con esmero sus propios actos.

Podría ser válida la razón y con eso se desvirtuaría ese pretexto de que el licor es fuente de olvido ante el pesar, camino de evasión frente al problema, refugio de dolor y subterfugio de infelicidad.

Pero, el judío vivió siglos en la diáspora, en diferentes sociedades, bien pudo seguir la costumbre evasiva del licor, por la angustia de su inestabilidad, por su situación dudosa de ciudadano, por la incertidumbre constante de su futuro. No

lo hizo, no recurrió al relajante, no sustituyó su tragedia por la pantomima alucinante que sólo ofrece un momento de olvidos.

En Israel, conjunto de diferentes comunidades judías dispersas por todo el mundo, no bebe el de origen europeo, el de origen asiático, el de origen árabe, el que viene de Latinoamérica, ni aún el que llega de Nueva York.

Otros dicen que el clima cálido y áspero de Israel, no invita al licor. Es difícil entender cómo se puede ingerir alcohol, cuando la temperatura ahoga. Pero, nuestro trópico nos enseña que se bebe en Maracaibo, en Limón, en Barranquilla. Además, Israel tiene un invierno largo y frío, que bien podría abonar la necesidad de un coñac.

No se puede alegar que el país no produce licores. Buen vino el de Israel, un importante renglón en sus exportaciones. Y ese buen vino casi no se consume dentro del país. Es más, hace poco se produjo cierta propaganda para incitar a que se beba, en términos que son risibles en nuestro ambiente: la propaganda decía que el vino era saludable, que convenía tomar una copa en las comidas.

Creo que la causa del hábito a la sobriedad estriba en el hecho de que es hábito, una tradición más de este pueblo del libro y de la moral. Un hábito de enfrentamiento, de no escapismo, de ejecución de un destino.

Nuestro alcoholismo es un hábito social, en que se gira velozmente dentro del círculo vicioso de la pobreza material y espiritual. Una de las pocas tradiciones que trasladamos desde muy temprano, para ser hombres, para gozar de la vida, para animarnos a hablar, para amar, para no sufrir de frente, para no preocuparnos como debemos, para no morir conscientes y responsables.

Si comparamos el mundo nuestro con este mundo de Israel, nos damos cuenta de que todos somos responsables de la enfermedad alcohólica, porque hemos hecho del licor un medio de relación social, porque nos reímos de nuestras borracheras, porque son hazañas de vida, porque medimos nuestra fortaleza con números de botellas, porque negamos la fuerza legítima de la imaginación pura, de la inteligencia escueta, del valor sobrio.

El alcohol es herencia de generaciones y seguirá así hasta que llegue la generación capaz de ver la luz porque tiene luz y no destellos de lucecillas sonámbulas, capaz de ser austera porque no puede evadir la construcción de un ser mejor. Una generación segura de sí misma, sin falsos puntos de apoyo.

Esa generación encontrará en la sobriedad israelí el ejemplo de una vida plena, quizás todavía llena de incertidumbres y tensiones, pero sin pretexto de ninguna clase.

EL INSULTO

Indagar sobre las cosas que son en sí muy particulares, da una forma de conocimiento que viene de la curiosidad y lleva a observaciones sueltas, que pueden servir para estudios más profundos de tipo sociológico.

Las formas de insultar que tiene la gente revelan la escala de sus valores. Una prueba del papel que desempeña la madre en casi todas las sociedades, estriba en el hecho de que el mayor insulto está relacionado siempre con ella.

En Israel sucede lo mismo, pero el insulto no se dice en hebreo, sino en árabe. Resulta que el hebreo no tiene palabras para ello, en la Biblia el insulto estaba más relacionado con la maldición o con la esterilidad que con la progenitora. Al convivir con los árabes, tomaron la expresión para aplicarla entre los mismos israelíes, en momentos de cólera sin freno.

La palabra más corriente y cotidiana para insultarse es la de "jamor", burro, que se gritan los choferes de un vehículo a otro por la menor interrupción o incomodidad en el curso motorizado. El pobre burro, con su mala fama de tonto, pues es un vivo solapado, también es imagen común de muchas lenguas. En el español no es tan grave, no provoca duelos ni lastima honras, aunque seguramente dicho en tono agresivo alimenta "complejos", disminuye la seguridad y aviva los resentimientos.

Un idioma como el español, con tonalidades más vivas de insulto, lleva a tomar las palabras como burro y bruto de apoyos afectuosos en el lenguaje o como signos admirativos: "No seas burro, haz mejor eso . . ." "Oh, qué bruto, ganó el concurso".

Para una nacionalidad como la judía cargada de talentos, el "jamor" debe bajar muchas gradas en la propia estimación y en la de los demás. Así es que resulta un insulto fuerte y provoca no pocos altercados en la solicitud de que se retire el atributo negativo.

Pero, el peor de todos los insultos reside en la maldición. La maldición la tomamos los latinoamericanos, en toda su expresión complicada, con cierta risa irónica. No nos hace gracia, por el odio que lleva consigo, pero no nos toca a fondo porque no creemos que exista poder por parte de otro ser humano a endosarnos malos deseos, menos a endilgarnos un maleficio verbal. Quizás si se tratara de yerbas o de extrañas tretas, algo nos perturbaría, pero en materia de palabrerías creemos que se las lleva el viento. Las maldiciones gitanas nos divierten, tienen ingenio y están construidas sobre la maravilla del absurdo, como "ojalá te tragues un paraguas y se te abra adentro".

La maldición hebrea está basada en un deseo triangular que comunica al que la expresa, al que la recibe y a Dios que la oye, y en Dios reside el poder de que se cumpla. Eso sí tiene sus bemoles y asusta.

En otras palabras, es el reverso de la bendición y la bendición es una expresión cotidiana y continua en la vida de los judíos.

Los religiosos dicen más de cien bendiciones diarias, apenas si tienen tiempo para otra cosa. Desde que amanece hasta que se acaba el día, en que se pide la bendición del Altísimo, con las palabras: "Deja caer las vendas del sueño sobre mis ojos". Se bendice el amanecer, el pan, la fruta, los hijos, la esposa, el amigo, el buen rato, el rato amargo, el aire, la luz, las cosas triviales y las extraordinarias, porque todo es acto del Creador y se le deben dar las gracias. Y no sólo se

expresa agradecimiento, se alaba la obra de Dios, se confirma que el hombre es consciente de su gloria y de su voluntad todopoderosa.

La bendición es también una comunicación triangular entre lo bendito, el que bendice y Dios, para testimoniar el reconocimiento a su obra y así acrecentar la felicidad de lo que produce felicidad, disminuir el dolor de lo que da dolor, y reparar lo mejor a los que se quiere y aprecia.

En una larga discusión en que no se lograba el acuerdo, el tipo que se veía sin más alternativa que aceptar la responsabilidad y el pago de los daños materiales, se alivió con decir a su enemigo en el accidente automovilístico: que su carro se vaya anchando y anchando para que choque con todos los que se encuentre en el camino y las cuatro llantas se le agujereen y nadie le ayude en el trayecto.

Ese deseo de tragedias automovilísticas es muy semejante a una maldición gitana y hace reír por las dimensiones surrealistas que conlleva, pues ni los carros se anchan ni las cuatro llantas se agujerean tan fácilmente como se dice. Sin embargo, la maldición expresa el deseo de cosas fatales, porque el que tuvo la mala suerte reclama sus derechos de compensación en alguna forma, y a lo mejor se saca cuentas muy arriba y la balanza se puede mover desfavorablemente a su contraparte. Lo pudo expresar en silencio, en esa forma de deseos instantáneos y crueles que nos pasan sobre la cabeza, pero lo dijo en voz alta y ante testigos y eso enfatiza la maldición.

Quizás ésa sea la razón porque después de maldecir en una disputa, la disputa se suaviza y entra la posibilidad de un arreglo, porque el triunfador no quiere envanecerse de su triunfo. En el accidente del cuento, el victorioso aceptó un arreglo en que concedía ventajas al que perdía para que no perdiera tanto. Así llegó este último a expresar que tuviera un buen viaje hacia su destino y a borrar la maldición que había expresado antes. Todo sea por el entendimiento, aunque el entendimiento se haya forzado.

¿Quién se atreve a maldecir? Sólo el que se siente con poder de comunicarse con un mundo superior, ante el que tenga derecho de ser oído. Sin embargo, la rabia, la cólera que se asienta tan rápido entre los seres humanos, hace perder la dimensión de los límites y enardecidos levantan horizontes negativos sobre los que todos apenas si alcanzamos la plegaria por lo bueno y lo mejor. Hay un olvido definitivo de la medida exacta de los alcances, para caer en la acción de las sugerencias que tiene más valor cuanto más sugestionable es el receptor y cuanto más dependiente sea de las supersticiones.

El ligamen estrecho con Dios que implica el judaísmo, la relación íntima y estrecha entre Dios y el pueblo judío, el panteísmo con que los jasídicos llegan a ver toda la obra divina, hace posible que la maldición sea algo más que un insulto, se convierta en el insulto mayor, el que rompe relaciones o el que da posibilidades de cierto grado de reconciliación, si se está dispuesto a cambiar el rumbo de los deseos.

En todo caso es preferible en esta tierra un "jamar" o un "recordatorio materno" en árabe, a una de esas maldiciones en hebreo sobre cualquiera de las múltiples vacas flacas que existen en el mundo.

EL LADINO EN ISRAEL

Un español delicioso se oye con frecuencia en Israel. Diariamente, a las ocho de la noche, un programa de radio en ladino se despide de los oyentes con el augurio de "nochada buena".

Las noticias mencionan términos como "el señor Canciller se topa en Costa Rica". Topar se usa como encontrar. Apoyar es crecer. Ronchados es rodeados. Reposa es respuesta. Hinchar es llenar. Imprimería es imprenta. Justo, pronunciado como yusto, es bueno. Luego se oyen arcaísmos como agora y ansina. También palabras detenidas en su evolución como porto.

Pienso en don Cristián Rodríguez y lo mucho que disfrutaría este ladino. Pienso también en la sabiduría con que él puede establecer el grado de evolución de cada palabra y decir aquí se detuvo el español, aquí se conservó en el éxodo, como un idioma de intimidades para un pueblo que se expulsó.

En Israel los sefarditas hablan en ladino y lo hablan con matices turcos, griegos, italianos, conforme haya sido la influencia de la tierra en que se asentaron transitoriamente, en el camino largo y duro de retorno a esta tierra.

Los sefarditas representan en Israel una de las comunidades más antiguas. El poeta hebreo más destacado de la Edad Media, Yehuva Haleví, vino de España en 1140 y se dice que murió frente a las murallas de Jerusalén, quizás repitiendo el bello salmo que dice: "Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, olvide mi diestra su destreza, péguese mi lengua a mi paladar, si no me acordare de ti, si no prefiriere a Jerusalén, al principal objeto de mi regocijo".

Otros célebres judíos españoles visitaron estas tierras, como Benjamín de Tudela en 1170, quien dejó escritas sus travesías e impresiones, las que incluyeron las comunidades judías de Babilonia.

La gran afluencia de sefarditas se produjo después del decreto español de expulsión, dictado en 1492. Debe recordarse que el nombre sefaradim, denominación hebrea de los sefarditas, viene de Sefarad, que en hebreo es España.

El ladino se escribe con caracteres hebreos y latinos. Por supuesto que el escrito en hebreo es completamente imposible de leer a todo aquél que no conoce esta escritura, que se inicia a la derecha y se continúa hacia la izquierda, tiene 24 letras con signos y sonidos diferentes a los nuestros, omite al escribir las vocales y también representa con letras los números.

El ladino escrito con signos latinos es muy fácil de leer y entender, aunque sorprende su ortografía liberada de las tantas arbitrariedades de nuestra simbólica corrección escrita.

La mayoría de la población judía en Palestina, hasta finales del siglo 19, era sefardita. Son muy célebres los rabinos sefarditas de esta época, pues escribieron libros religiosos que tuvieron gran importancia en la zona y en la diáspora, palabra que significa dispersión y representa las comunidades judías fuera de Israel.

Actualmente se confunde a los judíos sefarditas con los procedentes de los países de Africa del Norte, como Marruecos, Algeria y Túnez. La confusión no agrada ni a unos ni a otros, aunque el origen no es importante en este país, cuya Constitución declara "El Estado de Israel permanecerá abierto a la inmigración judía de todos los países. Promoverá el desarrollo del país para el bien de todos

sus habitantes. Se basará en los principios de libertad, justicia y paz, a la luz de las enseñanzas de los profetas de Israel. Mantendrá una completa igualdad social y política de derechos sociales y políticos para todos sus ciudadanos sin diferencia de credo, raza o sexo. Garantizará la libertad de culto, conciencia, idioma, enseñanza y cultura. Salvaguardará los lugares santos de todas las religiones. Será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas”.

En todo caso, los más entendidos llaman a los que tuvieron origen en los países de Africa del Norte los “maaravim”, que significa occidentales. Su lenguaje es un dialecto nor-africano del árabe.

Conozco muy de cerca a un sefardita, nacido en Israel pero cuya familia vino de Grecia, llamado Shlomo (Salomón), pues maneja mi carro en Tel Aviv, ciudad en donde es imposible orientarse, salvo que se haya nacido y se siga viviendo sin ausentarse un día de este centro urbano de más de un millón de personas, todas con vehículo, con una prisa enorme. Shlomo me saluda con bonanzas, me señala que estoy atrasada un “pilar de puntos” y cuando le pido que vea el aceite del carro me contesta que la “máquina debe estar matada” para hacer eso. Me cuenta que estuvo “manco” y entiendo que es enfermo cuando señala su estómago. Cruza las “estrasas”, sonrío siempre y voy traduciendo su español a mi español hasta el momento de la “nochada buena”, con que también se despide.

Shlomo es bueno como la miel y la leche que cita tantas veces la Biblia. Aprendo con él ladino-griego y hebreo. Un “javer” (amigo) en esta Eretz (tierra) Israel.

LA LENGUA HEBREA

El hebreo, lengua en que se escribió la Biblia, dejó de hablarse alrededor del año 200 después de Cristo. Desde esa época quedó reservado a la oración, al estudio religioso y a algunas obras literarias.

Había sido utilizado por el pueblo judío por más de 1.300 años. No se ha podido establecer con certeza qué detuvo, hasta 1880, su uso como idioma cotidiano de comunicación.

El hebreo de la Biblia se escribió con 22 letras. A ese número inicial se le agregaron 5 letras más. Ya con 27 letras se escribió la Torá y los libros de los Profetas.

Hubo una vigorosa poesía, drama, prosa y escritos sobre ciencias y filosofía en hebreo. Esa lengua ocupa un lugar muy señalado en las literaturas de la Edad Media.

El judío culto siempre pudo hablar hebreo, pero lo hacía ocasionalmente, la lengua sagrada no era el instrumento normal de las conversaciones.

A comienzos del período moderno en Europa, ya se habían definido con claridad dos idiomas judíos: el idish en Europa del norte y el ladino en Europa meridional.

Había dos tendencias clásicas entre los escritores hebreos: los que se basaban en la Biblia y los que seguían el Mishna. En los siglos XIII y XIV se creó en Europa el hábito de usar el hebreo bíblico para la poesía y la creación literaria artística; la prosa de ensayos y estudios rabínicos seguía el hebreo de la Mishna.

Esa tradición continuó prácticamente hasta principios del siglo XIX, en que el poeta romántico Judah Leib Gordon planteó con angustia la decadencia del hebreo:

“Oh, ¿quién pueda predecir el futuro, quién pueda hacerme saber,
si no soy el último de aquéllos que cantan a Sión,
y ustedes los últimos capaces de leer mis cantos?”

El problema para los creadores era evidente: el vocabulario hebreo bíblico es de menos de 8.000 palabras, muchas de ellas con significados anacrónicos para la época.

El escritor Mendele Mojer Sfarim, ya a finales del siglo XIX, escribe sus novelas en idish, en protesta a las limitaciones del hebreo. Luego las traduce a este último idioma. Para hacerlo mezcla el hebreo de la Biblia y el de la Mishna. Se enriqueció así el vocabulario y se abrió el camino a la introducción de nuevas palabras.

En el mes de octubre de 1881, llega a la entonces Palestina, hoy Israel, Eliézer Ben Yehuda. El había dicho: “Los judíos evidentemente, no podrán supervivir como nación sin retornar a la tierra de sus antepasados. Pero tampoco subsistirán como entidad nacional definida sin un idioma propio, sin la lengua de sus progenitores, la que debieron emplear no sólo en la sinagoga y en las revistas literarias, sino también para los fines de las comunicaciones cotidianas, en todos los asuntos, a cualquier hora del día y de la noche”.

Cuenta en sus memorias que al llegar a esta tierra, besó el suelo y juró no hablar otro idioma que el hebreo. Su esposa, que no hablaba el idioma, tuvo que atenerse a un largo silencio, hasta que logró expresarse en el apostolado lingüístico de su marido.

El ambiente era propicio: los judíos de diversa procedencia y con idiomas diferentes, sentían la necesidad de una lengua común.

Ben Yehuda comenzó a enseñar hebreo y publicó un semanario, empeñado en crear el idioma cotidiano. Fue atacado por los religiosos ortodoxos, quienes insistían en el hebreo como lengua sagrada. Algunos de ellos hablan hasta el día de hoy idish o ladino, pues no aceptan que el hebreo sea una lengua vernácula. Sigue para ellos reservada a los libros sagrados y a las oraciones.

La obra cumbre de Ben Yehuda fue la redacción de un diccionario, que contiene la continuidad lingüística e histórica del idioma, desde la Biblia hasta los tiempos modernos. Al diccionario lo llamó "milón", una palabra nueva, creada por Ben Yehuda, partiendo de mila, palabra.

Sin duda alguna, sin este estudioso de la lengua, creador de muchos de sus términos, el hebreo moderno difícilmente se hubiera afirmado con tanta fuerza y rapidez en Israel. El también creó la Academia de la Lengua y fue su Presidente hasta 1922, año en que murió.

Hoy en día, el lenguaje de la Biblia, uno de los idiomas confinados a libros y oraciones, considerado como lengua muerta, es la base de la trama diaria en todo este país. Tiene ya un rico, riquísimo léxico para las sensaciones, el pensamiento abstracto, las denominaciones de nuevos inventos y lo más indispensable del vivir cotidiano.

Efraim Kishon, un humorista israelí, dice que este país es el único en que abuelos y padres aprenden la lengua materna de sus nietos y de sus hijos.

Quizás en Costa Rica se esté dando el mismo fenómeno. Dada la existencia del Colegio Weizmann, es muy posible que muchos padres estén aprendiendo el hebreo de sus hijos.

LAS EDADES EN TIERRA SANTA

Algo de lo que más asombra en esta tierra, es la longevidad de la gente y la lucidez con que se reciben y acumulan los años.

Ya la Biblia es deslumbrante en este tópico, al punto que se llega al convencimiento de que la cuenta no es la cuenta normal de nuestro tiempo, y quizás haya que dividir en dos o más partes las edades que se atribuyen a los patriarcas.

Dice la Biblia que Adán engendró a los 130 años a su hijo Set y que vivió 930 años. Set, a su vez, llegó a la edad de 807 años. Y quien llega al campeonato de la vejez es el ya mítico Matusalén, pues murió a los 979 años.

Ya en la época de Abraham las edades se vuelven más comedidas, pero siguen siendo asombrosas. Sara murió a los 127 años, Abraham a los 165 y "murió en buena vejez, anciano y saciado en días". Más inusitado es el primer y único parto de Sara a los 90 años, cuando Abraham ya tenía 100. Con justa razón Sara dice: "reír me ha hecho Dios, y cualquiera que le oyere se reirá conmigo. ¿Quién hubiera dicho a Abraham que Sara amamantaría hijos?, pues que le he parido un hijo (Isaac) en su vejez".

Esta famosa risa incrédula de Sara la han recogido muchos pintores. Un cuadro de autor anónimo del principio de la Edad Media, pinta la escena de la conversación entre Jehová y Abraham, sobre el futuro alumbramiento de Sara, mientras ella ríe maliciosa y abiertamente detrás de la puerta. El pintor israelí Abel Pan ha reproducido la escena con encantador realismo, y la risa de Sara, una simple mujer beduina, es quizás más sugerente que la Mona Lisa, no por su obvio motivo, sino porque significa una especie de desafío a las ordenanzas divinas.

José, nieto de Abraham y Sara, muere en Egipto a los 110 años. Moisés el conductor de su pueblo desde Egipto a Israel, muere en el monte Nebo, sin entrar en la tierra prometida, conforme el destino ya anunciado por Jehová, a la edad de 120 años, "su vista no fue ofuscada, ni se había debilitado su vigor".

Es conveniente recordar lo que dice el deuteronomio al terminar Moisés su largo peregrinaje, en busca de la tierra prometida y aquellos cuarenta años de calvario en el desierto. "Y le dijo Jehová: Esta es la tierra que juré a Abraham, a Isaac y a Jacobo, diciendo: A tu simiente la daré, te he permitido verla con tus ojos, mas no puedes pasar allá. Así Moisés, siervo de Jehová, murió allí; y él le enterró en un valle en la tierra de Moab, frente a Bet-peor; y no ha sabido hombre alguno el lugar de su sepultura hasta el día de hoy".

En un lugar muy curioso, camino a Jericó, llamada Nebi Mousa (el profeta Moisés), la leyenda pone la tumba de Moisés. Desde ahí es visible el Monte Nebo, en territorio jordano. Los peregrinos que no podían llegar al Monte, lo veían y exclamaban: "Desde aquí lo vimos". Con el tiempo ese "desde aquí lo vimos" se convirtió en "aquí lo vimos".

David reinó cuarenta años y tenía treinta años cuando comenzó a reinar. La edad de David ya es una cuenta normal. Uno de los capítulos más bellos, sobre la vejez de David, nos lo cuenta el libro primero de los Reyes: "Y cuando el Rey David era viejo, avanzado en días, le cubrieron de vestidos, mas no entraba en calor. Por lo cual dijeron sus siervos: Búsquese para mi señor el rey una joven virgen y estése ella delante del rey, y séale su compañera, y acuéstase en su seno,

para que consiga calor mi señor el rey". Así llega Abisag sulamita, la hermosa compañera de la vejez de David.

Y la edad sigue siendo un milagro en la vida de los israelíes.

Ben Gurión a los 86 años trabajó, estudió, investigó en un kibbutz del Néguev. Ese hombre extraordinario leyó a Unamuno en español, a Platón en griego y aprendió italiano para acercarse directamente a los mejores autores de esa lengua. Presidió el gobierno de Israel durante 15 años, el período más difícil, en que el estado fue estructurado y modelado, y aún hoy es la voz más influyente y autorizada en su país. El creyó en el derecho moral e histórico del pueblo judío, en el amor de los israelíes a la tierra, en la posibilidad de conquistar el desierto y en el hebreo como lengua de uso diario.

Ben Gurión fue el representante más real de este milagro de la edad: a los 70 años se convirtió en un entusiasta de la gimnasia, de largos paseos a pie, de ejercicios distensivos. Su agilidad física es sólo comparable a sus aficiones de lector estudioso. Este hombre un día escribió una lección muy sabia para todos: "Un estadista es un ser humano. Cuanto más tiempo ha desempeñado el poder, tanto mayor es el peligro de que se vuelva demasiado seguro de sí mismo, hasta tratar a la ligera problemas graves y complejos. Si el poder no es un fin, sino sólo un medio para servir al país y al pueblo, todo estadista responsable debe plantearse la cuestión de si acaso se ha vuelto víctima del hábito; de si conserva viva la capacidad de percibir la realidad; de si tiene suficiente aptitud de captar las ideas del hombre de la calle, de quien, en último análisis, depende todo".

Golda Meir, en la cuesta de los setenta, es la mujer más brillante del mundo actual. Incansable en su labor, se despliega constantemente por todo el país. Asiste a funerales, concurre a cualquier lugar en que se le llama, atiende a todos los que piden audiencia, visita los kibbutzin y en sus pocos días de vacaciones se reintegra al suyo, en donde sirve como los demás en la labor que se le asigne. Viaja de un país a otro en busca de apoyo para Israel, da declaraciones a la prensa, defiende sus tesis en el parlamento, asiste a conferencias, discute con los estudiantes e improvisa con una sabiduría inagotable.

Al llegar a una madre que perdió a un hijo en el campo de batalla, la doliente mujer le dijo: "No llore usted por mí, ya ha llorado usted bastante por todos los hijos que Israel ha perdido".

Esta madre de todos, primera ministro de Israel, me contó que inició su vida política, al comienzo de la adolescencia. Su padre le había prohibido hablar en una manifestación estudiantil, pero ella se atrevió a desobedecerlo, a pesar de la amenaza de bajarla a la fuerza de la tribuna. Cuando regresó a su casa, ya entrada la noche, llena de temor al castigo de su rebeldía, se encontró con un padre que preguntaba de dónde y de quién había heredado el poder de la palabra.

Una mujer extraordinaria, tan sencilla como profunda, tan femenina como buena estadista, tan dulce como capaz ejecutiva, tan pobre como humana, tan "avanzada en días" como joven en ideas y amplitud. Esa mujer paciente que sólo contesta agresivamente cuando se le hacen preguntas tontas. Así respondió al "cómo se siente una mujer en el puesto de primer ministro: "No sé cuál es la diferencia, todavía no he sido primer ministro hombre".

La edad, "los avanzados días", siguen siendo un milagro deslumbrante en Israel, o es que en esta tierra existe la verdadera fuente de la juventud.

LUGARES Y SU HISTORIA

Masada:

Josefo Flavio, ¿judío o romano?

Masada

Los héroes de Masada

Las excavaciones en Masada

La cueva de Macpelá: un lugar de disputa

Una ciudad nueva sobre seis mil años de antigüedad

El Teatro Romano de Beit-Schean

La muralla de Jerusalén y sus puertas

Mea Shearim: ciento por uno

Belén: casa del pan

Ein Karem: la cuna de San Juan Bautista

El Mar Muerto

El Mar de Galilea

JOSEFO FLAVIO, ¿JUDIO O ROMANO?

Para conocer los grandes momentos de la historia judía en tiempos del Imperio Romano, hay que leer con atención las crónicas del historiador Josefo Flavio.

El nos dice con palpitante emoción cómo se defendieron y murieron los últimos judíos, que se atrincheraron en Masada. Para hablar de Masada, de Herodes y del esplendor de sus construcciones, así como de la destrucción del Templo y de la desolación de Jerusalén, es necesario seguir "La historia de las guerras de los judíos".

Josefo Flavio, ese brillante historiador romano, nació judío y murió romano. Su nombre era el de Yosef ben Matitياهو. Hijo de una familia bastante prominente de la clase sacerdotal judía, fue un excelente estudiante de la Biblia y buscó una corriente, entre la variedad que existía en su época, a la cual afiliarse. Sus inquietudes lo acercaron a los esenios y estuvo en el desierto, como muchos religiosos de su tiempo, aislado del mundo y haciendo una vida de asceta.

Volvió a la ciudad. No era héroe. Estaba destinado a ser testigo y a dejar testimonios de su época.

En defensa de un miembro de su familia, viaja a Roma y la civilización que encuentra lo deslumbra. Regresa a Israel convencido de que la lucha contra los romanos es inútil, que los judíos serían vencidos y predica la entrega en paz.

Por esas cosas extrañas de la vida, se confía en sus manos la defensa de Galilea. Allí se debate entre el luchar o rendirse. Es un mal jefe, indeciso, sin fe en la victoria, sin convicción en el sacrificio de la vida ante una derrota. Cercado por el ejército romano huye con cuarenta judíos y se esconde en las cuevas. Ante la evidencia de estar rodeado por los invasores, Josefo Flavio propone la rendición. Sus compañeros rechazan la idea. Morirán como luego él mismo relata el heroísmo de Masada. Unos a otros se matarán. Nadie se entregará vivo. Y mueren todos, menos los dos últimos: Josefo Flavio y un compañero. Uno debe matar al otro y el que quede vivo suicidarse. Empieza el diálogo. ¿Para qué morir? Se entregan a los romanos y Josefo Flavio pronto recobra la libertad y viaja a Roma, ese mundo deslumbrante del poder y de la cultura.

Regresa con el ejército de Tito. Necesita ser testigo de la derrota que sufrirá su gente y su país.

¿Judío o romano? Sólo Josefo Flavio lo sabe en su conciencia.

Viene con un ejército enemigo que sitia la ciudad santa, su Jerusalén, su templo. No puede callar la angustia. Rompe las filas y advierte a los judíos que van a la derrota, ruega que se entreguen. Los romanos sospechan de su lealtad. Creen que es espía. Sólo el aprecio de Tito lo salva. En sus andanzas los judíos lo insultan, lo llaman traidor.

Cuando ve la batalla, cuando se enfrenta a la sangre de romanos y judíos, Josefo Flavio nos dice: "Ninguno de los legionarios podría soportar el huracán de los héroes judíos, quienes cuales fieras desatadas, rompieron los anillos del cerco, los romanos huyeron..." La sangre judía hierve en la pluma del historiador, pero la atrayente realidad romana pesa sobre los hechos históricos. "Los romanos comenzaron a creer que no había fuerza capaz de resistir a los judíos. Por último, el valor de Tito salvó a los legionarios". El viento sopla a favor del fuerte y el halago sopla a favor del viento.

La caída de Jerusalén, la destrucción del Segundo Templo, costó al pueblo judío, en el año 70 de nuestra era, según el testimonio de Josefo Flavio, un millón cien mil judíos. A aquellas víctimas de las epidemias y el hambre, de la espada y el fuego, a aquellos cadáveres de hombres, mujeres y niños, que yacían en sótanos, túneles y calles, ¿cómo los contó el historiador, con lágrimas de judío, con alardes de victorioso romano o como simple humanista que odia las guerras?

Ya no es Israel, ya no es Jerusalén, ya fueron destruidos por los romanos. "Cuando los incendios terminaron, el sol iluminó las ruinas de Jerusalén. Pero lo único que había era escombros". Josefo Flavio no se rasga las ropas, no se pone ceniza en la cabeza, al estilo del duelo judío. Sólo queda el testimonio. La nostalgia de lo que fue. Para que el testimonio sea más válido, Josefo Flavio lo pone en boca del general romano, de Tito el victorioso: "Cuando Tito penetró en la parte superior de la ciudad, quedóse maravillado no sólo de la fortaleza de los muros sino también de las altas torres. Mientras observaba las colosas construcciones, los gigantescos bloques de piedra y la precisión con que se hallaban como fundidos, y también su enorme largo y ancho, exclamó: Hemos combatido con la ayuda de Dios. Ha sido Dios quien arrojó a los judíos de las fortalezas. Con manos de hombre y con la fuerza de las máquinas no es posible vencer torres como éstas".

¿De qué Dios habla Josefo Flavio? ¿Del Dios todopoderoso, único, que eligió al pueblo judío para vivir sus leyes y su destino, o del dios romano, del Júpiter violento y caprichoso, con su corte de dioses y semidioses? El historiador calla.

Quizás el Talmud tenga la respuesta. Cuenta una leyenda talmúdica que Tito temía que el dios judío se vengara de él aun después de su muerte. Por eso pidió: "quemad mi cuerpo y esparcid las cenizas por los siete mares, para que el dios judío no me encuentre y me ponga delante de un tribunal".

Josefo Flavio regresa a Roma, ya nunca más volverá a Israel. Allí se destaca como hombre brillante y culto. Mundano, seguro de sí mismo, se duele de su propia historia personal y nunca abandona el estudio de la Biblia. Sabe que traicionó a su país y a su gente. Pero, él ha sido testigo. Los buenos testigos deben ser imparciales. El ya no es judío, quizás ha alcanzado la aleación de judío-romano. No es héroe, no es protagonista. Su papel de hombre puede encontrar calificativos duros. Su testimonio de historiador puede ser vital para su propio tiempo.

Escribe lo que vió, lo que investigó, lo que supo. "La guerra de los judíos" no fue por muchos años una obra admirada en Israel. Es natural, resulta difícil admirar a una persona que en los momentos críticos abandona a su pueblo y pasa a las filas de sus enemigos.

Sin embargo, la obra histórica de Josefo Flavio se revalora día con día en Israel. Sin sus anotaciones, sin sus relatos, sin su sincera admiración por el heroísmo judío, muchos episodios se ignorarían.

Josefo Flavio nos va a guiar en el relato de Masada, ese monumental palacio-fortaleza a orillas del Mar Muerto. El ha inmortalizado lo que ahí pasó. No creo que hoy importe a nadie si Josefo Flavio fue judío o romano. Importa tan sólo su contribución a la historia del mundo, su aporte a la cultura. En esa entrega la nacionalidad sobra. Basta con ser hombre.

MASADA

El Padre Benjamín Núñez me enseñó que en Masada se encuentran con facilidad tres grandes lecciones: el genio constructor de Herodes el Grande, la persistencia orgullosa de las legiones romanas y el valor heroico de los últimos judíos rebeldes de aquella época. A ellas debo agregar la belleza del relato escrito por Josefo Flavio y la cruda realidad señalada por Moshé Dayán, de que el pueblo judío debe vencer el “complejo de Masada”, debe abandonar el refugio del suicidio y luchar activamente por su sobrevivencia.

Masada, una solitaria montaña frente al Mar Muerto, tiene una altura de 441 metros, por lo que sólo sobrepasa el nivel del Mediterráneo en 49 metros. Es una fortaleza natural por su propia estructura, cortada en su cima como una mesa con forma de barco, ancha en el centro y aguda en sus puntas.

Josefo Flavio la describe como una roca alta y ancha, rodeada de laderas empinadas que “caen en abismos de profundidades desconocidas, jamás holladas por ser viviente alguno”. Nos cuenta que tiene acceso por dos angostos caminos, uno por el Mar Muerto, sinuoso, difícil, que trepa por entre las rocas y se le denomina “serpiente”. El otro, del lado occidental, de más fácil paso. Hoy se conservan esos dos caminos pero hay un funicular que cómodamente lleva a la cumbre.

En Masada las últimas investigaciones arqueológicas han demostrado que estuvo habitada desde la época calcolítica 4.000 años antes de Jesucristo. La sequedad del ambiente conservó recipientes, trozos de lienzo y otros testimonios de poblaciones de hace más de 6.000 años.

Se supone que Masada fue el refugio de David, que se menciona en la Biblia con el nombre de Masadot, cuando huía de la persecución del rey Saúl.

Josefo Flavio escribe que “Yonatán, el Sumo Sacerdote, fue el primero en construir fortificaciones en el lugar llamado Masada”. Hay teorías que aseguran que este Yonatán fue el hermano menor de los Macabeos, quien luchó en la zona en los años 161–143 antes de Cristo. Otros sostienen que se trata de Yonatán, rey de Judea en los años 126 a 76 antes de la era actual.

En todo caso, fue Herodes el Grande, quien vivió en los años 73 a 4 antes de Cristo (no confundirlo con su hijo Herodes Antipas, el que intervino en el proceso de Jesús), el autor de la construcción de la fortaleza—palacio de Masada. Antes de ser rey y en tiempos de su lucha por el poder con Antígono, Herodes dejó en esta fortaleza su familia, mientras buscaba el apoyo de Roma. Un año después regresa a Judea, con el título de rey, en el año 37, logra derrotar a Antígono y salvar a su familia, que se encontraba sitiada en Masada.

Nos dice Josefo Flavio que era “la más fuerte fortaleza de Judea”. Agrega que “el rey Herodes se complació en fortificar el lugar durante un largo tiempo. Construyó una muralla en todo el contorno superior, totalmente en piedra blanca, de siete cables de largo, por un alto de doce codos y un ancho de ocho codos. Y construyó sobre la muralla treinta y siete torres de cincuenta codos de alto y desde las cuales se penetraba directamente a las viviendas construidas a todo lo largo de la muralla”.

Las medidas de Josefo Flavio equivalen a las siguientes: un cable representa 185 metros y un codo medio metro. Las excavaciones hechas en Masada demuestran que la muralla tiene un largo de 1.300 metros y un ancho de 4

metros. En lo único que se equivocó fue en el color de la piedra. En realidad no era blanca sino gris, pero en la época de Herodes la muralla estuvo cubierta por un repello blanco.

La exactitud de la descripción de Josefo Flavio asombra más, si se tiene en cuenta que no conoció la fortaleza. Se supone que la vio desde abajo, tal vez en sus años de ascetismo en el desierto. Cuando sucedió el sitio de Masada, en el año 73, ya el historiador vivía en Roma. A base de relatos de testigos y con fundamento en los informes militares, Josefo Flavio dejó a la posteridad lo que aconteció en la fortaleza.

Las excavaciones hechas muestran los cuartos de los soldados a lo largo de la muralla. Cuartos sencillos y primitivos, con paredes irregulares, contruidos con piedras sin tallar.

La belleza de Masada está en el palacio del norte, edificado en tres altos pisos sobre un angosto borde de la roca. Esta villa real alojaba a Herodes y a su familia. El piso más alto tiene un balcón semicircular, con cuatro habitaciones hacia el sur. El piso intermedio es una rotonda, con lugares de esparcimiento. La parte de abajo, la más bella, es un balcón de cuatro lados, suspendido sobre el abismo, con una vista maravillosa hacia el Mar Muerto, hacia el desierto y las montañas vecinas. Toda esta parte estuvo cubierta de murales y mosaicos. El tiempo ha dejado sólo unas muestras del arte plástico. Las columnas, que describe Josefo Flavio como labradas en una sola roca, eran hechas en piezas tan perfectas que al juntarse daban la idea de una concreta unidad. Su estilo corintio remataba en capiteles dorados y se cree que estaban enchapadas con piedras de colores.

El esplendor de Masada está en la parte occidental de la enorme roca, en donde se ubicó el gran palacio, el destinado por Herodes para sus recepciones y ceremonias. Con una extensión de cuatro mil metros cuadrados tiene una sala del trono, estancias para administración, dormitorios, sitios para guardar, una enorme cocina y una impresionante sala de baños, con cañerías subterráneas para el agua caliente y el vapor. Este palacio fue de dos pisos, del superior sólo quedan parte de las escaleras de acceso.

Hacia el centro está lo que fue el cuartel de guerra. Cerca un edificio extraño, llamado el "columbarium", pues se creyó que servía para la cría de palomas. Se trajeron palomas, pero ni aun las más pequeñas se pudieron acomodar en las celdas. Así se llegó a la conclusión de que se trataba de un cementerio vertical, para personas no judías, quizás soldados mercenarios, tal vez amigos de Herodes, cuyos cuerpos se incineraban y las cenizas quedaban en los agujeros.

Para los religiosos ortodoxos las excavaciones efectuadas tuvieron un interés especial. Se encontró en Masada una piscina para baños rituales. Ancianos rabinos subieron a la fortaleza para verla y medirla. Sus medidas y diseño estaban de acuerdo con lo prescrito por las normas religiosas. Se descubrió así la única piscina ritual existente en Israel en la época del Segundo Templo.

Más allá, las excavaciones hallaron una sinagoga, construida por Herodes y restaurada por los últimos defensores de Masada. Una sinagoga que mira hacia Jerusalén, como está dispuesto por las normas religiosas. Además, y lo que es muy importante para la cultura judía y cristiana, allí se encontraron trozos de rollos de la Biblia, valiosísimos para la investigación del pensamiento religioso y de la literatura en los tiempos del Segundo Templo.

Los más grandes edificios de Masada son los destinados a depósitos de alimentos y de agua. Sólo con provisiones seguras y suficientes era válida la fortaleza, tan fácil de rodear pero difícil de escalar y dominar. Las cisternas

permitían acumular 50.000 metros cúbicos de agua. Las bodegas de alimentos tenían capacidad para 5.000 metros cuadrados de depósitos. Herodes tomó provisiones para sobrevivir en Masada con 1.000 personas, durante siete años y medio.

Herodes siempre fue objetado por los judíos, debido a su complacencia y juego político con los romanos. Se creía que desde el punto de vista religioso, era un judío tibio, casi frío. Él construyó el Segundo Templo en Jerusalén con un esplendor casi increíble, también edificó fortalezas, ciudades, caminos y acueductos. Los descubrimientos de Masada han hecho reflexionar sobre la religiosidad de Herodes; en los mosaicos y murales no aparece figura humana, debe recordarse que el arte judío está limitado por el precepto de la Torá que prohíbe al hombre hacer su propia imagen: las medidas del baño ritual eran las ordenadas por la religión; la sinagoga estaba orientada hacia Jerusalén. Herodes, posiblemente, judío por ser nieto de judíos conversos, transitó por los caminos de la política como hábil estrategia para retener su poder, pero en el fondo debe haber guardado con fidelidad su judaísmo y respetado sus leyes y tradiciones.

Josefo Flavio, nos dice que Herodes construyó la fortaleza-palacio de Masada, para refugiarse en ella si los dos peligros que lo amenazaban se hacían realidad: uno era el del propio pueblo judío que lo podía destronar en cualquier momento; otro su enemistad con Cleopatra, quien presionaba ante Marco Antonio la muerte de Herodes y quería para sí el reino de Judea. Otros historiadores comentan que el rey judío en Masada no sólo tenía un refugio, sino el plan de toda una defensa, puesto que hizo construir un camino desde Jerusalén hasta el Mar Muerto, y Masada representaba parte de una red de fortalezas, a las que se unían el Herodión y Majvar tan fuertes e imponentes como la primera.

A la muerte de Herodes en el año 4 antes de Cristo, la fortaleza de Masada quedó en manos de una guarnición romana.

Nada nos cuenta Josefo Flavio de lo que pasó durante ese tiempo. La historia la reanuda cuando cerca del año 66 de nuestra era, un grupo de rebeldes judíos, comandados por Menajen Ben Yehuda Hagalilí, cayó sobre la guarnición romana y se asentó en Masada. Aquí empieza el esplendor heroico de la fortaleza.

LOS HEROES DE MASADA

Todo estaba previsto en Masada para la resistencia y la lucha, pero la fortaleza—palacio en tiempos de Herodes nunca se utilizó como instrumento de guerra.

En el año 66 después de Cristo, empieza en Israel la gran rebelión contra los romanos.

El grupo que comanda Menajem ben Tehuda Magilili toma Masada. Se confía su custodia a Elázar ben Yair, pariente de Menajem y también parte de los extremistas luchadores judíos, llamados sicarios porque siempre llevaban entre sus ropas un cuchillo, denominado "sica" en latín.

En el año 70, Tito logra la caída de Jerusalén y la destrucción del Segundo Templo. En su marcha triunfal en Roma, Tito exhibió los ornamentos del Templo y en el imperio se acuñaron monedas con el "Judea Capta" (Judea Cautiva).

Sin embargo, los rebeldes judíos siguen luchando. Unos grupos están en el Herodión, otros en Majvar y el de Elázar ben Yair está en Masada. El Herodión cae en el año 71. Majvar se domina en el año 72. Sólo queda Masada con casi mil personas.

Quizás el grupo no era importante, ni constituía peligro alguno para la seguridad del imperio romano. Pero, el orgullo del dominio, la necesidad de que no hubiera rebeldes en Judea, la limpieza absoluta del territorio conquistado, hizo que el general romano Flavio Silvano rodeara la fortaleza con diez mil hombres de la décima legión.

En torno a Masada se construyeron ocho campamentos militares romanos. Dice Josefo Flavio: "El general romano partió con su ejército a luchar con Elázar y los sicarios que con él permanecían en Masada. Rápidamente se apoderó de todo el terreno circundante y colocó guardias militares en los sitios apropiados. Hizo construir un cerco protector alrededor de toda la montaña y lo hizo custodiar por si alguno de los sitiados intentaba escapar". Anota el historiador que Silvano no esperaba que los judíos se rindieran por hambre o por sed. Sabía que tenían agua, pan, vino, aceite, dátiles. La estrategia estaba definida: Masada se tomaría por asalto.

Con la paciencia de un cazador, el general romano empieza a construir un terraplén en la parte occidental de la roca. Logra así, con grandes esfuerzos que se tragan los días, subir parte de la maquinaria pesada de guerra y abrir un boquete en la muralla. Los judíos prepararon con presteza una segunda muralla, de tierra floja, que anulara la fuerza de los arrietes. La suerte parece favorecer a los rebeldes, la maquinaria se anula, el boquete se cierra. Pero, habían sostenido el nuevo muro con madera y los romanos pronto queman los soportes. Además, el material suave se había endurecido por acción del batido de las maquinarias. El ejército romano está a un punto de vencer. Los judíos comprendieron su derrota.

Flavio inició el asedio en el año 72. A los quince días del mes nisán, Elázar ben Yair comprendió que la lucha estaba perdida. Dice Josefo Flavio que entonces "vio ante sus ojos todo lo que los romanos habrían de hacer con sus hombres, con sus mujeres y sus hijos, cuando los vencieran y decidió en su pensamiento morir".

Reúne a los hombres y les señala la derrota, sus horribles consecuencias. Pronuncia entonces un discurso, que es famoso por su densa tragedia y por su contenido heroico. Josefo Flavio lo transcribe así:

¡“Oh hombres, héroes valerosos! Tiempo ha que hemos decidido no servir a los romanos ni tampoco a otros dominadores, excepto a Dios, porque sólo El reina sobre el hombre con la verdad y la justicia. Y ha llegado la hora que nos ordena realizar con nuestras manos el mandato de nuestras conciencias. No arrojemos en estos momentos sobre nosotros la vergüenza. Y si nuestro espíritu rechazó la esclavitud que nos entraña peligro, no elijamos ahora para nosotros la esclavitud unida a terribles castigos. Esa será la que obtendremos de los romanos si caemos con vida en sus manos, porque hemos sido los primeros en levantar contra ellos la mano y hemos quedado, los últimos para luchar contra ellos. Creo que Dios ha sido justo dándonos la oportunidad de morir con la muerte de los hombres libres y valientes, cosa que no fue posible para nuestros hermanos cuya derrota fue repentina. Y es para nosotros claro que mañana ha de sobrevivir nuestra derrota, pero nos ha sido dada la posibilidad de elegir una muerte de héroes para nosotros y para nuestros seres queridos . . . ¡Qué hermoso y bueno ha de ser llevarnos nuestra libertad a la tumba y destruir la fortaleza y sus riquezas mediante el fuego antes de morir! Sé bien que los romanos han de penar por no poder apresarnos con vida y han de sentir enorme frustración al no tener botín del que apropiarse. Solamente hemos de dejarles los alimentos para que ellos testimonien tras nuestra muerte que no hemos perecido por hambre o porque algo nos faltara, sino que hemos elegido libremente la muerte antes que vivir como esclavos, tal como ya lo teníamos decidido . . .”

El discurso y la misión que conlleva encuentra fortaleza y decisión en muchos, pero temor y flaqueza en otros, que se miraban apenados, con lágrimas en los ojos. Elázar vuelve a hablar. Recuerda a los judíos exterminados en Cesarea, en Beit Schean, rememora la destrucción de Jerusalén y del Segundo Templo. Dice Josefo Flavio que dirigió elevadas palabras sobre la inmortalidad del alma, que su voz era fuerte y timbrada y que sus ojos penetraban fortaleza en los llorosos. Acabó así su segundo discurso: ¡“Hemos de morir antes de ser esclavos de nuestros enemigos y hemos de permanecer libres abandonando el mundo de los vivos, nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos! Apresuremos nuestras acciones, y en lugar de alegría de nuestros enemigos ante la derrota, dejémosles asombro y desconcierto frente al heroísmo de nuestros corazones”.

Ya estaban convencidos los vacilantes y la terrible matanza comenzó. Cada uno degolló a sus esposas y a sus hijos. Se echaron suertes para elegir a los diez últimos que debían matar a los restantes. Cada uno se refugió en el seno de su familia muerta, para recibir la muerte. Y los diez últimos echaron suertes para elegir quien debería matar al otro, el último debía asegurarse de la muerte de todos y antes de suicidarse quemar el palacio y las riquezas, salvo los alimentos, que dirían por siempre que no fue el hambre si no la pérdida de la libertad la causa de su muerte.

La batalla final de los romanos fue contra un grupo de rebeldes muertos. Encontraron como victoria la desolación, el silencio y el valor de 960 cadáveres.

Alguien tenía que sobrevivir para contar la historia. “Una anciana mujer y otra mujer perteneciente a la familia de Elázar, y con ellas cinco criaturas, se escondieron y sobrevivieron a la matanza”. Y sigue diciendo Josefo Flavio: “No fue fácil para los romanos entender sus palabras porque no podían comprender tanto valor”. Subyugado por el heroísmo judío, el de su pueblo, dice que los

romanos no se alegraron con lo que sus ojos veían de sus enemigos, invadidos por el asombro de su espíritu y de su grandeza.

El 7 de julio de 1969, 1.896 años después de la caída de Masada, el Estado de Israel enterró con honores de héroes los esqueletos que se encontraron de los últimos rebeldes de Masada.

Seguramente ese día la lucha heroica por la libertad se convirtió en una larga plegaria a orillas del Mar Muerto, con esas palabras inmortales de Elázar ben Yair: “¡Qué hermoso y bueno ha de ser llevarnos nuestra libertad a la tumba...!, hemos elegido libremente la muerte antes que vivir como esclavos”.

“LAS EXCAVACIONES EN MASADA”

¿Qué fue de Masada después de la tragedia? Poco se sabe. Parece que el general romano se retiró rápidamente con su ejército. El sabor de su victoria era demasiado amargo. Dejó una pequeña guardia, la que aparentemente también estuvo poco tiempo, pues no se limpiaron los escombros, ni se hizo tarea de reconstrucción.

Masada fue el sepulcro de los héroes judíos por mucho tiempo y quedó abandonada por años y años, como roca solitaria e imponente frente al Mar Muerto. El viento, las lluvias violentas de agua y arena, fueron invadiendo la alta planicie con sus caprichosas arquitecturas.

En el siglo V unos monjes bizantinos construyeron allí una iglesia. Eran monjes que vivían en pequeñas cuevas y llegaron a instalar una fábrica de mosaicos. No tocaron las ruinas de Masada, ni parecieron interesados en ellas. Dejaron las cosas tal como estaban y se concentraron alrededor de su iglesia. Actualmente se pueden ver sus restos y ellos denotan que debe haber sido una de las más bellas del tiempo bizantino. Los monjes abandonaron el sitio en el siglo VII, en la época en que los musulmanes invadieron Israel.

Los árabes llamaron la montaña As-Saba y el nombre de Masada, la epopeya de los rebeldes judíos, no tuvo lugar físico. Seguía en el libro de Josefo Flavio y en la memoria de quienes contaban la historia del país.

En 1838 un estudioso norteamericano, Edward Robinson, describe la montaña As-Saba, de forma piramidal, con una planicie en la cima, sobre la que se observan con un telescopio algunas ruinas y llega a la convicción de que se trata de Masada.

Cuatro años después, en 1842, un misionero norteamericano S. W. Wolcott y un pintor inglés Tipping escalan la montaña. Wolcott atestigua en sus descripciones que Masada coincide en todo con los detalles ofrecidos por Josefo Flavio en “Las Guerras de los Judíos”. El pintor deja realísticos bocetos de las ruinas que encontró.

En enero de 1851, el francés F. de Saulcy visita Masada y sube a ella por la rampla hecha por los romanos, creyendo que ése era el paso de “serpiente”. En 1852 llega el holandés Van de Velde y reconoce la capilla bizantina. En 1863 el alemán F. Tuch publica un libro sobre Masada, que es una especie de guía a los viajeros. Lo fundamenta en las descripciones de Josefo Flavio, pues nunca visitó el lugar. Curiosamente es más exacto en los detalles y en la localización de los diferentes edificios, que las descripciones ofrecidas por los mismos exploradores, quienes en el lugar confundían un edificio con otro.

En 1864 y luego en 1871, H. B. Tristram visitó Masada y dejó escritas sus impresiones y apuntes en su libro “Tierra de Israel”. El, como los visitantes anteriores, creyó entrar a la fortaleza por el paso de serpiente, cuando había llegado por el camino hecho por los romanos.

Otros muchos exploradores, al final del siglo pasado y principios de éste, relatan sus viajes y visitas a la fortaleza.

Masada empieza a revivir. El nombre resuena, la historia del gesto heroico de los rebeldes se cuenta una y otra vez. Es tema que aflora constantemente en la juventud judía de Eretz Israel en la primera mitad del siglo 20. En 1923 el poeta Itzjak Lamdan escribe el poema “Masada no volverá a caer”. El título de ese

poema se convierte en lema de combate para los soldados de las legiones judías Palmaj y Hagana, que luchaban contra los ingleses y los árabes para crear el Estado de Israel.

Sin embargo, la mayor parte de las ruinas se encontraban enterradas y el acceso a ellas era peligroso y difícil.

El profesor Igal Yadin comienza las tareas de excavación, con grupos de voluntarios de muchos países. Demostraron que en esta época de materialismo, siempre hay gente dispuesta a ayudar en forma abnegada y gratuita. Así se excavó un 97 por ciento de Masada y el 3 por ciento restante se dejó tal como estaba, con el fin de conservar para el futuro las ruinas, con su desenlace trágico y las muestras del incendio.

Al llegar los excavadores a la zona de los baños, encontraron tres esqueletos. Uno de un hombre de aproximadamente 20 años, a su alrededor flechas y un manto de rezo. A la par, el esqueleto de una joven mujer, cuyo pelo, trenzado, se conservaba casi intacto. Junto a ella el esqueleto de un niño. Los historiadores, al hallar manchas oscuras en el suelo, como de sangre, se han preguntado si fue el último rebelde, al que correspondió asegurar que todos habían muerto, quemar los palacios y finalmente matarse con la espada junto a los suyos.

Se continuó buscando los cadáveres de los héroes. En una cueva cercana hallaron trozos de esqueletos, pedazos de géneros y vestidos, que correspondían a veinticinco personas. En la Universidad Hebrea de Jerusalén se analizaron y estudiaron hasta llegar a la conclusión científica de que pertenecían al grupo rebelde.

Todos estos restos se enterraron al pie de Masada, en una colina que se llamó Guival Hamaguinim (colina de los defensores).

Se le preguntó a Igal Yadin cuál fue el más importante para él de los múltiples hallazgos de Masada. Confesó que le era difícil escoger un material específico, pues eran muchos los hallazgos. Por una parte, las construcciones, los murales, los mosaicos que permitían reconstruir la arquitectura en tiempo de Herodes. Por otra, monedas y objetos de especial valor palográfico. Además, utensilios, vestidos, los baños rituales, la sinagoga y los rollos de la Torá, esenciales para la historia judía y para ahondar la época del Segundo Templo.

Ya obligado a escoger, el profesor Yadin relató que lo más emocionante para él fue encontrar pequeñas piezas, cada una con un nombre, escritos todos por una misma mano. Algunos de ellos eran sobrenombres o seudónimos, como Ben Hanjton (hijo del panadero), Haamaki (el del valle), Yoav, nombre bíblico no muy usado en la época. Entre las piezas está escrito el nombre de Ben Yair, probablemente el de Elázar Ben Yair, el jefe de los rebeldes, el del célebre discurso sobre la muerte en libertad como alternativa frente a la vida en esclavitud. ¿Eran las piezas que se sortearon para escoger a los diez hombres que matarían a los demás, conforme al relato de Josefo Flavio? La prueba científica quizás falte, la posibilidad de que fueran las piezas del trágico sorteo está abierta.

La labor de las excavaciones y reconstrucciones en Masada se realizó en 11 meses, en dos temporadas de verano, en los años 1963 a 1965. El cuidado con que se ejecutó la obra se señala con el hecho de que la tierra excavada se pasó por cernidores, para retener cualquier pieza de importancia histórica. Al llegar a las partes de paredes y columnas, incluso algunos pisos, la limpieza se hizo con las manos, con escobas y pinceles, según se estuviera cerca de murales o mosaicos.

Nuestra mente se va acostumbrando a las presentaciones audiovisuales. Si tuviéramos que presentar, como en una película, la epopeya de Masada, tendríamos que decir así: lugar, una roca que parece arrancada de alguna catástrofe geológica, agreste y amurallada por sus propios recursos configurados desde tiempos remotos, fortaleza por obra y gracia de Dios, palacio y refugio construido por el temor de un rey, estrategia magistral en la autodefensa, Herodes. Protagonistas: 960 judíos que creían en la libertad, 10.000 soldados romanos para quienes vencer era una consigna. Estrellas invitadas: Elázar Ben Yair, el hombre que prefirió la muerte a la esclavitud; Silvio Flavio, general romano que no admitió la rebeldía en el imperio y supo encontrar con paciente insistencia el talón de Aquiles de la fortaleza. Guionista: el brillante historiador Josefo Flavio, a quien sentimos llorar sobre las páginas de su relato.

LA CUEVA DE MACPELA: UN LUGAR DE DISPUTA

El nombre de la ciudad de Hebrón se va haciendo familiar a través de la lectura de la Biblia. En esa ciudad acampó Abraham, compró el campo de Macpelá para su sepultura y la de los suyos: aquí también reinó David durante siete años y medio, antes de hacer a Jerusalén la capital de su reino.

Para llegar a Hebrón se atraviesa el valle de Beraja (bendición), en donde se vencieron tribus nómadas de Transjordania y se bendijo a Jehová. Después de un subibaja de colinas cubiertas de viñedos, higueras y olivares, se llega a la más alta, en que tiene su asiento Hebrón.

En hebreo se llama Kiryath—Arba, la ciudad de los cuatro, pues aquí están enterradas cuatro parejas conyugales: Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacobo y Lea. También se cree que están enterrados Adán y Eva, quienes después de ser expulsados del Paraíso vinieron a vivir en Hebrón.

En árabe la ciudad se llama Khalil, que es el nombre que se da a Abraham, “al—Khalil er—Rahman”, el amigo del Señor.

Hay cuatro lugares históricos en Hebrón. Uno es la piscina del Sultán, lugar donde David colgó a los asesinos de Ish—Boshet, hijo de Saúl, conforme se cuenta en el Libro Segundo de Samuel: “Entonces David ordenó a sus servidores, y ellos los mataron, y les cortaron las manos y los pies, y los colgaron sobre el estaque de Hebrón . . .”.

Otro es el roble que utilizó Abraham para fijar su tienda, aquel día en que Jehová se le apareció y le anunció que Sara tendría un hijo. Es un árbol enorme, sostenido ya por una complicada estructura para sujetar su tronco añoso. Este roble fue muy conocido en la Edad Media, en vista de que una de sus astillas aseguraba un tranquilo y buen viaje.

El tercero es otro roble, en que María reposó cuando huía a Egipto. Lo llaman en árabe Ballout es Sebta, roble del descanso.

Una iglesia rusa, construida en 1871, con íconos y olor a incienso, conmemora este tránsito de la Virgen María.

El último es la tumba de Macpelá, un santuario conflictivo desde tiempos muy remotos y aún un lugar de oración disputado entre árabes y judíos.

Los cimientos de la muralla son de la época del Segundo Templo. Herodes, el Grande, había construido un magnífico edificio para resguardar los restos de los patriarcas hebreos. Sin embargo, una leyenda árabe atribuye la primera obra a Salomón y cuenta que el mismo diablo lo asistió en la construcción.

En los tiempos bizantinos se edificó en el sitio una basílica cristiana. Un peregrino, que visitó la Tierra Santa en el siglo VI después de Cristo, cuenta que a la iglesia entraban por un lado los judíos y por otro los cristianos.

Después, cuando los árabes conquistan esta tierra, los cristianos demolieron la iglesia y escondieron sus puertas, para que los musulmanes no descubrieran el lugar la Cueva de Macpelá. Se cuenta en una monografía cristiana, que los judíos, al ser interrogados por los árabes, dijeron cuál era el lugar de las tumbas, a cambio de que se les permitiera construir allí una sinagoga, al lado de la mezquita árabe.

En el año 1100, cuando los Cruzados conquistaron Hebrón, convirtieron la mezquita y la sinagoga en una iglesia con un monasterio. Sólo tenían acceso los judíos que se hacían pasar por cristianos, o sea los "descarriados", como cuenta un famoso rabino.

Al reconquistar los árabes el territorio, volvió a reconstruirse la mezquita, que en realidad es en la actualidad un santuario que tiene mucho de iglesia, de sinagoga y de mezquita. Las paredes y los pilares son de los períodos bizantino y cruzado. En una de las salas está el típico nicho de las mezquitas, el Mihrab, hacia el que los musulmanes dirigen la oración porque está orientado siempre hacia la Meca.

En el edificio central están las representaciones de los sepulcros de Isaac y Rebeca. En las paredes de la sala están escritos capítulos del Corán, en que se alaba a Abraham.

Una cámara contiene los cenotafios de Abraham y Sara, aun cuando ellos están muy en lo profundo, en la cueva, sobre la que se han construido tantos templos. Una banda de terciopelo cubre el monumento de Abraham, con la leyenda en árabe de: "Esta es la tumba del profeta Abraham, que descanse en paz". En el otro monumento también en árabe, una banda igual dice: "Esta es la tumba de nuestra señora Sara, mujer del profeta Abraham, que descanse en paz".

Después de un patio, una cámara adicional tiene las tumbas de Jacobo y Lea. De acuerdo a la tradición árabe, estas colocaciones obedecen a la disposición en que se encuentran las tumbas en la cueva.

En una sala lateral, según los árabes, está José, hijo de Jacobo; pero, según los judíos esta tumba está cerca de Nablus.

A través de una pequeña ventana, se ve una roca con la huella de un pie. La leyenda dice que es el pie de Adán, por lo que asombra su tamaño, el tamaño del pie de un niño.

Las mujeres árabes rezan en sitios y horas diferentes a los de los hombres. Cuando rezan en un mismo lugar, se colocan detrás, para no servir de perturbación en sus rezos a los varones. También las mujeres tienen un sitio, alejado de los hombres, en las sinagogas. En el costado occidental de esta mezquita, una gran sala, con el piso cubierto de alfombras, está destinada a la oración de las mujeres árabes.

Después de la derrota de los Cruzados, los árabes impidieron a los judíos reconstruir su sinagoga y les prohibieron llegar a ese lugar. Se cuenta que en el siglo XV se les permitía sólo asomarse por una ventana.

Desde esa época hasta la guerra de los seis días, en 1967, el Santuario estuvo cerrado para quien no fuera musulmán. Se daba permiso para llegar al sétimo peldaño y por ahí ver por un agujero del muro. Ahí rezaban los judíos a sus patriarcas e introducían sus "papelitos" con súplicas.

Ahora está abierto el Santuario, pero sigue en disputa: los árabes son dueños de su mezquita, se molestan por la entrada de los judíos y hay una lucha constante por limitar las horas de rezo de unos y otros creyentes.

Descansan en paz Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacobo y Lea, ¡son ya tantos los siglos! Pero, sus seguidores siguen disputando el derecho al templo.

¿Quién le iba a decir a Abraham que al comprar la cueva de Macpelá, a Efron heteo por cuatrocientos ciclo de plata, para enterrar a Sara y tener también su sepultura, iba a crear tantos problemas y prácticamente una eterna disputa?

UNA CIUDAD NUEVA SOBRE 6.000 AÑOS DE ANTIGÜEDAD

Más allá de Jericó, ese deslumbrante oasis en las orillas del Mar Muerto, muy cerca de la frontera con Jordania, está Beit-Schean.

El punto más elevado de la ciudad está a 50 metros bajo el nivel del mar, y la ciudad es el centro de un valle que limita al este con el río Jordán, al suroeste con las montañas de Guilboa y al norte con las elevaciones de Isasjar.

En este valle la historia se remonta hacia tiempos que reconstruimos en la imaginación, porque aquí vivió el hombre de la era calcolítica hace 6.000 años y aquí también construyó sus viviendas el hombre de la Edad de Bronce.

Beit-Schean no ha interrumpido su historia, llena de vicisitudes, desde las eras más antiguas hasta las actuales. Fue punto clave del camino que llevaba desde las costas egipcias hacia el norte. No existía otra vía entre las ricas y cultas poblaciones del Nilo y las que crecieron a orillas de los ríos Eufrates y Tigris.

En su colina se han desenterrado 20 capas de ciudades, que datan las primeras ocho del cuarto y del tercer milenio antes de Cristo.

El valle tiene un clima tropical, siempre cálido y una tierra fértil. Casi no llueve nunca. Numerosos manantiales y vertientes, así como aguas de los montes circundantes, riegan los sembrados.

En el año 1949 se inició la reconstrucción de la nueva Beit-Schean, con amplias calles y modernas construcciones, que ocultan su milenario pasado. Sin embargo, la historia está ahí y es fácil descubrirla.

Al reconstruir la ciudad, al excavar para hacer cimientos, instalar cañerías y trazar nuevos caminos, se encontraron miles de testimonios arqueológicos, que ahora están en un sencillo museo de la ciudad, otros se conservan en el Museo Rockefeller de Jerusalén y algunos se encuentran en el Museo de Filadelfia.

Los investigadores creen que el nombre de la ciudad proviene de un antiguo dios, llamado Schan, que adoraron los primitivos habitantes del lugar. Durante las épocas helenística y romana se le denominó Escitópolis, ciudad de los escitas, pero el nombre no perduró.

Además, este nombre de "ciudad de los escitas" ha sido una constante interrogación para los investigadores. Los escitas eran un pueblo de tribus errantes en las estepas de Ucrania. Nunca construyeron ciudades. El historiador cristiano Eusebio da dos versiones: la del antiguo griego Herodoto que cuenta la invasión de los escitas a Israel donde permanecieron 15 años, y la propia de Eusebio de que los escitas dominaron 28 años y luego atacaron a Egipto. Otros historiadores relacionan el nombre con la antigua mitología. Algunos creen que los mandatarios ptolomeos tuvieron una guarnición especial en la ciudad de los escitas quienes eran guerreros, temerarios y excelentes jinetes.

En los documentos escritos aparece el nombre de Beit-Schean en el segundo milenio antes de la era cristiana, o sea hace 3.900 años. El nombre figura en vasijas y en ídolos rotos egipcios, con maldiciones que contenían finalidades mágicas. Los egipcios de esa época creían que al anotar el nombre de una ciudad en esos objetos y luego romperse, los dioses se inclinaban a traer la desgracia sobre el poblado. Esto hace suponer que Egipto quería conquistar la ciudad y por eso pedían las calamidades sobre ella, así tendrían el ambiente propicio para

invadirla. Efectivamente lo logró. En Egipto se conservan cartas de distintos reyes de Canaan, de los años 1370-1360 antes de Cristo, en que servilmente se dan informes a los Faraones sobre la situación de Beit-Schean. La conquista egipcia se realizó en 1468 antes de Cristo, cuando Amenophis III venció a los cananeos. Luego los egipcios fueron vencidos por los filisteos.

Años, muchos años después alrededor de 1.010 antes de Cristo, el primer rey hebreo, Saúl, trató de dominar a Beit-Schean. Sucumbió con sus tres hijos en la batalla del monte Guilboa. Los filisteos colgaron sus armas en el templo de Astarot y sus cuerpos en el muro de la ciudad. Al visitar la colina que señala la ciudad antigua, un árbol recuerda el sitio de los sucesos.

El rey David, en el año 1.000 antes de Cristo, conquista la ciudad y la integra al reino israelí. El dominio judío duró 300 años, luego pasa a los asirios, a los babilonios, a los persas, a los sirios, a los romanos, a los musulmanes, a los turcos, a los británicos y finalmente vuelve a ser de Israel.

Cada dominio es una historia de sangre y de luchas verdaderamente demoníacas. En el Talmud se dice: "Si existe un paraíso en el mundo, Beit-Schean se halla a sus puertas". En cada una de las luchas y conquistas de Beit-Schean, la ciudad se convirtió en las puertas del infierno.

Una bomba, todavía en 1971, destruyó parcialmente la sinagoga "Ohel liacov".

Las reliquias históricas que se conservan en Beit-Schean son muchas: un teatro romano de gran estilo belleza y arquitectura especial. Una sinagoga del siglo IV; las hermosas ruinas de una pequeña iglesia cristiana que se terminó de construir en el año 569; un mosaico del palacio de Leontis, quien se supone fue un judío rico que procedía de Egipto. Además, se conservan también mausoleos, pilares, estatuas, cerámica y pequeños testimonios de la vida en la época calcolítica y en la Edad de Bronce.

EL TEATRO ROMANO DE BEIT—SCHEAN

En 1872 un arqueólogo inglés, Lord Kitchiner, aseguró que al pie de la colina de Beit—Schean estaba enterrado un gran teatro romano.

No pudo comprobarse por medio de excavaciones. En su época había un mercado árabe y los comerciantes no estaban dispuestos a sacrificar sus bazares, en aras de una excavación arqueológica.

En los primeros años de la creación del Estado de Israel, tampoco se pudo comprobar la existencia del teatro. Las casas de los árabes estaban ocupadas por los nuevos colonos judíos que poblaron el lugar, la mayoría de ellos provenientes de Asia y Africa.

No fue sino hasta el año 1960 que se comenzó a excavar. 200.000 metros cúbicos de tierra, preservaron casi intacto, el teatro romano construido en el siglo primero de nuestra era.

Debe recordarse que en la época romana, Beit—Schean, llamada en ese entonces Escitopolis, constituía una de las diez ciudades de “Decapolis”, con que se señalaron los puntos principales de apoyo al dominio romano sobre el Cercano Oriente de ese entonces.

Esas diez ciudades, dentro de las cuales estaba también Damasco, tenían derechos especiales de administración interna, lo que contribuyó a desarrollar en ellas una vida cultural de cierto relieve.

Beit—Schean se enriqueció en este período con una activa vida comercial. Su situación era privilegiada como punto de comunicación, encuentro de caminos, que una vez sirvieron para traer cultura y otras para el paso de los ejércitos.

El teatro romano es un ejemplo de un tiempo de paz y de regocijo espiritual, y un paso ejemplar de las edificaciones que dejaron los romanos. No es un edificio destinado a la lucha de gladiadores y de fieras. Es un teatro de estilo griego, un anfiteatro en su forma, como quedaron muy pocos en el vasto imperio romano.

El lugar en que se encuentra es un hermoso parque. Algunas estatuas, pilares y monumentos matizan los senderos de pasto verde, con flores y árboles de generosa sombra.

El teatro tiene 15 filas de asientos, en semicírculo, dirigidos hacia el escenario, con una capacidad de 5.200 asientos. La primera fila de asientos con respaldo, seguramente se destinó a la alta clase gobernante; luego siguen graderías también de mármol y por último las de basalto. Los estudiosos apuntan que el mármol se trajo de Grecia y de Italia. La piedra granítica de las columnas y de las entradas fue traída de Egipto.

Se ha logrado comprobar que el teatro estaba cubierto con cortinas de género. Hay en los pasillos señales que evidencian la existencia de sujetadores de cortinas. Esa es una providencia acorde con el clima y benévola para los asistentes, si se recuerda que las representaciones teatrales de la época duraban cuatro y cinco horas.

Las entradas, llenas de luz en un día brillante de invierno, tienen tal movimiento en su arquitectura que dejan la sensación de que miles de espectadores, van a entrar muy pronto. Nueve puertas dobles conducen a los asientos. Los actores tienen entradas subterráneas hacia el escenario, y más abajo un sótano, un “hyposcenum” (como se llamaba), sirve de tramoya a los

espíritus subterráneos. Dos torres paralelas, a cada lado del escenario, con escaleras en caracol que aún se pueden subir, maquinaban los dioses del cielo.

El teatro romano se usa hoy día. En el verano se dan representaciones de grupos teatrales israelíes y extranjeros.

Sin embargo, la arquitectura, la solidez, las piedras grises y los mármoles blancos, los pilares, las torres, las entradas, están tan llenos de teatro que casi no se necesita la representación. Los juegos de la luz violenta y transparente, el revolotear de las palomas y el trinar de los pájaros, parecen la eterna introducción del Dionisio, tan venerado en el Beit-Schean de aquella época.

LA MURALLA DE JERUSALEN Y SUS PUERTAS

La defensa masiva y estructural de una ciudad, en aquellas épocas en que los invasores llegaban a pie y con armas de poca intensidad destructiva, era sin duda la muralla. Alrededor de ella, la ciudad podía tener un respiro de paz, dormir tranquila, crecer segura y quizás resistir la ambición de poderío que la cercaba.

Como toda arma, la muralla tenía sus debilidades. La más conocida es el sitio, que aislaba a los habitantes y los hacía perecer de hambre y sed, cuando las provisiones de agua y comida no eran suficientes para vencer el paciente asedio de meses y años.

Cuando el enemigo se precipitaba contra la muralla, porque su tiempo de conquista era violento y rápido, se luchaba recia y sangrientamente. Salvo subterfugios hábiles para vencer la muralla, había peligro de derrota o de impotencia para el deseo de conquista.

Jerusalén ya estaba amurallada en tiempos de David, quien la conquistó en el año 1.000 antes de Cristo, y se dice que para ello usó el acueducto que traía las aguas a la ciudad de Gihón.

Jerusalén se menciona por primera vez en la Biblia con el nombre de Salem, cuando se cita que tenía como rey a Melquisedek, sacerdote del Altísimo contemporáneo de Abraham, quien le bendijo y a quien entregó el diezmo de sus conquistas.

En lengua egipcia y babilónica se la llamó "Urusalem", de donde se deriva Jerusalén, "ciudad de paz", que ha pasado tras cruentas guerras por manos de los jebuseos, de los hebreos, de los babilonios, de los macedonios, de los ptolomeos, de los seléucidas, de los romanos, de los bizantinos, de los persas, de los árabes, de los cruzados, de los mamelucos, de los turcos, de los ingleses, de los jordanos y ahora se ha reunificado con los israelíes.

La muralla que resguarda la ciudad vieja, la ciudad santa, fue construida por Solimán, el Magnífico, en el siglo XVI, y siguen como modelo las existentes con anterioridad. El promedio de su altura es de 12 metros y encierra un cuadrado irregular de cuatro kilómetros de perímetro. Es de una línea clara y bella, con un sencillo pero gustoso estilo artístico. Tiene 34 torres y 8 puertas, aun cuando la llamada "Puerta Nueva" no debe contarse porque fue abierta a finales del siglo XIX y no tiene relación con el diseño dado por los constructores otomanos de Solimán.

Una leyenda señala que una noche Solimán tuvo una pesadilla: cuatro leones lo atacaban con furia. Como era costumbre, llamó a sus magos para que le descifrasen lo soñado y ellos explicaron el sueño como el dolor de Dios por lo mucho que había descuidado su Ciudad Santa, Jerusalén. De ahí le nació la idea de construir la muralla que existe hoy, y que se repite sigue el diseño antiguo, especialmente el romano, que partió conforme al modelo de sus ciudades en cuatro grandes avenidas la ciudad y que hasta ahora la siguen dividiendo en cuatro barrios: el armenio, el judío, el cristiano y el árabe.

Dicen los cabalistas que las siete letras hebreas del nombre de Jerusalén, corresponden a las siete puertas de la muralla. La más famosa de ellas es la "Puerta de Damasco", también es la puerta de arquitectura más vistosa. Es masiva sin perder la gracia de la línea, y —sin duda alguna— a pesar de sus sólidas torres, es más decorativa que defensiva, como si se hubiera hecho para deleitar al

hombre culto y no para asustar al enemigo. Por esta puerta entraron muchos de los distinguidos visitantes de la Tierra Santa. Ahora se usa más para ese fin la Puerta de Yafó.

A esta puerta se le han dado muchos nombres. Los cristianos la llaman Damasco, porque marca el comienzo de la vía que conduce a la capital siria, atravesando la parte septentrional de Israel. Los árabes la llaman Bad al Amud, puerta de la columna. Esa columna aparece en mapas del siglo VI, pero no se ha encontrado vestigio alguno de ella. De los tiempos romanos se conserva una deteriorada inscripción en piedra de "Colonia Aelia Capitolina", nombre que los romanos dieron a Jerusalén. Los hebreos la llaman Shaar Schjen, puerta de Nablus, porque también inicia la vía hacia la capital de Samaria.

Entre esa puerta y la de Herodes, está la cantera de Salomón, de donde se cree extrajo las piedras para construir el primer Templo. Más allá, la Gruta de Jeremías, señalada por la tradición como el sitio en donde el Profeta compuso sus lamentaciones por la destrucción de Jerusalén.

Sigue a la Puerta de Damasco, la "Puerta de Herodes". Los peregrinos la llamaron así por creer que cerca de ella estaba la casa de Herodes.

En árabe se le dice puerta de las flores. Es una construcción sólida y simple, que lleva directamente al barrio árabe.

Más allá está la Puerta de los Leones, también conocida como la Puerta de San Esteban, pues cerca fue martirizado el Santo. Dos pares de leones, tallados en relieve al frente, están relacionados con el sueño de Soliman. Esta puerta conduce al Convento "Ecce Homo" y al inicio de la Vía Dolorosa.

Siguiendo la muralla, llegamos a la Puerta Dorada, la puerta por donde creen los judíos que entrará el Mesías. Es la puerta más delicada y bella de la muralla, también la más llena de misterio. Desde 1530 está cerrada y se cree que los turcos tomaron esa disposición por razones de seguridad. Sin embargo, hay quien dice que lo hicieron por temor a la entrada del Mesías, el Redentor del pueblo judío. Otros piensan que está cerrada para que no entre nadie por ella hasta el día del Juicio Final. Los judíos la llaman puerta de la misericordia y el nombre debe tener relación con ese juicio del fin del mundo. Conectaba la Ciudad Santa con Getsemaní y el Monte de los Olivos. Por ella entró Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos. También por ella se trajo de nuevo la Santa Cruz a la ciudad, en el año 629, luego de recobrarla de los persas. En las afueras de la puerta los árabes construyeron un cementerio, otro modo de evitar la entrada del Mesías Judío, quien no podrá atravesar la tierra considerada inmunda por su religión.

Después se encuentra la "Puerta de la Basura", que se usó desde el siglo II de nuestra era para ese propósito. Por ella se sacaban burros y ovejas hacia las fuentes de agua, en las épocas de verano cuando se secaban las cisternas dentro de la ciudad amurallada. Hoy esa puerta ya no tiene esas utilidades, es simplemente otra vía de acceso, pero conserva el nombre de su uso original.

Cerca está la "Puerta de Sión", llamada por los árabes "Bad-Kharet-el Yahud", o sea puerta del barrio judío, ya que es la que lleva a ese barrio. La puerta es sencilla, pero cada una de sus piedras está cargada de historia.

Sigue en el recorrido la "Puerta del Yafó", llamada así porque de ahí sale la arteria que lleva hasta el puerto de Yafó. Al lado de esta puerta, hay una apertura de acceso a los vehículos, que se preparó para la visita del Kaiser Alemán, Guillermo II, quien fue huésped de honor del Sultán Turco en 1898.

Esta puerta da acceso a la Ciudadela de David y es poderosa en recursos defensivos. Sobre uno de sus arcos una inscripción árabe dice: "no hay Dios sino

Alá y Abraham es su amigo". El patriarca Abraham es venerado por los árabes como un santo.

Por último, para completar las ocho puertas, está la llamada "Nueva" abierta en 1889 para facilitar el acceso entre el barrio cristiano intra-muros y las instituciones extra-muros. Se conoce con el nombre de Puerta del Sultán, quien dio la orden para su apertura.

Una leyenda de espíritu muy barroco, dice que al terminar el mundo, para ese terrible día del Juicio Final, en que se juzgará a los justos y a los injustos, a los buenos y a los malos, a los inocentes y a los culpables, la ciudad estará rodeada por siete murallas: una de plata, otra de oro, una de piedras preciosas, otra de lapizlázuli, una más de zafiros, otra de esmeraldas y, finalmente, la última de fuego.

Siete murallas, conforme a ese número siete con que juega tanto la Cábala. Por el momento, hay una sola, de piedra blanco-amarilla, aun cuando el sol, soberano permanente de esta tierra, se complace en cambiarle el color.

MEA SHEARIM: CIENTO POR UNO

El barrio más exótico en Jerusalén, ya fuera de la Ciudad Santa, es Mea Shearim. tiene cerca de cien entradas, como si quisiera imitar la muralla y los laberintos del viejo Jerusalén. Y es que el barrio tuvo su muralla con más de cien puertas.

El nombre se basa en un párrafo del Génesis: "Y sembró Isaac en aquella tierra, y recogió aquel año ciento por uno; porque le bendijo Jehová". Mea Shearim: ciento por uno, fue el nombre escogido después de muchas deliberaciones en la Sinagoga.

La historia se remonta a 1875, cuando religiosos judíos venidos de Europa decidieron radicar en Jerusalén y construir un "ghetto", que los defendiera por una parte de los árabes y por otra no permitiera influencias extrañas en sus prácticas ortodoxas.

Antes, sucedieron intentos de vivir fuera de Jerusalén amurallada. Sir Moisés Montefiore (un distinguido judío inglés cuyo escudo es muy sugerente: "piense y agradezca") construyó una larga casa de una planta, en 1860, que fue la primera vivienda extra-muros. Se cuenta como una hazaña que un judío decidió habitar allí y se atrevió a dormir una noche fuera de la muralla. Su familia a primera hora corrió para constatar si aún vivía.

A la entrada de Mea Shearim, un rótulo en inglés, yidish y hebreo, previene a los visitantes: "¡Hija judía! La Tora te obliga a vestir con modestia. Nosotros no toleramos paseantes vestidos inmodestamente". Las mujeres requieren para recorrer el barrio un vestido a media pierna, con mangas y cerrado. Los hombres deben caminar con la cabeza cubierta.

Las casas en Mea Shearim, en su gran mayoría, no tienen acceso a la calle, si no a través de los pasillos internos que interrumpen las largas hileras de ventanas. El barrio va estrechándose en semicircunferencias y las vías de vehículos son muy estrechas.

En una de las calles se ven lápidas con los nombres de residentes de la Vieja Ciudad, quienes donaron viviendas a la comunidad. La mayoría de los hombres no trabajan, pues dedican por entero sus vidas al estudio de la Biblia. La mujer cumple con las labores domésticas y debe ganar el sustento de la familia.

Un viernes en la mañana, las mujeres están atareadas en limpiar la casa y preparar los alimentos antes de que el "shabat" comience. Los hombres circulan por las calles con sus toallas para tomar el baño ritual.

Es un barrio muy pobre. En una verdulería se vende únicamente papas y cebollas. Los sitios más importantes son el centro de estudios, Yeshiva, y las sinagogas.

Muchos de los residentes son miembros del "Neturai Karta", un partido de extrema derecha, que combate el sionismo y cree que sólo el Mesías puede establecer el Estado de Israel. Cartelones recuerdan la necesidad de comer sólo "kasher", de no permitir autopsias y de no participar en las elecciones del país. También en las paredes expresiones fuertes, algunas recientemente pintadas y otras a punto de borrarse, protestan contra ese Estado que no se reconoce. Se califica de nazista y la "svástica" se pinta cerca de los nombres de los actuales funcionarios estatales.

(He mencionado "kasher" y es válida aquí una explicación entre paréntesis, para los que no están familiarizados con los términos de la tradición judía.

“Kasher” significa apropiado para comer, limpio, y “kasher” tiene que ser también los vinos, y aún las medicinas. Las leyes dietéticas se incorporaron a la religión judía, las dictó Moisés junto a los preceptos morales, ambos son de rigurosa observancia. Hay quien afirma que Moisés, entre muchas virtudes, tuvo la de ser un gran higienista. En el Levítico, tercer libro de la Biblia, figura la lista de los animales prohibidos y permitidos para comer. Entre los terrestres se pueden comer los que tienen la uña partida y rumian, por lo que quedaron excluidos el camello, la liebre y el cerdo. Entre los que viven en las aguas, sólo se pueden comer los que tienen aletas y escamas. Entre las aves prohibió el águila, el halcón, el cuervo, el avestruz, la lechuza, la gaviota, el gavián, el búho, el cisne, el pelícano, el buitres, la cigüeña y la garza. De los insectos prohibió a los que alados andan sobre cuatro pies. De los mamíferos permitidos, no todas las partes son aptas para el consumo. No se puede comer el sebo que rodea las tripas, los tendones y el trasero. Tampoco se come el animal enfermo o el muerto en accidente. La carne se desangra, pues está establecido en el Deuteronomio no comer sangre “porque la sangre es el alma, y no has de comer el alma juntamente con su carne”. La sangre se drena de la carne, y ésta se sumerge media hora en agua, luego se sala y después de una hora se enjuaga. Por otra parte, un precepto de la Biblia dice: “no guisarás el cabrito en la leche de su madre”. Eso redundaba en una separación absoluta de la carne y la leche. Los judíos tradicionalistas tienen dos cocinas separadas, una para la leche y sus derivados, y otra para la carne. Los utensilios usados en una y otra cocina nunca se mezclan. Y los platos de leche y de carne nunca parecen juntos en una comida).

El barrio de Mea Shearim es un grupo difícil de gobernar, es un barrio que no admite el hebreo como lengua común, la reserva para los actos religiosos, por lo tanto la comunidad sigue hablando “yidish”.

Mantienen, no sé si como un recuerdo doloroso o como un apego a la tradición, el mismo tipo de vida y los ropajes utilizados en los “ghettos” de Europa. Las mujeres se rapan sus cabellos y cubren siempre su cabeza, con un pañuelo o con una peluca grotesca. Usan medias gruesas, zapatos cerrados, vestidos toscos y con un largo a media pierna, en el verano y en el invierno. Los hombres visten de negro, igual los niños, con sombreros alones, del mismo color, sobre los que salen los largos “colochos” que se dejan en los lados de las patillas.

Un ambiente detenido en el siglo XIX, y quizás más atrás en el tiempo bíblico que con tanto apego siguen, ¿Es posible detener el tiempo? ¿Es necesario?

Desde el punto de vista práctico, el gesto romántico o defensivo de aislarse y detenerse en una época de atrás, es trágico cuando se está al frente de la necesidad urgente de la ciencia. Hay muchos de los ortodoxos que rehusan una medicina urgente porque no es “kasher”, es decir limpia, conforme lo ordena la tradición. Hay muchos que no aceptan una intervención quirúrgica de urgencia porque es “shabat”. Hay más a quienes el avance desplaza y su “ghetto” es ya de ignorancia, de incompreensión, de fanatismo absurdo.

Además, ¿es justificable el “ghetto” en un país de compatriotas, en donde se exalta la cultura y la tradición hebrea?

Guardo respeto, un enorme respeto, por quien se entrega honesta y fervorosamente a sus propias creencias, pero es imposible en nombre de ellas cerrar toda comunicación con el mundo, en este caso un mundo abierto y afín a su fe. No es conveniente que el círculo de la fe se enconche en el otro círculo, cerrado y agresivo, del fanatismo. Sucede entonces que la liturgia se impone ante

el ser superior que se reverencia, las normas aniquilan los principios en que se fundamenta la fe, las limitaciones oprimen y la persona pierde su derecho de vivir, de superarse, de ser mejor.

Pero, quizás, Mea Shearim sólo sea un ejemplo ingrato de la manía de subsistir en "ghettos", aunque no sea necesario, para evidenciar lo doloroso que fueron durante tanto tiempo esos encierros que las sociedades crearon ante la situación absurda de no saber cómo dar, cómo ser, cómo comunicarnos y respetarnos los unos a los otros, aun cuando tengamos diferente color, raza o credo.

BELÉN: CASA DEL PAN

Belén es ciudad de destacados hechos bíblicos: a la entrada de la ciudad está la tumba de Raquel, que es uno de los monumentos más sagrados para el judaísmo; en los campos fértiles de sus bellos alrededores creció, con las vides y el trigo, el amor entre Ruth y Booz; aquí nació el pastor David, quien después fue Rey de Israel.

Pero, lo que hace más significativo el nombre de Belén es el hecho de que en esta ciudad nació Jesús. Cada Navidad, cada 6 de enero con la presencia de los Reyes Magos, el recuerdo de Belén llega a todos los lugares cristianos.

Me asombra la semejanza intuitiva de algunos portales costarricenses, con cierta estructura de Belén. No hablo de los portales sofisticados con espejos de agua, pavorrales, dorados y plateados, que parecen recorrer una poesía modernista. Hablo de aquéllos, como el que hacía mi abuela, en diversos niveles, con ovejas de algodón y cabros de terciopelo entre el musgo y los helechos, con pan en sus orillas, con camellos de felpa cada año más desteñidos y tristes. Algo de Belén había en ellos, de este Belén que ha crecido sin perder su sencillez, sus casas de piedra, sus laberintos de calles empinadas donde se extienden las ventas de brillantes aceitunas, berenjenas, tomates, pepinos. Un mosaico del colorido transitorio de la fertilidad, a la que debe sin duda Belén su nombre: "casa del pan".

La tumba de Raquel, la madre Raquel como se la llama, nos habla por siempre de su historia suspendida entre la esperanza y la realización. Esperó ser esposa de Jacobo por largos siete años, y luego tuvo que cederlo a su hermana mayor Lea, quien debía casarse primero de acuerdo con la tradición. Vio florecer los hijos de Jacobo y Lea, mientras esperaba angustiada un hijo propio, hasta que "y acordóse Dios de Raquel, y oyóla Dios y abrió su matriz". Nació así José, el intérprete de los sueños, quien sería vendido por sus hermanos a los egipcios.

Y Raquel deseó otro hijo y camino a Belén sobrevino el parto. Con ese hijo, llamado por ella Ben-Oni y por su padre: Benjamín, se le fue el alma. Y Jacobo levantó "un monumento sobre su sepultura, el cual es el monumento de la sepultura de Raquel, que permanece hasta el día de hoy".

Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacobo y Lea están enterrados más allá, en Hebron, en la cueva de Macpelá, que Abraham compró para su sepultura y la de su familia. Raquel no llegó, cayó en medio del camino y allí está, madre eterna, con su carga de angustias, de esperanzas y con su sabia conformidad.

De Ruth, la buena nuera, de Booz y de su descendiente David queda sólo la presencia de los campos, la fertilidad de la tierra, cortada como un mosaico en gradientes de azoteas, y el pastoreo tranquilo de las ovejas siempre dóciles, siempre berreantes, siempre en manadas.

En el lugar del nacimiento de Jesús, está la Iglesia de la Natividad, construida por el Emperador Constantino, poco después del año 321, en que declaró el cristianismo la religión de su imperio. Después fue restaurada por el emperador Justiniano. En el siglo XII los cruzados la volvieron a restaurar. Milagrosamente se ha salvado de las destrucciones, que significaron todas las conquistas de Belén.

La puerta principal fue sellada, con el objeto de prevenir ataques. Una pequeña abertura lateral, para evitar la entrada irrespetuosa de gente a caballo, obliga a entrar individualmente y encorvado.

Una estrella de plata marca el sitio del nacimiento. En el centro un círculo deja ver la roca original sobre la que estuvo el pesebre. Sobre la estrella se lee en latín: "Hic De Virgine Maria Jesus Christus Est". (Aquí nació Jesucristo de la Virgen María).

Esta estrella fue instalada en 1717 por la Iglesia Latina; los griegos la quitaron en 1847 y el gobierno turco los obligó a devolverla a su lugar en 1853. La lucha por la estrella figura como una de las causas de la Guerra de Crimea, en que Rusia luchó contra Turquía, Gran Bretaña y Francia.

En la Iglesia de la Natividad fue coronado el Rey de las Cruzadas, Baldwin I, un 24 de diciembre del año 1101. Su hermano Godofredo, quien murió unos meses antes de la coronación, había rehusado el título. Dijo simplemente que no podía usar una corona de oro en la tierra en que Cristo recibió una corona de espinas.

En los alrededores de Belén está la Gruta de los Pastores, allí donde nos dice San Lucas: "Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la Gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor . . .".

Esos mismos pastores recibieron el mensaje divino, que muchas veces se repite sin que llegue a la conciencia de la humanidad su hondo sentido: "Gloria a Dios en el Cielo, en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad".

Es un sitio sencillo el que recuerda la gruta de los pastores, casi abandonado. Una iglesia derruida, en medio del campo abierto, desliza con fervor el anuncio permanente de que ha nacido quien predicó amor sobre la Tierra, aun cuando su mensaje no ha sido todavía bien oído.

EIN KAREM: LA CUNA DE SAN JUAN BAUTISTA

Una de las villas más pintorescas de Jerusalén, es Ein Karem. Actualmente es un suburbio de la ciudad. Un lugar escogido por músicos, pintores y poetas para residir en la tranquilidad de una atmósfera apacible, llena de luz, con la transparencia que ilumina aún más los contornos claros y perfectos de vides, olivos, pinos y flores silvestres.

Se cree que en este sitio nació San Juan Bautista, aun cuando ni el Nuevo Testamento ni la tradición tienen referencias exactas. Sin embargo, en Ein Karem una iglesia franciscana recuerda el lugar del nacimiento del Santo. Sobre la elevación de la colina, otra iglesia latina señala el encuentro de la Virgen María y Elizabeth, madre de San Juan Bautista. Un convento de monjas rusas, otro de monjas latinas y un bellísimo hospedaje de las monjas de Sión, hacen de Ein Karem, no sólo un lugar de creación artística, sino una detenida reflexión del cristianismo que trasciende la simple custodia de lugares santos, para convertirse en misión de amparo a huérfanos y a desvalidos, para una nueva y eterna prédica de amor al prójimo.

Las monjas de Sión trabajan como campesinas en los huertos, en los olivos, en las plantaciones de flores, que caen en terrazas sobre el profundo y fértil valle. Las monjas de la hermandad del Rosario cuidan huérfanos de guerra y niños que no se quieren en los hogares. Las monjas de San Vicente de Paúl velan por los niños anormales. Una de estas monjas, Sor Clair Bernes, de 71 años de edad, recibió el título de ciudadana de honor de Jerusalén por su labor social. Ella es de Argelia y casi toda su vida monástica, orientada hacia el amor al prójimo, ha transcurrido en Israel.

Ein Karem significa en hebreo "la fuente del generoso". Una fuente de agua fresca y pura, sobre la que se construyó una mezquita, señala el punto de encrucijada de caminos entre la Iglesia del nacimiento de San Juan Bautista y la de la Visitación.

La primera, la que recuerda el nacimiento, tiene la misma historia de muchas iglesias en esta tierra. Fue construida en el siglo IV por los bizantinos; en el siglo VI fue destruida por los árabes; reconstruida por los cruzados en el siglo XI; utilizada de caballeriza por los turcos. Desde 1698 los padres Franciscanos cuidan de ella y la han vuelto a levantar completamente con el modelo de arquitectura "cruzada".

Esta iglesia nos habla sobre la historia del nacimiento de San Juan. De acuerdo con el Evangelio de San Lucas era hijo de Zacarías y Elizabeth, ambos "justos delante de Dios, andando irreprensiblemente en todos los mandamientos". Zacarías era sacerdote y entre sus labores estaba la de quemar incienso a la entrada del Santuario del Señor. No tenían hijos, Elizabeth era estéril. Un día, a la hora del incienso se apareció a Zacarías un ángel, que le dijo: "No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elizabeth te dará un hijo, y le pondrás el nombre de Juan". El ángel se identifica como Gabriel, quien asiste en la presencia de Dios y ha sido enviado para darle esas nuevas. Antes había predicho que ese hijo dará a sus padres goce y alegría, así como que muchos se regocijarán de su nacimiento, porque los hará volver al Señor, Su Dios.

Pero, Zacarías duda, él está viejo y Elizabeth es mujer avanzada en días. Y la duda es castigada, Zacarías permanecerá mudo hasta el día en que el hecho de su hijo se cumpla.

Elizabeth dio luz a un hijo, a San Juan Bautista, Zacarías recobra su habla y bendice a Dios, profetiza que su hijo irá ante la faz del Señor, para preparar los caminos.

Más allá, siguiendo la senda que sube una de las colinas, una iglesia también de franciscanos, memoriza el encuentro entre Elizabeth y la Virgen.

En el sexto mes de embarazo, Elizabeth recibe la visita de María. Dice San Lucas que al verla, la criatura que lleva dentro de sí da saltos de alegría. Elizabeth la saluda con el "bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de su seno . . ." Dijo entonces María: "mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador porque miró la humildad de su sierva por esto me llamarán dichosa todas las generaciones porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso y su nombre es santo† y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen† hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las iras del corazón de los soberbios† derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió sin nada† acordándose de su misericordia acogió a Israel su siervo† según lo prometió a nuestros padres Abraham y a su descendencia por los siglos".

Esta bellísima salutación, conocida como la "magnífica", está escrita en mosaicos en todos los idiomas. Estas inscripciones decoran un muro, que da inicio al jardín del Santuario.

La iglesia consiste en una cripta que recuerda la casa de Elizabeth y Zacarías. Un nicho contiene la piedra en que San Juan se ocultó en el tiempo de la persecución de Herodes. Dos hermosas pinturas vivifican la visita del Angel Gabriel a Zacarías y el encuentro entre las dos santas mujeres.

Una capilla en un piso superior, exalta la glorificación de la Virgen en el curso de los siglos: la disputa del monje Duns Scotus sobre la inmaculada concepción; la batalla de Lepanto que se ganó mediante la intervención de la Virgen; el Milagro de Caná en donde a solicitud de su madre, Jesús convirtió el agua en vino; la protección de la Virgen a la Iglesia: y, el Concilio en que se declaró a María Madre de Dios.

Los mosaicos del piso y el diseño de las ventanas utilizan símbolos litúrgicos de la Virgen María. En la fachada un bello mural de mosaicos dibuja el encuentro de María con Elizabeth.

Libres, sin otro creador que el gran jardiero de la naturaleza, pájaros, flores, vides, cipreses y olivos verde plata, se unen a la belleza del conjunto.

Ein Karem es un cuadro muy hermoso, aún por pintar, ya sea brillante a la hora del amanecer o dorado por el derroche de luces en un crepúsculo. También puede ser la reflexión de ese encuentro místico entre dos mujeres que alumbraron bajo el poder divino de la anunciación. O, el concierto brioso y barroco de sonatas de Vivaldi. El cristianismo siempre nuevo y creciente en la obra social. Quizás la "fuente del generoso", que revela eternamente que la belleza y el bien andan en múltiples ocasiones por una sola vía o por vías muy paralelas.

EL MAR MUERTO

Dentro de las cosas raras que se pueden conocer en este mundo, ocupa un lugar importante el Mar Muerto.

Un mapa del siglo VI después de Cristo, dibuja el Mar de Sal, como se llama en la Biblia, y muestra dos peces en la desembocadura del río Jordán en el mar, uno lucha por regresar al agua dulce del río y otro va desesperado hacia la muerte.

La misma escena se ve en los ojos de agua que se filtran por las rocas, y hacen pequeños pozos que se llenan de aluminas. Los pececillos veloz y furiosamente nadan hacia un lugar que aleje de las corrientes que se descargan en el mar, para no caer en las aguas cargadas de minerales, en que perecerían unos instantes después. La experiencia de siglos, el olor de azufre o el presentimiento instintivo, los hace luchar.

Aristóteles lo cita con el nombre de Mar de la Muerte y dice que sus aguas son saladas y amargas, que ningún pez puede vivir en ellas.

La muerte que ha bautizado este mar, no es tan absoluta. En sus aguas hay bacterias vivas y los estudiosos han ido encontrando organismos, como las arañas de mar, que se desarrollan en esta concentración de minerales.

A 394 metros bajo el nivel del mar, tiene una longitud de 78 kilómetros con un ancho máximo de 18 kilómetros y una profundidad media de 433 metros.

A lo largo de su costa, hay alojamientos cómodos para tomar baños termales y cubrirse el cuerpo con las sales y el asfalto del mar, que desde tiempos antiguos proveen de tratamientos famosos para la cura del reumatismo y enfermedades de la piel.

El agua contiene un 25 por ciento de sustancia sólida, posee un 7 por ciento de sal, el cloruro de magnesio le da un sabor amargo y nauseabundo, el cloruro de sodio la hace suave y aceitosa. Sobre sus aguas se flota sin hacer esfuerzo alguno.

Cerca de la costa del Mar Muerto hay dos bellísimos oasis: Jericó, la ciudad amurallada que derribó Josué con las trompetas, y Ein Guedi, lugar en donde David se escondió en la época en que lo persiguió el rey Saúl. Están las excavaciones de Qumran, sitio famoso porque en una de las cuevas se encontraron los manuscritos del Mar Muerto (los rollos de Isaías), y muestran las huellas del convento de los esenios, que era una secta religiosa que se separó de la teología oficial en Israel y la que se supone conocieron San Juan Bautista y Jesucristo. Los esenios desarrollaron una doctrina de gran espiritualidad y misticismo, una vida comunal de mutua ayuda y sacrificio de la riqueza individual.

Pero, quizás el sitio más atrayente a los alrededores del Mar Muerto es el que señala un aviso, que cruza hacia un estrecho camino: "Sodoma". Sodoma y Gomorra las ciudades bíblicas del pecado. Cuenta la Biblia que Jehová, hablando con Abraham, dijo: "Por cuanto el clamor de Sodoma y Gomorra es mucho, y su pecado muy grave, descenderé y veré si han hecho enteramente según el clamor suyo que llega hasta mí; y si no, lo he de saber". Abraham le pide que no castigue a las ciudades si encuentra en ellas 50 justos y Jehová accede a su petición y llega a admitir que no habrá castigo aún si sólo encuentra a 10 justos. No hubo 10 justos, mozos y viejos eran violentos y practicaban lo que luego se

llamaría el “sodomismo”. Lot, el sobrino de Abraham, que vivía en Sodoma, recibe un aviso para que salga de la ciudad con su familia, siempre que no se vuelva a ver hacia atrás. La mujer de Lot desobedece la orden y queda convertida en estatua de sal, para simbolizar por siempre que la curiosidad tiene peligros de castigos muy terminantes.

Sobre Sodoma y Gomorra, Jehová llovió azufre y fuego, no quedó nada de las ciudades y de los productos de la tierra.

Las orgías, las rarezas sexuales, los pecados de la carne y del espíritu, han quedado por siempre ligados a estos nombres.

Sodoma es actualmente una ciudad blanca, al final del Mar Muerto, en donde se levantan estatuas enanas que sugieren árboles, pagodas, llamas cristalizadas, en el tono del blanco brillante de la sal.

A dos kilómetros una cueva enseña un pilar de sal, al que hay que poner toda la imaginación para ver en él una figura humana, la mujer de Lot, como dice el rótulo de atracción turística, para todos los crédulos que buscan el pasado a la vuelta de la esquina.

Fábricas de potasa, de fosfatos, de bromo y de bromuro, alejan los pecados de Sodoma y Gomorra, para enseñar tal vez los pecados industriales, con su lucha de precios y juegos de necesidades. El mundo industrial de hoy y de mañana. Pasado, presente y futuro frente al Mar Muerto. Ese lago extraño, que parece salir de la prehistoria con su carga de minerales, que emblanquece cuanto cae en su oleaje, que ciega con la sal de sus aguas, que pesa con la fuerza de muchos soles en las peores horas y que reseca con un ritmo de evaporaciones que deshidrata al ser humano.

Si el mar de Galilea nos trae la palabra fértil y honda de Jesús y en él parece haber encontrado el mejor terreno el Evangelio, en el Mar Muerto la severidad de Dios mira frente a frente y los siglos se desboronan en una hora larga de soledad.

EL MAR DE GALILEA

Dice una leyenda que de todos los mares que Dios creó, el de Galilea es su preferido.

Llamado en hebreo lago de Kinneret (Lira), porque decían los antiguos que su forma se asemeja a ese instrumento musical y el sonido de sus olas es tan agradable como sus notas.

Mar o lago, es de una belleza esplendorosa. Sus aguas transparentes reflejan las luces durante el día. En la noche, la luna y las estrellas encuentran un camino de espejo.

Está a 102 metros bajo el nivel del mar, como si las aguas y las cavidades en esta zona del mundo, sujeta a catástrofes desde tiempos remotos, hubieran perdido las lógicas medidas de lo que es nuestro metro cotidiano. Tiene una longitud de 21 kilómetros y un ancho de 13, con una profundidad media de 49 metros.

Sobre las colinas que lo rodean crecen flores y huertas, siempre movidas por la brisa, reverentes a la hermosura del paisaje y a algo más profundo, que va adquiriendo mayor validez con el tiempo: las palabras de Jesús.

Galilea y su mar tienen mucho relato de historia antigua, desde el cráneo que se encontró de un hombre del período paleolítico (100.000 años antes de Jesucristo), el avance lento del desarrollo del hombre y la sociedad, las cuevas y las primitivas aldeas, los ídolos y los dioses, hasta las luchas recientes entre árabes y judíos por el dominio de estas tierras y de estas aguas.

Pero de toda esa prehistoria y de toda esa historia, Jesús el predicador, Jesús el Hijo de Dios, Jesús pescador de almas, es el presente absoluto del contorno.

Aquí, alrededor del Mar de Galilea, predicó y enseñó la mejor actitud humana: la del amor al prójimo.

En Nazareth, ciudad del valle de Galilea en que el ángel Gabriel anunció a la Virgen María el nacimiento de Jesús, con el "Bendita tú entre las mujeres", vivió y trabajó en el oficio de carpintería con San José, pero no predicó porque El mismo lo dijo: "Nadie es profeta en su propia tierra". Nazareth es hoy una pintoresca población que rodea reverente a la hermosa iglesia de la Anunciación.

En el monte Tabor fue donde Jesús se transfiguró delante de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, "resplandecía su rostro como el sol, y sus vestidos se tornaron blancos como la luz", y habló Jesús con Moisés y Elías. Un templo lleno de misticismo, en el punto más alto del monte, nos eleva hacia la soberanía divina del Hijo de Dios.

En Caná, una aldea árabe que se centra en la iglesia que conmemora el hecho, hizo el primer milagro: convirtió el agua en vino, a solicitud de su madre, para que la boda a la que asistieron se celebrara con alegría.

En Betsaida, perdida ahora en las colinas que rodean el lago, lugar natal de los apóstoles Pedro, Andrés y Felipe, Jesús los escogió como discípulos.

Tabgha es el sitio en que Jesús realizó el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, para alimentar a la multitud que lo seguía ansiosa de oír su prédica. Sólo quedan las ruinas de una iglesia convento y un mosaico, tan imaginativo y fértil como si lo hubiera diseñado Jerónimo Bosch.

En Cafarnaúm, guardián de las ruinas de una sinagoga y de la casa circular de San Pedro, predicó, hizo milagros y dejó pruebas de su misión mesiánica.

En el Monte de las Beatitudes está por siempre presente el Sermón de la Montaña, que es la expresión más alta y esencial del cristianismo: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois vosotros cuando os vituperaren, y os persiguieren y dijeren de vosotros toda suerte de mal, por mi causa, mintiendo . . .".

En el lago mismo de Galilea, Jesús anduvo sobre las aguas, acalló la tormenta, llenó de peces las redes, enseñó la fuerza de la fe. Aquí volvió, después de su resurrección, y se apareció a siete de sus discípulos, para encomendar a Pedro: "Apacienta mis ovejas".

Este Jesús de Galilea, radiante como la belleza del valle y del lago, profundo como el eterno camino del viento, humilde como los lirios y las flores que crecen silvestres en las colinas, humano como la densidad sabia de cada una de sus palabras, divino como la realidad trascendente de su misión salvadora, es lo que más conmueve en esta región.

Con verdadera sabiduría lo dice la saeta española: "No puedo cantar, ni quiero, a ese Jesús del madero, sino al que anduvo en la mar".

Con no menos agudeza lo canta Joan Baez acompañada de su guitarra: "Take a look at yourself and look at others differently by putting your hand in the hand of the Man from Galilee".

Y aquí mirando y oyendo, pensando y orando, surge de nuevo la visión del lirio y del pájaro: "Mirad las aves del cielo, cómo ellas no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta: ¿no valéis vosotros mucho más que ellas? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan, ni hilan; mas yo os digo que ni aun Salomón en toda su gloria fue vestido como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada en el horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? . . ." "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas esas cosas os serán dadas por añadidura. Por lo tanto no os afanáis por el día de mañana; que el día de mañana se afanará por las cosas de sí mismo. Le basta al día el mal suyo".

Es como si el encuentro con la paz íntima, nos entregara el secreto de las aves y de los lirios, que viven en el mundo de Dios, son obra y gracia de su voluntad, en el destino de ser aves y lirios, y no hubiera nunca más alternativa que la de ser bueno o de ser malo, de ser sabio o de ser tonto, de ser valiente o de ser cobarde, de ser creyente o de olvidar la palabra de Dios.

En Galilea se recorre el evangelio paso a paso. Lo importante es vivirlo siempre, más que en el marco histórico en que se dio, en el corazón del hombre pacífico que se entrega a la tarea de crecer en el amor de los demás.

GENTE Y SUCESOS

Los samaritanos, los buenos samaritanos

Los druscos y sus principios morales

El mercado de camellos y los beduinos

Los armenios y el gusto de ilustrar

El Kibutz: ni riqueza individual ni poder individual

Elegir o no elegir

La guerra de Yom Kipur:

 Yom Kipur y la guerra

 Sinaí y Golán

 Las víctimas

 El buen humor: arma eficaz

LOS SAMARITANOS, LOS BUENOS SAMARITANOS

“Samaritano”, usado como adjetivo o sustantivo, es sinónimo de bueno. El buen samaritano es casi una redundancia.

Dos citas del Nuevo Testamento justifican la asociación de bondad que desprende el término samaritano.

San Lucas nos cuenta que Jesús respondió, a un doctor de la ley, la pregunta de quién es mi prójimo, con la siguiente historia: “Cierta hombre iba bajando de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones; los cuales le quitaron hasta la ropa, y habiéndole cubierto de heridas, se fueron, dejándole medio muerto. Mas por casualidad un sacerdote venía bajando por el mismo camino; y cuando le vio, pasó de largo, enfrente de él. De igual manera un levita también, cuando vino al lugar, le miró, y pasó de largo, enfrente de él. Mas un samaritano que iba de camino, vino cerca de él; y cuando le vio, le tuvo compasión; y llegándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su misma bestia, le llevó al mesón, y cuidó de él. Y al otro día, cuando iba a partir, sacando dos denarios, los dio al mesonero, y le dijo: Cuida de él; y todo lo que gastares de más, yo a mi regreso te lo daré. ¿Quién de estos tres te parece haber sido el prójimo de aquél que cayó en manos de los ladrones?”

El doctor en leyes responde que “aquél que usó con él misericordia”, o sea el samaritano. “Jesús entonces le dijo: Ve, y haz tú lo mismo”.

Bajando de Jerusalén a Jericó, entre las colinas color arena del desierto de Judea, muy cerca del lugar llamado en la Biblia como “Maale-Adumin” (Colina Roja), que marcó la frontera entre Judea al sur y Efraín al norte, un edificio recuerda la historia evangélica. Tiene el nombre de “Albergue del Buen Samaritano”. Es un lugar de peregrinaje cristiano, en donde palpita todavía con emoción el encuentro con el prójimo, el amor y la misericordia que nos merece.

Camino a Nablus, un inconcluso monasterio nos recuerda otro hecho evangélico. El lugar se llamó en aquel tiempo Sicar, hoy se le dice Ascar. Aquí Jesús cansado se sentó junto al pozo, en el momento en que una mujer samaritana venía a sacar agua. Según el Evangelio de San Juan, Jesús le pide de beber y la samaritana le responde: ¿“cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos)”. Después se suscita el diálogo del agua viva, la que para siempre acaba con la sed y la predicción de que “viene tiempo cuando ni en este monte, ni tampoco en Jerusalén, adorareis al Padre”.

¿Quiénes son los samaritanos, quiénes son estos contrapuntos hasta los que llega el término “prójimo”, quiénes son estos habitantes de la Tierra Santa que no se trataban con los judíos, quiénes son los que han pasado a ser personajes de buenas hazañas al punto de simbolizar la bondad?

Los samaritanos son una tribu semita, parte del pueblo hebreo, que siguen la tradición judía.

Samaria es una región que lleva una cadena de colinas hasta el Valle de Jezreel, con dos ramas de montañas, las del Monte Gilboa en el este y Monte Carmel en el oeste.

Aquí en Samaria viven unos pocos samaritanos, que conservan sus tradiciones antiguas. En la parte occidental de Nablus se encuentra el barrio samaritano. Otro barrio similar existe en Holon, ciudad cercana a Tel Aviv.

Un sumo sacerdote es el líder de mayor jerarquía en esas comunidades. Se reconoce a los samaritanos por sus largos cabellos y barbas, por sus túnicas y sus bastones, que todavía en esta época los asemeja a los patriarcas bíblicos. Se dedican a la artesanía y al pequeño comercio. Siguen muy fielmente la Torá, o sea los primeros cinco libros de la Biblia: Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Su versión, conservada en la sinagoga con escritura samaritana, que es similar al hebreo antiguo, presenta diferencias no muy sustanciales con la versión judía. La diferencia de fondo es que sólo reconocen esos cinco libros sagrados.

El culto es completamente distinto. Ellos celebran la Pascua en la cima del monte Gerizim. Los samaritanos suben al monte y ahí están toda la semana. El lugar de la celebración lo llaman Mizbea, es un altar que consiste en un pequeño foso de dos metros de largo, en donde sacrifican los siete corderos ordenados por Moisés. Antes del sacrificio, el sumo sacerdote lee el capítulo XII del Exodo y seguidamente se cumplen las instrucciones de la celebración, dadas por Jehová a Moisés: se riega con agua caliente los corderos sacrificados, se les extrae la lana y la grasa para quemarse, se les cortan las patas delanteras, se asan, se comen a medianoche en panes sin levadura, y los residuos se queman en la concavidad del altar.

Los samaritanos creen que una piedra que se halla en el Monte Gerizim es la misma en que Abraham iba a sacrificar a Isaac. Los judíos creen que esa piedra está en Jerusalén, cubierta ahora por la Mezquita de Omar. También los samaritanos adjudican al Monte Gerizim el sitio en donde Josué colocó el altar de doce rocas, pero los judíos señalan que con eso contravienen la Biblia, la que específicamente dice que ese hecho aconteció en el Monte Ebal.

Moisés dijo a su pueblo: "Y cuando Jehová te haya introducido en la tierra a la cual vas a tomarla, pondrás la bendición sobre el Monte Gerizim y la maldición sobre el Monte Ebal". Los samaritanos siguen al pie de la letra el mandato de Moisés, conforme al Deuteronomio, pero no aceptan el libro de Josué que relata el hecho de que él edificó el altar de Jehová en el Monte Ebal.

Pero, estas diferencias no explican el hecho de que los samaritanos y los judíos, una misma raza, una misma religión, una casi igual tradición, se hayan enemistado desde tiempos antiguos.

Es necesario seguir investigando: cerca de Nablus hay un pueblo árabe, llamado Sebastia, construido sobre las ruinas de Shomron (Samaría), antigua capital del norte de Israel. (Aquí, en una pequeña cueva subterránea, que se cree fueron las tumbas de los profetas Eliseo y Obadía, los cristianos reverencian el lugar por estar enterrada la cabeza de San Juan Bautista. Una catedral de tiempos de la Cruzada llevó su nombre, pero esa iglesia fue transformada en una mezquita).

La antigua Samaria está en una colina rodeada de barrancos. Era una ciudad amurallada, con bellos edificios, capital del reino norte de Israel, en el Siglo primero antes de Cristo, que disputaba señorío y grandeza a Jerusalén. Los profetas señalaron los pecados de la ciudad y previeron su trágico fin. El profeta Amos exclama: "hay de los reposados en Sión, y de los confiados en el Monte de Samaria! Duermen en camas de marfil y reposan sobre los lechos; . . . Jehová Dios de los Ejércitos ha dicho . . . aborrezco sus palacios; y entregaré al enemigo la ciudad y cuanto hay en ella".

Y qué diabólicamente infalibles son los Profetas de las Sagradas Escrituras. Samaria es destruida por los asirios. Bajo el dominio romano, el Rey Herodes

construye una nueva ciudad sobre las ruinas. Su oportunismo político lo lleva a bautizarla Sebastia, que es la traducción griega de Augustus, en honor del Emperador Augusto.

Pero, ¿de dónde la división y la enemistad entre judíos y samaritanos?

David durante su reinado logró unir el país. Esa unión duró muy poco. Al morir, su hijo, el Rey Salomón, decidió partir en dos el reino: Jerusalén fue la capital del reino sur de Judá y Samaria la del reino norte de Efraín. Los dos reinos empezaron a reñir. Samaria acabó con la invasión de los asirios. Los samaritanos se fueron dispersando y los grupos pequeños que aún se conservan en Nablus y Holon mantienen sus tradiciones, sus diferencias religiosas y quizás el embellecido recuerdo de la grandeza de Samaria.

Y esos personajes del Evangelio, recordados siempre con el título de buenos, heredaron al mundo cristiano el oficio noble de ser samaritano, ser noble, ser misericordioso, ser practicante del amor al prójimo.

El samaritano es así de hecho bueno, en esa forma milagrosa que dan los giros del lenguaje.

¿Qué hubiera pasado en la historia del mundo si siempre hubiéramos antepuesto el adjetivo bueno al nombre del judío?

LOS DRUSOS Y SUS PRINCIPIOS MORALES

Dentro de los grupos de diferentes orígenes y religiones que integran el Estado de Israel, están los drusos. En varias oportunidades se les ha atribuido una relación directa con los filisteos, que pelearon por muchos años contra los judíos y a quienes el rey David ganó la ciudad de Jerusalén, pero los científicos han aclarado que esa relación no existió. Los drusos, a su vez, se creen descendientes de las tribus de Israel que vivieron en Transjordania.

La opinión más generalizada es que se trata de árabes, pertenecientes a una secta religiosa, diferente a la musulmana, creada en el siglo XI. Se cree que esta religión la predicó por esa época Ismail ad Darazi, en sitios cercanos al monte Jarmón, en la frontera con Siria. Muchos poblados de drusos todavía están en esta zona, otros se encuentran en Galilea y en los alrededores del Monte Carmel.

Su extraña religión siempre se ha mantenido en secreto. Se sabe que la tumba de su santo más venerado, Nebí Shueib, está en la ciudad de Tiberíades, en los montes de Galilea. También se conoce que ese Shueib es el Jetró de la Torá, el suegro de Moisés, aquel sabio que era sacerdote en Madián quien entregó a su hija Zípora por mujer a Moisés, quien se unió en el éxodo al pueblo judío, quien admiró las hazañas de Jehová en favor del pueblo judío para lograr su salida de Egipto en busca de la tierra prometida, quien dio sabios consejos a Moisés sobre la administración de la justicia, y quien después de aconsejar certeramente y dejar a su hija y nietos (Gersom y Eliécer), volvió a su tierra.

Se sabe que el 6 de febrero celebran el Id—El Adja, la fiesta del sacrificio; que el 28 de abril conmemoran la fiesta de Nebí Shueib; y, el 10 de setiembre la de Nebí Sablan, otro de sus destacados sacerdotes. El resto de su religión, y de sus principios morales, se ha guardado en estricto secreto, como si siguieran el consejo de don Miguel de Unamuno de que el amor y la fe se desgastan con las confidencias.

El número de las comunidades drusas en Israel alcanza a 30.000 personas, que viven en 18 diferentes aldeas, comandadas por reglas morales que los ha mantenido a lo largo de los siglos como comunidad diferente a las demás.

Es fácil distinguir a un druso de un árabe y de un bedunio. En vez de kaffía, el druso usa un turbante blanco, que significa sabiduría. Sus batas y mantos no son una combinación del blanco y negro, el color que los distingue es el gris rata.

Los drusos, que hablan árabe, tienen su propia representación en el Parlamento Israeli, Knéset, a través de un representante quien a su vez es viceministro de una importante función pública. Están integrados al país en que viven y comparten en Israel los deberes y las obligaciones de cualquier ciudadano.

Hace poco, porque nada hay oculto entre el cielo y la tierra, alguien un tanto indiscreto contó algo de las creencias y fe de los drusos. Lo relatado no ha sido objeto de réplica, lo que hace suponer que corresponde a la realidad. Se ha revelado que los drusos obedecen a tres básicas normas morales: la primera de ellas es guardarse de las habladurías, la segunda proteger a sus hermanos y la tercera creer en un solo Dios.

El primer principio obliga a los drusos a ser humanos, corteses, a cumplir sus promesas, a no juzgar a los demás y a guardar los secretos que se les confían.

Sabio y humano es el primer principio. Ser humano es propio de la naturaleza del hombre y comprender lo humano una regla de la sabiduría esencial para convivir en la complejidad que implica ser hombre o ser mujer. La cortesía es un método de conocimiento que aparta la discriminación y el prejuicio cuando se convierte en un gesto de humanidad dispuesto a entender que nada humano es ajeno al hecho de ser y tener derecho a vivir. La persona se abre a las peculiaridades de la personalidad, extiende las antenas del entendimiento y de la comunicación, no censura ni rechaza, no discrimina ni aparta, no prejuzga ni juzga, se enfrenta a la libertad de ser con toda la amplitud posible, no se constituye modelo ni norma, se está en la mejor disposición de aceptar y de comprender. Nada podría ser más amplio y por amplio más humano. Hay una previa aceptación de diferencias y peculiaridades. La norma se abre a la vida tal como es, con la gama inconmesurable de diferencias, de reglas, de excepciones. Pero aún va más allá, censura el juzgar a los demás, el caer en el vicio de las habladurías, que es desafiar el juicio de los otros, juicio que es divino, extraño a lo humano. Por eso, no reconoce la intervención ajena, censura las censuras humanas, castiga el juicio de los hombres sobre los hombres, que tratan de asumir funciones divinas y castiga severamente el no guardar los secretos de los demás. ¿Qué entendemos que son los otros?. Un simple recuento de confidencias. El confiar no autoriza el divulgar. El adivinar secretos no da libertad a la formación de juicios. Aun el devenir racional de causas y efectos, no da derecho a prejuicios.

Parece que los drusos creen que el alma del ser humano es tan libre y tan poco sujeta al cálculo de actos y efectos, que el libre albedrío siempre depara alternativas inusitadas de actitudes nuevas, inesperadas en la lógica acostumbrada a los acontecimientos, desprendidas en la supuesta costumbre del deducir por apariencias y semejanzas.

El hombre no debe juzgar al propio hombre, porque hay algo sagrado, ajeno al juicio de los demás, que constituye la única propiedad humana: el derecho de ser, de escoger, de amar, de vivir, en la dimensión que pueda medir la forma de vida propia, libre de la medida de otro, de la circunstancia, de la distancia y de la configuración que el otro ha escogido para su propia vida, también respetable en sus causas, en sus circunstancias, en su justificación. Es el mutuo respeto, trasplantado en términos simples y prácticos: no juzgamientos, no habladurías, no prejuicios, no desfiguraciones, o sea no rotulaciones definidoras de morales deshumanizantes, que impiden la libertad y restringen el derecho de vivir en la dinámica de definiciones realmente íntimas, que nos acercan o nos alejan de la última realidad esencial de la vida: ser.

Ese es el primer principio de la moral drusa y parece un grito actual contra las voces agudas que hurgan en las vidas privadas, que hacen de las confidencias su caudal de anécdotas y que pululan con rótulos limitantes para esclavizar las libertades de conciencia que no tienen el valor de vivir.

El segundo principio también es expresivo de la búsqueda orientada a que sea lo mejor del hombre lo que impere en el mundo. Ese principio tiende a ayudar al necesitado, a participar con el otro en las penas y en las alegrías, a dar siempre todo de sí, a practicar la solidaridad social, a beneficiar y a enriquecerse en el servicio humano. Hermoso principio y tan necesario que se impregne en la conducta de cada cual, porque realmente sólo dando en la medida que el dar es fruto perfecto de lo mejor de sí mismo, el hombre logra desprenderse del absurdo y desprender iluminada su misión de entrega.

El tercer y último principio, lleva a los drusos a creer en Dios, pero no es un creer vacío, no se trata de una fe justificada en el hecho de tenerla y sentirla. Significa la necesidad de llevar una vida limpia, modesta, austera, de respeto a los demás, de entrega de una ayuda sin límites, porque eso equivale a amar y honrar a Dios. También la fe los hace aceptar lo bueno y lo malo del devenir humano, pues en la calma y en la zozobra, en los tiempos gratos y en los ingratos, la conducta debe ser valerosa y no perder la mira de los más altos valores.

Los tres principios morales se basan sustancialmente en el respeto a la vida, en la solidaridad y en la creencia en Dios, el que en definitiva da un sentido altruista y trascendente a esa actitud de inmensa confirmación humana.

Los drusos no rezan en forma individual, lo hacen en conjunto, sentados sobre alfombras en cuartos carentes de decoración, de imágenes, de símbolos.

No tienen escrita su doctrina, pero se sabe que creen en Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma. Creen en la reencarnación. Para ellos el alma de un moribundo entra en el cuerpo del niño que nace mientras él muere. Sus costumbres sociales son muy austeras, las prohibiciones más generalizadas son las correspondientes al alcohol, los cigarros y la carne de cerdo. En sus relaciones con los otros grupos son muy cordiales y abiertos, salvo en aspectos propios de su religión, que no divulgan.

En materia de principios morales no hay originalidad. Vienen de lejos y de tiempos muy antiguos. Lo interesante es la forma en que esos principios los toma una determinada comunidad, los convierte en normas morales, los ordena en prioridades y los vive. En esta época, en que pareciera que la moralidad se refugia en catecismos que conocemos de memoria para olvidarlos en todas las actitudes, es asombrosa la cohesión, el respeto mutuo, la convivencia solidaria, de estas aldeas drusas.

Y a estas aldeas drusas se entra con una verdadera paz espiritual. En ellas se siente que la limpieza del alma, el saber vivir con la luz en la conciencia, ordena las casas, asea las calles, aclara las miradas.

La bondad tropieza con la misma armonía con que juegan los niños en la calle, extienden las mujeres en los balcones la ropa limpia, conversan los hombres en la calle, trabajan todos en una labor que se siente hecha con alegría.

EL MERCADO DE CAMELLOS Y LOS BEDUINOS

Si algo estimula la imaginación hacia las fronteras más amplias de la libertad, es la de grupos nómadas, que no están ligados a un lugar determinado, que vagan y peregrinan según las estaciones y las necesidades de su ganado, que no tienen más concepto de propiedad que lo esencial para el camino y el pernoctar.

En estos días de los enormes rascacielos empeñados en darnos paisajes permanentes de paredes, con pequeños rasgos de ventana, el hombre que vive bajo la protección del cielo abierto nos parece increíble. Hoy que nos rodean las estadísticas de vehículos y nos amenaza constantemente el ruido, a punto de que cada día oímos menos, es asombroso que permanezca inmutable el transporte del camello, con el rumiar casi silencioso de su propia despensa, con ese depósito de agua propia, con ese negarse a la deshidratación del calor interno y externo. El camello, sin duda alguna, es el animal máspreciado en el desierto y la mano derecha del beduino, que sigue paseando por las arenas y sigue inalterable la vida nómada de los primeros patriarcas bíblicos.

Es verdad que muchos grupos de beduinos se han hecho sedentarios. Algunos van al ritmo de caravanas cruzando el Néguev, acampando para que los burros, las ovejas y los camellos descansen y coman, levantando sus tiendas de piel en que duermen junto a sus animales, leyendo los signos del cielo para detenerse o marchar de nuevo.

Beersheva, la ciudad más grande del Néguev, fue muy importante en los tiempos bíblicos y es ahora un moderno centro urbano, con extendidas zonas residenciales y sectores industriales. Ella es el escenario del mercado de camellos, que celebran los beduinos cada jueves y en el que se venden esos animales junto con burros, cabras, ovejas y gallinas. Además, un poco del mundo moderno se ha incorporado a ese mercado. A un lado de los encierros de los animales, en que compradores y vendedores discuten interminablemente el precio y se examina cada animal de arriba a abajo, por detrás y por delante, en una especie de biopsia sobre edad, salud y posible producción, mujeres beduinas con sus rostros semivelados venden desde alfombras, tapetes, anillos, brazaletes, adornos para las ventanas de la nariz hasta botellas de aceite de oliva sin refinar, pots plásticos, cacharros viejos con referencias antiguas, finyanes y narguiles.

El mercado de camellos se inicia en la madrugada y termina cuando el sol se aviva en el cielo con mucha fuerza y lucidez, a eso de las diez de la mañana. Un árabe gutural, que suena a quejido largo como los del "cantejondo", se oye de una garganta a otra sobre el precio mayor o menor. Dicen que no hay compra en el mundo árabe sin un larguísimo preámbulo de puro regatear, ya que en el regateo estriba todo el placer del negocio. Los camellos toman con tranquilidad la faena de cambiar de dueño, sentados, con su esbeltez indiferente, se les siente lejanos al barullo que los rodea. Protestan, cada cual a su manera, las gallinas en su jaba, los burros en su amarro, las ovejas y las cabras en sus corrales.

Las beduinas, algunas de ellas con mantos de terciopelo realmente lujosos, enseñan sus bellos ojos negros, las monedas de oro que adornan sus frentes, el tatuaje negro que puntualiza los rasgos de su cara. Ellas también alegan y discuten sobre precios y ventajas. A los turistas les dan los precios en inglés, con un tono seco de lo toma o lo deja.

El mercado es muy pintoresco y bien vale la incursión en el Néguev, aun en un día de intenso calor en que a veces los vientos fuertes y secos empañan la luz con una lluvia de arena.

El Néguev está en el sur de Israel, su nombre significa sequedad y abarca casi el 60 por ciento del área del país. Beersheba fue la ciudad más meridional de los tiempos bíblicos. Aquí Abraham selló su pacto con Abimelec, aquí abrió un pozo y plantó un bosque. Aquí también edificó un altar Isaac y halló agua; aquí acampó Jacobo. En 1880, en tiempos de la dominación turca de Palestina, Beersheba fue un centro administrativo de las tribus beduinas. Hoy el mercado de camellos, los jueves de cada semana, sigue dando a Beersheba una gran importancia en el mundo beduino.

Los beduinos están organizados en tribus. A la cabeza de cada tribu está un jeque, que es el líder y el representante del grupo en todo tipo de negociaciones y de problemas.

Se calcula que la población beduina en Israel alcanza a 38.000 personas. Aun cuando pertenecen a la población árabe, la mayoría de ellos no son musulmanes. Tienen su propia religión de tipo animista, muy matizada de bellas leyendas, en que se exalta la libertad, principio básico de su vida nómada.

Una de esas leyendas nos explica la creación del mundo, en términos muy simples, sin grandes complicaciones metafísicas, de gran belleza poética: Dicen que un día largo, en que Dios sintió la soledad del mundo, de una nube baja que vagaba muy cerca de la tierra hizo el camello, el que es suave como la nube, húmedo como ella, grato y noble como la sombra que extiende sobre la tierra. Otro día, en que Dios sintió que también era necesario crear algo bueno, de un polvo de tierra creó al burro, el que es humilde y simple como el polvo. Otro día, en que Dios tuvo necesidad de iluminar al mundo, tiró una flecha en el aire e hizo de ella un caballo, ligero y seguro como una flecha. De una flor muy hermosa, de esas extrañas que crecen en el desierto, radiante siempre de belleza, hizo Dios la oveja, para dar abrigo y sustento como un desprendido fruto de entrega. Otro día, en que Dios vio la necesidad de confirmar la libertad, de los vientos que rodean la tierra creó al beduino, su amado hijo, libre, errante, como el viento. Y de la brisa ligera, que sigue los pasos del viento, hizo Dios a la mujer para que siguiera siempre al beduino y nunca se separara de él.

Armonía, sentido metafórico, comparación de elementos primitivos en imágenes naturales, se citan en esta leyenda que confirma la mentalidad de un hombre, quizás anacrónico y primitivo para muchos, rebelde a las casas, a las propiedades, que peregrina libre, rico en sus elementales necesidades, por las tierras de Dios, en donde todo es campo abierto, sin alambradas, sin el mío y el tuyo, sin afán de permanecer, sólo pasar.

¿Hasta cuándo habrá espacio libre para los beduinos?

LOS ARMENIOS Y EL GUSTO DE ILUSTRAR

En Jerusalén amurallada viven 3.000 armenios, en el barrio que lleva su nombre y al que se entra por la Puerta de Jaffo. Los primeros armenios se asentaron en Jerusalén desde el siglo V de nuestra era. Los descendientes de lo que fue el enorme reino de Armenia, se enorgullecen de ser el primer pueblo que adoptó el cristianismo. Armenia en el año 301 se hizo cristiana y los armenios de Jerusalén han mantenido la fe de su pueblo, pues es una comunidad de hondas tradiciones religiosas.

El barrio armenio tiene su punto central en la catedral y el convento de San Santiago. El impresionante conjunto fue construido por los georgianos en el siglo XI y se lo vendieron años después a los armenios, quienes han venerado desde esa época las reliquias de San Santiago, el mayor, al que consideran hermano de Jesús y los católicos primo suyo, y las de San Santiago, el menor, hermano de San Juan. En la iglesia están sepultados los restos de los dos santos. Se guardan también en el recinto valiosas y antiguas obras artísticas, manuscritos bellamente ilustrados, mitras, vestimentas sacerdotales y el espectro del último rey de Armenia, destronado hace ya más de 700 años. Se conservan aquí ejemplares de los "gongs" que se usaron en las iglesias cristianas, cuando los árabes prohibieron el repicar de las campanas, prohibición que duró desde el siglo VII hasta 1840.

En 1969 los armenios hicieron una exposición de sus tesoros artísticos y realmente asombraron por la belleza de los cálices, de los objetos rituales y de la estilizada cerámica que siguen cultivando hasta el día de hoy. Lo que más llamó la atención fueron los evangelios reales, preciosamente ilustrados con un estilo de primer plano bizantino, que sigue trasladando la ingenuidad infantil del diseño primitivo.

El arte de copiar y de ilustrar los evangelios, ha sido tradicional en los armenios y una de las expresiones más refinadas de su capacidad artística. Estos objetos fueron traídos a Jerusalén durante 15 siglos de peregrinaciones de importantes personajes armenios.

El barrio armenio tiene escuelas, seminarios, museo, biblioteca, imprenta, talleres de trabajo y vivienda para los residentes y los peregrinos.

La catedral de San Santiago es difícil de describir. Está construida sobre cuatro columnas en forma de cruz, que coronan una cúpula profunda. La arquitectura responde al simbolismo del cristianismo en la época bizantina. Las cuatro columnas están consagradas a los cuatro evangelistas y la bóveda al mundo cristiano. Las paredes están dibujadas con alegorías de la vida de Jesús, en la parte superior y en la inferior se muestran paisajes sobre el desarrollo de la Iglesia. A la derecha del coro figuran los padres de la iglesia universal y a la izquierda los de la iglesia armenia, junto con los primeros mártires del cristianismo.

Un altar, a la izquierda de la entrada, tiene un busto de San Santiago, el menor, y es el punto que concentra la mayor devoción de los creyentes. Los pilares y las paredes están decorados con antiguos mosaicos azules, que dan un tono de espiritualidad al contorno. El altar principal está grabado cuidadosa y artísticamente en el famoso cedro del Líbano, aquel mismo que importó Salomón para el primer templo del judaísmo. Una capilla hacia el sur conserva

tres piedras de los lugares santos en el Monte Sinaí, en el Monte Tabor y en el río Jordán.

La biblioteca armenia tiene 50.000 ejemplares muy antiguos, 20.000 de ellos están escritos en lengua armenia. Está aquí muy bien conservado el primer libro impreso en 1512.

La devoción de los armenios hacia el libro viene desde hace tiempo atrás. En el año 401 de nuestra época se creó el alfabeto armenio. A esa creación siguió la de una escuela de traductores, que vertió al armenio la Biblia, la literatura griega y la siria. Junto al oficio de traducción, creció el arte de ilustrar los libros. El manuscrito ilustrado es un tesoro para el coleccionista, pues su interpretación y adorno de textos puede ser comparado al arte ruso en materia de íconos.

Los hombres poderosos, los reyes, las grandes familias, dejaban en testimonio de fe una copia manuscrita de los evangelios, igual que las familias destacadas rusas adornaban los altares de sus casa con íconos, que van desde la más severa hasta la más alucinante imaginería.

Pero, aún las personas más simples entre los armenios, personas sin mayores recursos, procuraban este testimonio de copia ilustrada. Se conserva en la Biblioteca Armenia de Jerusalén una copia de los evangelios del año 966, que fueron dedicados con las siguientes palabras: "Yo, servidora de Cristo e inútil sirvienta, Hama, hija de Manigoh, careciendo de hijos y de hijas, consciente del día de mi muerte y del terrible juicio de Cristo, me he procurado a mí misma una recordación y he adquirido con mis propios recursos los sagrados, inspiradores y divinos escritos del Evangelio y los he ofrendado, poniéndolos bajo las órdenes de la Ciudad Alta al milagroso San Gregorio por intermedio de la mano del divino Patriarca Vahán".

Esta tradición de conservar memorias a través de la copia de un libro, no es sólo una costumbre armenia. Los judíos suelen conmemorar a parientes idos con copias de la Torá, hechas a mano, en pergaminos especiales, que se entregan a una sinagoga. Asistí a una ceremonia de este tipo, patrocinada por el costarricense José Sonsinski, en recuerdo a sus padres, cuyas tumbas desaparecieron en un pueblo de Polonia, esa tierra de tanto dolor y de tanta crueldad con el pueblo judío. Esa copia es supervisada en su texto auténtico por cuidadosos rabinos. Luego sigue una ceremonia alegre, que pasea los rollos de la Biblia por las calles, mientras se danza y se canta. Finalmente quedan en la sinagoga, en memoria de los que ya no están y se quieren recordar dentro de su fe, con muestras de fervorosa piedad.

Los textos judíos son copia manuscrita fiel, sin arte creativo alguno. La recordación armenia hace partícipe al artista, quien con sus ilustraciones recrea el texto con imágenes que se graban más que las frases evangélicas.

Un famoso ilustrador de los evangelios fue el pintor Toros Roslin, que vivió en el Siglo XIII. Su estilo era oriental y en sus ilustraciones dejó muestras de arabescos, de flores y pájaros, de aureolas sobre las cabezas de los santos, de personajes suspendidos en la narración de los hechos. Cinco de los siete manuscritos que ilustró este artista, cuya vida se desconoce, se conservan en la biblioteca armenia de Jerusalén.

Conforme se fue reduciendo el reino armenio, fueron disminuyendo los manuscritos ilustrados. Alguien de ese pueblo dijo que cuando "el pan era amargo y el agua tenía sabor de sangre", el arte desaparecía. Después, la imprenta creció y ahora reproduce las más bellas y exactas imágenes, sin la ilustración paciente del artista para un único ejemplar.

Armenia hoy no figura en los mapas. Empezó su grandeza en el siglo I antes de Cristo. Llegaron a puntos brillantes en su historia, pero fueron decayendo víctimas de muchas invasiones, que apenas si pudieron resistir en parte: romanos, bizantinos, mongoles. Al final de siglo XIV ya no hubo independencia armenia, los turcos habían vencido.

Hay grupos de armenios jóvenes que sueñan recuperar su patria de las amplias fronteras de Rusia. Soñar en renacimientos es algo grato a las aspiraciones, lograrlo un doloroso convencimiento de difíciles realidades, quizás imposibles.

En 1894, en la calle de los Profetas, cerca de la Puerta de Damasco, se encontró en Jerusalén el más viejo monumento al soldado desconocido. Se cree que pertenece al siglo V de nuestra era. El mosaico que lo cubre se conoce con el nombre de "mosaico de los pájaros", decorado con una planta de muchas ramas en las que reposan loros, palomas, patos, cigüeñas y otros pájaros. Al inicio del mosaico una inscripción en armenio dice: "A la memoria y salvación de estos armenios, cuyos nombres son conocidos por Dios". Según la historia, este memorial recuerda a los armenios que murieron en Jerusalén en el año 451, al defender los lugares cristianos contra la invasión de los persas.

La historia del exilio y sufrimiento de los armenios no es una historia con finales alegres. Los que viven en Jerusalén, viven felices, trabajan, tienen libertad de culto, conservan celosamente el esplendor de sus mejores épocas y siguen con su expresión artística: su cerámica de blancos, azules y verdes nos enseña en relieves de gran calidad un mundo armonioso de flores y pájaros, en que la bondad de Dios prodiga eterna belleza.

EL KIBUTZ: NI RIQUEZA INDIVIDUAL NI PODER INDIVIDUAL

Después de los lugares históricos, después de los bellos y extraños paisajes que se encuentran en Israel, después del milagro que se ha hecho al sembrar los desiertos y aprovechar el más mínimo pedazo de tierra, lo que más atrae al visitante es esa forma de vivir que ha representado el kibutz.

Se define el kibutz como una auténtica comuna, en donde un grupo vive y trabaja parte de la tierra nacional, con un lema esencial: cada quien según sus posibilidades y a cada quien según sus necesidades.

La definición se acerca a la realidad, con las variantes que implica el crecimiento de actividades, La actualización de los sistemas de trabajo a las modernas técnicas y la necesidad de complementar la labor agrícola con la industrial y la turística.

El primer kibutz que se fundó en 1909, antes de la creación del Estado de Israel, y que recibió el nombre de Degania, en hebreo "dagán" (grano), estaba estructurado por principios que difieren un poco de las normas que siguen la mayoría de los 200 kibutzin (plural de kibutz) actuales. Lo fundaron 10 hombres y 2 mujeres, en un sitio en la margen oriental del río Jordán, al sur del Lago de Galilea. Este grupo no era de agricultores, se podría calificar de intelectuales que buscaban un ligamen con la tierra, porque sólo la tierra, su cultivo y su cuidado, asientan al hombre en este mundo.

Ellos concibieron su kibutz, que al principio llamaron "kvuzzá" (grupo), como el centro de una vida comunal, centrada en el trabajo, en que todo fuera de todos, sin que hubiera propiedad individual. La tierra era del Estado, a ella se unía el trabajo del grupo, el fruto se repartiría en abastecer las necesidades y continuar la labor de siembra. El trabajo del hombre saltaba así las vallas del individualismo, no era encauzado hacia la egoísta contabilidad de lo propio, no tenía por objeto el enriquecimiento personal ni el aprovechamiento de la mano de obra ajena.

El kibutz sembraba la tierra que se le asignó con el esfuerzo de sus propios miembros. Estos miembros eran todos iguales, sin diferencia alguna. La mujer, para incorporarse a esta igualdad, tuvo la asistencia necesaria para que sus hijos, desde su mismo nacimiento, se incorporaran a centros de cuidado y de educación. Este punto ha sido muy discutido. Algunos kibutzin han variado su política y los niños crecen en sus hogares. Otros mantienen el sistema. Cualquiera que sea el método, creo que no hay lugar en el mundo en que los niños sean más felices. El kibutz parece haber sido diseñado para una infancia feliz, los niños corren libremente, no molestan a nadie dentro de los espacios libres de la finca colectiva, descargan su vitalidad en los campos de juego, estudian con modernos sistemas de prácticas y trabajan en sus huertas, en sus gallineros, en sus criaderos de animales.

El kibutz ha crecido. No es ahora sólo un centro de producción agrícola. La mayoría de ellos tienen industrias prósperas, algunos muy complejas y sofisticadas, que exigen entrenamiento especial. Hay grandes zapaterías en los kibutzin, en otros hay plantas de joyería, fábricas de muebles, de envases y conservas, de materiales para irrigación, de montaje de televisores. Otros se han

convertido en expertos hoteleros y sus casas de huéspedes están llenas de turistas.

Ese enriquecimiento de actividades y de situación económica, los ha obligado a renunciar a ciertos principios básicos de vida comunal. Así han tenido que contratar mano de obra. Esto ha afectado emocionalmente a los ideólogos de los kibutzin. La sociedad formada era de común destino, sin diferencia alguna, la satisfacción era de entrega a una obra colectiva para suplir las necesidades básicas de los miembros y del propio kibutz. El contratar mano de obra presupone un empleo de seres humanos que no comparten la vida comunal del kibutz. La ideología se ha sacrificado en aras del crecimiento.

Pero, dentro del marco propio del kibutz, la vida sigue definida por los principios básicos: todos son iguales en derechos y obligaciones, no hay propiedad, no hay riqueza personal, no hay individualismo egoísta.

La vida comunal sigue también su ritmo inicial. Los miembros no viven ya en barracas colectivas, tienen sus casas, pero se encuentran en el comedor que sigue siendo general, en el centro de cultura, en la biblioteca, en las tareas que exigen la rotación de diversos equipos de trabajo. Nadie se escapa de servir en la lavandería, en el comedor, en la cocina, en la guardería infantil, en la lechería, en la huerta, en la siembra. El trabajo rotativo evita la calificación de tareas y el menosprecio a determinados quehaceres.

Y, ¿el salario? Los kibutzniks, como se llama a los miembros del kibutz, no tienen salario. Reciben lo que necesitan para vestirse y para entretenerse. No requieren dinero para comida ni para el alquiler de casa, esas necesidades las suple el propio kibutz. La Histadrut garantiza los servicios médicos y en cada finca colectiva hay una clínica. Son miembros muchos escritores y artistas, los que deben trabajar medio tiempo para su obra. El fruto de ella va al fondo colectivo.

Las personas ancianas reciben pensión de la Histadrut y tienen lugar permanente en el kibutz, si desean continuar ahí. En varios kibutzin se han establecido trabajos especiales para los ancianos, pues saben bien que no basta la entrega de una suma mensual para garantizar el bienestar de una persona. Es básico asegurar que tienen una misión y una utilidad, que no deben apartarse por ser viejos, que pueden disponer voluntariamente de su capacidad y de su experiencia.

Los kibutzin (200.000 personas) representan el 4 por ciento de la población total de Israel. Contribuyen con un tercio de la producción agrícola del país y con un 8 por ciento aproximadamente de la producción nacional.

Si bien crecieron con mucha fuerza antes del Estado y al constituirse el mismo, ahora se han estabilizado. Algunos opinan que ese sistema de vida no responde a las aspiraciones de los jóvenes, que más audaces e individualistas buscan su propia forma de realización. Pero, hay kibutz de jóvenes, algunos de ellos latinoamericanos, quienes han escogido para el desarrollo de sus sociedades comunales lugares ásperos y difíciles como el Néguev. Sin embargo, el joven israelí parece preferir la ciudad y todas las oportunidades que ofrece, pues sin duda la profesionalización, el comercio, la libre iniciativa, el empleo con perspectivas ascendentes, enmarca un modo de vivir con mayores alternativas, aun cuando el idealismo sea menor y menor también la satisfacción social.

El kibutz se mantiene y ejerce una influencia decisiva en el país. Más del 10 por ciento de los diputados pertenecen a los kibutzin, también varios ministros del gobierno vienen de esa organización comunal. Forma una especie de

aristocracia muy curiosa en Israel. La aristocracia de los que siguieron la vía del trabajo sin pensar en el provecho personal, de los que cerraron las puertas al enriquecimiento en aras de una vida comunal, de los que cortaron su individualidad egoísta (no su individualidad personalista) en busca del bienestar de los otros, de los que pusieron el idealismo en práctica con sacrificio de oportunidades y de los que persisten en creer que la sociedad puede ser mejor si el hombre verdaderamente se empeña en eso. Ojalá todas las aristocracias del mundo fueran como la de los kibutzin.

En un mundo que cambia, el kibutz de 1973 no es el mismo kibutz de 1909. Además de ceder en algunos puntos básicos de tipo ideológico, como el empleo de mano de obra, que obliga al kibutz a convertirse en patrono con todas las secuelas que puede conllevar de aprovechamiento de personas en beneficio de otras, ha afrontado otros problemas: uno de ellos es el enriquecimiento económico. ¿Qué hacer con las ganancias? La escasez, los malos tiempos, los peligros, abonan esa austeridad que necesita el idealismo y justifica el sacrificio personal. Sin generalizar, que generalizar en esta materia es imposible, por esas extrañas contradicciones humanas, pareciera que cuanto más se tiene más se desea, menos se ve la necesidad ajena, más se acentúa la indiferencia hacia los otros, hacia un cambio social de mayor justicia para la mayoría.

La riqueza en los kibutzin se empleó en mayores y mejores instrumentos de trabajo, en mecanización de la agricultura, en su industrialización, en el establecimiento de otras industrias. Pero, todo eso a la vez da más riqueza. Los kibutzin deshicieron las barracas colectivas, construyeron bellas casitas individuales, rodeadas de jardines, cómodos comedores, atractivas casas culturales, campos de juego, pilas de natación. Así se elevó el nivel material de cada miembro.

También se dieron becas para que los jóvenes estudiaran en las universidades.

¿Qué se hará después? Si bien las necesidades son siempre muchas y el nivel material del hombre se puede subir a extremos incalculables, es un hecho que la riqueza complica la vida comunitaria, sobre todo si está planteada en términos de un idealismo constructivo y realizable. Quizás la solución esté en que cada kibutz rico, fuerte, bien organizado económicamente, se encargue de desarrollar otro kibutz en una zona que requiera su soporte moral, técnico y económico.

En todo caso, el kibutz hasta el momento ha desafiado la pobreza, los malos tiempos, la incertidumbre de una sociedad desprendida de los valores usuales frente a un mundo que muestra miles de desengaños frente a las ideologías hechas sistemas. Resistirá también los buenos tiempos, la riqueza, la convivencia con el modernismo de las industrias, de los capitales de trabajo, de la diversidad de actividades del desarrollo económico. ¿Por qué no? No podemos seguir asustándonos de la prosperidad, cuando la prosperidad tiene un fin comunal y cuando está al servicio de una organización que busca un medio más propio para un hombre menos egoísta.

ELEGIR O NO ELEGIR

Cuando se observa de cerca una elección, en que las decisiones son ajenas y no se toma parte en ellas, pues se está en tierra extraña, se ve más objetivamente el crucial enfrentamiento que vive cada elector.

Shakespeare introdujo en el drama la plasticidad de la duda existencial, con el monólogo de Hamlet: "ser o no ser: he aquí la cuestión". La elección trae a los pueblos, que gozan de la libertad de elegir, la duda del mejor escogimiento, con los riesgos y las incertidumbres que la acción implica. Parece decirse cada elector: "elegir no elegir: ¡qué problema!".

Y con las dudas, los riesgos, los problemas, elegimos y debemos elegir, porque la decisión confiada al designio popular no es sólo un derecho y un privilegio, es una responsabilidad de las más altas y significativas que nos concede cada país.

Israel está gobernado por un régimen parlamentario que selecciona al Presidente. Este alto funcionario tiene sólo funciones representativas, una de ellas es someter, después de las elecciones para miembros parlamentarios, el nuevo Gabinete que gobernará la nación. No corresponde este nuevo Gabinete a una iniciativa presidencial, sino que es el resultado de la mayoría partidarista que se dé en el Parlamento. Si la mayoría no se produce, el nuevo gobierno es producto de las alianzas que se formen en el recinto parlamentario entre la mayoría relativa y algunas minorías.

En un régimen de este tipo, los políticos y sus partidos pierden poco a poco el poder y nunca lo pierden del todo. Un partido minoritario tiene gran importancia y aunque la mayoría no haya votado por él, se encuentra que gobierna en la práctica.

Se presta más este régimen a la diplomacia política, que al designio popular; a la alianza estratégica de concesiones y poderes que se realiza en los altos hornos de las constelaciones políticas, que a la realidad de la elección popular.

Da la sensación de que se vota un poco a ciegas, pues al realizarse las combinaciones políticas es muy posible que amigos y enemigos de contienda electoral, participen juntos en el gobierno.

Ese fenómeno de la emoción indignada, a fin de cuentas, no es extraño a la elección. Las campañas tienden a avivarlo y a buscar el decidido voto, que es: yo voy "con" determinado partido y "contra" otro u otros. En una elección se decide a favor de alguien y por lo tanto se decide contra alguien.

En el caso de Israel, se puede pensar que la emoción indignada pudo surgir de cualquier otro asunto ajeno a la guerra, si ésta no hubiera ocurrido, tal como un recuento entre los diferentes partidos de méritos o deméritos, un indagar virtudes o defectos, un contrarrestar habilidades o incapacidades, un presentir designios mesiánicos o miopías gubernamentales, un fundamento en acciones pasadas o en porvenires mejores.

Siempre son hábiles los políticos en alentar la emoción indignada, y en una forma y otra lo logran. A la vez lanzan programas de acción, plataformas de trabajo, directrices de gobierno. Buscan matizar la emoción con el convencimiento racional de lo mejor. Es un mecanismo que se observa muy claro en las elecciones que sólo se contemplan.

Otra cosa evidente, es el recurso de escape que adoptan muchos frente a los moldes construidos sobre los que se realiza la elección. Es un hecho que hay una

selección previa o lista ya figurada, sobre la que se debe escoger. Es necesario aprender rápido que el elector se encuentra frente a alternativas ya diseñadas, para olvidar ese casi suspiro que afirma: "para mí fulanito debía ser el candidato". Esos candidatos, triunfadores de los suspiros, casi nunca llegan a las listas electorales.

Otra realidad que se encuentra, es la de quien no vota también está eligiendo. Ninguna persona se salva de elegir y el que pretende protestar con un voto en blanco, enseñar su criterio negativo a los partidos o mostrar su indiferencia hacia el destino del país, ayuda básicamente a que una mayoría sea mayoría o una minoría quede minoritaria.

En Israel se vivió un proceso electoral en que era fácil determinar la emoción indignada por la guerra, la postguerra y quizás también por un destino duro, del cual no es fácil evadirse, así como una reflexión constante sobre el camino que era mejor seguir. El israelí es un elector conservador, los líderes han envejecido en la función pública y parece haberse planteado siempre "más vale malo conocido que bueno por conocer". El partido en el poder está ahí, sin perder la mayoría, desde la creación del estado, pero esa mayoría se ha ido reduciendo con el tiempo. Con el resultado de estas elecciones, tendrá que buscar un mayor número de aliados para formar gobierno y su liderazgo político sufrirá un señalado debilitamiento.

La elección resultó contradictoria: deja el poder en manos de los actuales gobernantes, pues da por un hecho que deben tener un criterio básico sobre el comando superior de la política estatal, pero los obliga a combinar ese mando con otros líderes de diferentes partidos políticos, para introducir una especie de consenso revisionista y crítico en cada decisión. En otras palabras, una continuación de la política gubernamental con una exigencia de tener en cuenta otros criterios: conservación y censura; continuismo y cambio; conservación de valores e introducción de nuevas corrientes; tradición e innovación. Un poco de indecisión electoral, el quiero y el no quiero, el decidido y el no decidido, el escojo y el no escojo, pero siempre elección: queda ahora a los políticos la vía de las alianzas, la mezcla del aceite y del agua.

Cuando se quiere a todos los pueblos lo mejor, para que el mundo supere las rebatías internas y exteriores, es de esperar que las alianzas se fundamenten en los más óptimos intereses populares, que cuando se saben ver, buscar y encontrar, no admiten divisiones de intereses personales o partidaristas, y logran formar los mejores equipos de trabajo.

En todo caso, después de las elecciones, el público israelí se sintió un poco asustado. En realidad la decisión popular fue confusa y hay razón para pensar que el gobierno más lúcido que se pueda formar, llevará la confusión misma de los electores. Se ha hablado hasta de una nueva elección o de plebiscitos para las grandes decisiones.

En un país como éste, politizado por efecto de la educación democrática y del criterio civilista de que el gobierno es expresión de un pueblo que al elegir también cogobierna, 21 partidos buscaron representación en el Parlamento. La votación eliminó a 11 partidos y dejó a 10, pero algunos de esos 10 representan alianzas de dos, tres, cuatro partidos o tendencias políticas, por lo que habrá delegados de más de 20 partidos. De ellos nacerá, con base en las concesiones que se den unos a otros, el acuerdo para formar gobierno y preparar políticas gubernamentales y leyes. Por quién se votó realmente, el israelí aún no lo sabe, el gobierno está por formarse.

El descontento puede ser la secuela y es muy comprensible. Cualquier elección reúne las decisiones y las dudas de un grupo con muy diferentes criterios, por eso no satisface nunca. El voto de uno, de varios o de muchos, es natural que no coincida con la mayoría. La mayoría es impredecible y cuando no se da en términos absolutos, resulta un simple factor de influencia en un régimen parlamentario.

Vista desde la distancia que aleja de la propia tierra y de los propios problemas, una elección ajena da la sensación de estar frente a un concurso de belleza combinado con lucha libre; una fiesta de números que se suman y de los que resulta para unos un gran total, para otros una cifra enigma y para algunos un cero; una especie de circo en que se aclama el baile de la cuerda floja cuando más de uno está dispuesto a cortarla y dejar en la arena una inutilidad de huesos rotos; un coro que crece y crece con voces destempladas para elogiar definitivamente la elocuencia del silencio; un carnaval que acaba con la coronación de un rey y la muerte (política) de muchos pretendientes; una obra de teatro en que se mueven las masas de un lado para otro y las comparsas de cada personaje parecen hormigueros interminables, para acabar en la honda soledad de los que triunfan o de los que pierden.

La soledad de los políticos es patética, porque su vida es un sueño que se hace pesadilla en una fecha determinada, una pesadilla que se sueña, un sueño que se alcanza en el sueño y siempre un despertar irreversible.

La soledad de los políticos se presiente en la fotografía que revela el depósito de su voto: uno sólo. ¿Cuántos habrá al final?

La soledad de los políticos es ahora aún más dura en esta tierra de la Biblia, en donde sólo queda el recurso de alianzas con los no exactamente simpatizantes.

YOM KIPUR Y LA GUERRA

En los últimos días de setiembre y los primeros de octubre de 1973, se concentraron una serie de fiestas judías. La primera de ellas fue el año nuevo. El 27 de setiembre se acabó el año de 5733 y el 28 de ese mes se inició el año nuevo de 5734.

La celebración específica del Rosh Hashana (año nuevo) no aparece en la Biblia. Se inició en el siglo I, después de la destrucción del Templo.

Como ya es costumbre general, en los días anteriores circulan tarjetas de felicitación y de buenos presagios. Un año feliz, un año de paz, un año bueno.

En la cena de celebración, un trozo de manzana remojada en miel, simboliza el año dulce y placentero que toda familia busca.

A principios del año nuevo judío de 5734, Israel celebró el 6 de octubre el Yom Kipur, el Día del Perdón, la fecha más importante de las festividades religiosas hebreas.

La Biblia dice: "En este día os perdonaré y os purificaré de todos vuestros pecados, y quedaréis puros delante de Dios". Es día de juicio divino y es día de perdón divino.

Ante tal fecha trascendente, el país paraliza todas sus actividades. No hay transporte público o individual, el aeropuerto se cierra, la televisión no funciona, el radio está callado, nadie trabaja, el israelí está en su casa o en la sinagoga.

Es el día del gran silencio para que cada persona ayune, medite sus pecados, se arrepienta y pida perdón.

Es día terrible: Dios juzga a cada uno y decide su destino. De ahí parte la vida prolongada, feliz, el castigo o la muerte.

El viernes 5 de octubre se inició, ya al caer la tarde, la celebración del Yom Kipur. Con la primera estrella que apareció en el cielo, llegó el silencio y la soledad porque se iniciaba el sábado de los sábados, el día en que cada uno examina su conciencia y Dios decide sobre la vida, la muerte, la suerte, la felicidad, el castigo. Zozobra interior sobre el péndulo del juicio divino.

El sábado 6 de octubre, hasta caer la tarde, la reflexión, el ayuno, el arrepentimiento, la oración y la esperanza, debían seguir su curso. No se esperaba encontrar ese día lo que fue tragedia nacional y casi mundial.

Aviones de retropropulsión volaron muy temprano sobre Jerusalén. Medio dormida me pregunté, ¿aviones hoy, en Yom Kipur? Algo pasa, pero los indicios de conclusión se perdieron entre el sueño. El silencio apagó pronto el ruido de ventanas, el temblor de objetos, esa convulsión de sonidos que la era moderna deja con aspavientos de terror.

A las 8 de la mañana, una llamada del Ministerio. Reunión. ¿En Yom Kipur? ¿Cómo manejar en día tan sagrado para los israelíes? ¿Cómo alterar la paz y la meditación ajena? ¡Qué ingenuo pensamiento! Un cerco de tanques, de aviones, de cohetes, ya estaban alterando el juicio individual y el juicio divino, que es tribunal de ojos terribles examinando las conciencias.

Algo pasa, algo muy importante, más importante que ese diálogo de arrepentimiento frente a Dios.

Cerré el libro. Cerré la obra de Bernard Malamud "Idiots First". La B.B.C. de Londres habló de nuevos fusilados en Chile, de la visita de la señora Meir a Austria, de la democratización en Grecia y no recuerdo de qué más.

El silencio, la paz superficial de Yom Kipur, invitaban a pensar en un Dios que no escarbara tan hondo. Pensé en el miedo de nuestros campesinos cada 31 de diciembre, porque a lo mejor el mundo se acaba y viene el juicio final.

Ya lista para la cita en el Ministerio, la B.B.C. anunció guerra en el Medio Oriente. Tropas egipcias avanzaban en Sinaí y tropas sirias se abrían paso en la Meseta de Golán. Simultáneamente una sirena prolongada rompe el silencio. Mi vecina tocó la puerta para que bajara al sótano: la alarma aérea puso fin al diálogo entre el israelí y Dios.

La pregunta general era qué pasa. ¿Cómo decirles que la guerra, la quinta guerra había llegado? Estaba ahí con mujeres, niños, hombres, jóvenes. A algunos de ellos no los vería más. La radioemisora de Israel inició una transmisión de urgencia, para dar las tristes nuevas. Los rostros tensos, las respiraciones acongojadas. De nuevo la guerra. Eran las dos de la tarde. Faltaban cuatro horas para que finalizara el Día del Perdón.

Camino al Ministerio, la gente salía de las casas y el trabajador, el padre de familia, el muchacho estudiante, ya acudían a la llamada con las camisas arrugadas de los uniformes. ¿Con estos hombres civiles, con estos burócratas, con estos estudiantes, sólo a ratos y por obligación patriótica soldados, es posible atender una guerra? Al pasar por la sinagoga de Rehavia, varios jóvenes corrían con libros de oración, la kipa y los mantos. ¿Es que ellos tendrían que continuar escribiendo la Biblia?

Una mujer miraba hacia el cielo. Seguí su mirada para preguntar, tal vez como ella, ¿es que Dios es un nombre vacío ante la guerra?

SINAI Y GOLAN

El alumno en la universidad, el amigo en el banco, el compañero en el edificio, el vecino en la casa, el conocido en la calle, el hijo, el hermano, el primo de tantos buenos amigos, se fueron camino a Sinaí o Golán.

La guerra, con dos frentes, se volvió un trágico juego de ping-pong. Jerusalén oscurecida se embelleció con su propia luz. El frío se adelantó y la angustia personal se hizo misión de servicio. El quiero ayudar inició una cadena infinita de acciones voluntarias. Y salvo las sirenas de alarma, los arreglos en las casas para proteger ventanas y no dejar traslucir la luz, así como la oscuridad y el profundo silencio en las noches, la guerra se confinó a los noticieros cada media hora en el radio y los programas de televisión sobre las acciones bélicas.

Esa solidaridad que surge en los momentos difíciles, se hizo más evidente. Cada vehículo particular ayudaba en el transporte público, los niños distribuían periódicos y correo, pintaban de azul las luces de los carros, las mujeres sustituían a los hombres en el trabajo, los escolares mayores cuidaban a los escolares menores. Nadie era capaz de tocar una bocina, cuando otro se detenía o se estacionaba mal.

Todos ofrecían solícitos la ayuda. La gentileza, la disposición de servivio, el gesto cordial, matizaron las relaciones. Los desconocidos se hablaban en tono familiar. Los vecinos intimidaron.

La amenaza común une, el destino del país y de su gente rompe cualquier estratificación social.

El tema de la guerra iniciaba las conversaciones, las ligaba y al final de una larga jornada de palabras, nunca se llegaba a conclusiones. El que tenía más información era el de la voz dominante, el que sabía algo de estrategia un erudito, el veterano de las cinco guerras un reconocido sabio. Un lenguaje nuevo a cada paso: el misil tierra a tierra, el misil tierra a cielo, el misil con radar, el misil dirigido, las armas sofisticadas, el terrible Sam 6 que superaba al Sam 2 y al Sam 4, los phantom, los mirage, los kelt. El lenguaje de la matanza a través de botones, las armas con objetivos televisados, las computadoras al servicio de la estrategia . . . ¿y el hombre?, el pobre hombre, el hombre de piel vulnerable, con dos ojos insustituibles, con un corazón que falla, con pulmones que buscan el aire puro, con un estómago nervioso, con dos manos herramientas y un cerebro que necesita paz y silencio, ese pobre hombre resumido en tiro al blanco.

Y los lugares de Sinaí y Golán en la boca de todos, porque eran los lugares de las batallas.

Golán es una meseta alta, parte de una cadena de montañas, de formación volcánica, que se levantan en la ladera oriental del Lago de Galilea. Según el relato bíblico, perteneció a la tribu israelita de Manasés.

Antes de subir por la carretera-caracol que lleva a la altiplanicie, las ruinas de una iglesia convento llaman la atención. Conmemoran el encuentro de Jesús con los dos endemoniados, su envío a la pira de cerdos y el lanzamiento de animales y demonios a las aguas.

Algo de endemoniado hay en esta meseta, tranquila, demasiado tranquila cuando la he visitado, silente, verde, despoblada. Quizás el recuerdo de tantos muertos o la lava y las rocas de horror volcánico. Una meseta fértil, en donde podría crecer el trigo o el pasto espeso haría engordar ganaderías.

Al finalizar la primera guerra mundial, el Golán formó parte de Siria. Después de 1948, los sirios fortificaron la zona y desde ese punto estratégico bombardearon y atacaron las aldeas israelíes, los kibutzin y las cooperativas, en la planicie de Galilea.

En la guerra de 1967, llamada de los seis días, Israel conquistó la meseta.

En la guerra de Yom Kipur, tanques, aviones, cañones azotaron de nuevo el Golán.

Sinaí es todo lo contrario, ahí no crece el trigo ni podría pastar el ganado. Es un ancho desierto que une al Medio Oriente con Africa, un triángulo de arena rodeado por el Mediterráneo al norte y por el Mar Rojo al sur. Dos golfos pintorescos interrumpen las dunas, el Golfo de Suez y el Golfo de Eilat.

Dicen que el nombre de Sinaí proviene de dios de la luna, llamado Sin por los antiguos babilonios. Otros creen que proviene de la palabra hebrea "sné", la zarza ardiente, desde la que Dios habló a Moisés: "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacobo". "He descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra . . . a tierra que fluye leche y miel". En el Monte Sinaí, Dios entregó a Moisés los diez mandamientos.

Este largo puente de arena y polvo, por donde caminan hoy día los nómadas beduinos, fue centro de historia desde tiempos remotos. Vínculo entre dos grandes imperios del pasado, Egipto en Africa y Babilonia en Asia, en tiempos de paz era parte de la famosa "Ruta del Mar" y en tiempos de guerra escenario de victorias y derrotas, enorme cementerio, cáliz sediento de sangre.

Por esta península egipcia, entró el ejército inglés en 1917, para conquistar Palestina y arrebatársela a los turcos. En 1948 el ejército egipcio cruzó el desierto, en la primera incursión contra Israel. En 1956 la guerra que se libró ahí lleva el nombre de Sinaí, Israel rechazó el ataque egipcio, conquistó la península y luego la devolvió a Egipto. En 1967 ganó también este desierto y lo retuvo en sus manos. Desde 1967 a 1970 se efectuó en esa zona la llamada guerra de desgaste. En 1973 el desierto quiso más historia de sangre y dolor.

La planicie por un lado, la montaña por el otro. La erosión de los siglos, la fertilidad volcánica. Sinaí y Golán. ¿Cuándo la paz? ¿Cuándo el hombre será como el venado, como el pájaro, que cruzan las fronteras y descubren en la altura o en el llano la simpleza de que hay un lugar bajo el sol libre y tranquilo? ¿Cuándo Sinaí y Golán empezarán a escribir su historia de paz?

LAS VICTIMAS

La guerra es un juego peligroso. Los que caen, caen. No hay aplausos, medallas, estatuas que los levanten, que los lleven de nuevo a las casas, que los haga sentirse en familia, que les enseñe el amor de quienes los aman.

Sólo quedan las lágrimas, el dolor, el recuerdo, el desconsuelo de las ausencias.

Mi vecina llora a su hijo, un piloto de diecinueve años, estudiante de ingeniería. Un muchacho delgado, de largas piernas, con un cabello largo y rebelde, unos ojos muy azules y una sonrisa tímida. No vivo cerca de una mujer árabe, pero sé que ella llora igual, con tanto dolor y con tan conmovedor desconsuelo, el hijo que no volvió.

La religión judía es austera y este pueblo no es ajeno al sufrimiento. "Bendito sea el juez justiciero", se expresa cuando se recibe la noticia del deceso. Después se cita aquella frase, en que Job condensó la esencia de la resignación: "Dios dio, y Dios quitó; sea el nombre de Dios bendito".

El 6 de noviembre, al cumplirse un mes de la guerra de Yom Kipur, se dio la noticia de que 1.854 soldados israelíes habían muerto en los combates. Los días siguientes fueron días de funerales.

Los entierros judíos son muy simples. No hay flores, no hay ostentación. La muerte nivela a ricos y pobres. Los cementerios son austeros: filas de lápidas sin ornamento, el nombre en hebreo y las fechas del nacimiento y la muerte.

En señal de duelo, los parientes cercanos se desgarran las ropas y ellos arrojan las primeras paladas de tierra, repitiendo las palabras del Génesis: "polvo eres, y al polvo serás tornado". Cerrada la tumba, se recita la oración por el alma del muerto y el pariente más cercano del fallecido contesta con el Kadish (santificación), que no habla de muerte sino de fe en Dios: "Bendito sea eternamente el nombre del Dios grande; bendito, alabado, glorificado, ensalzado, exaltado, magnificado y loado sea su nombre santo".

Ese 6 de noviembre, a la tradición descrita, se agregó el Salmo de David en lamentación por la muerte de Saúl y de Jonatán su hijo.

Era impresionante oír el canto fúnebre sobre las caras llorosas de los deudos, y la profunda soledad de los cementerios.

"Montañas de Gilboa, nunca haya rocío,
ni nunca lluvia sobre vosotras,
ni campos de ofrendas! porque allí fue vilmente desechado el escudo de los héroes,

el escudo de Saúl, cual si no fuera ungido de aceite".

Las calles estaban tristes, no había necesidad de desgarrarse las ropas, el duelo era de todos.

"Cómo han caído los poderosos en medio de la batalla!

Saúl y Jonatán, oh cuán amables y cuán hermosos eran en su vida, y en su muerte no fueron divididos! "

Las banderas a media asta, un aire de orfandad en los niños, un shofar desolado y una palabra de consuelo que se calla, resulta tan inútil.

"cómo han caído los poderosos,
y perecido las armas de guerra! "

El lamento del rey David se hace presente. Saúl y Jonatán han muerto de nuevo.

Y esa es la guerra. Una cifra multiplicadora de muertos, un dolor de madres, viudas, huérfanos, hermanos, amigos. Una ausencia presente de los que no regresan. El dolor no tiene nacionalidad. Es un grito en idioma universal.

EL BUEN HUMOR: ARMA EFICAZ

La postguerra es al inicio una guerra de nervios. ¿Volverá a empezar el conflicto? ¿Qué pasará con la crisis de petróleo? ¿Escaseará la comida? ¿No oyó usted una sirena?

La normalidad se acomoda rápidamente porque es como el agua, toma la forma del recipiente que la contiene.

En los tiempos de Salomón, las cosas eran muy diferentes. Cualquiera malentendido se arreglaba con un matrimonio. Salomón se fue casando con las hijas de los reyes enemigos, y la enemistad desapareció. Eso comentaba un hombre de kibutz, al tiempo que se hacía una pregunta: ¿Será posible casar a Golda Meir con el rey Feisal y a Moshe Dayan con alguna hija del presidente Sadat?

El buen humor israelí no se pierde así no más.

Se habla del militarismo israelí. Tengo mis dudas. Asher Roshental es un admirador de Costa Rica. Estuvo un tiempo en el país y se enamoró del verde y de la lluvia. En testimonio a ese apego a un pedazo de América Latina, regaló un equipo audiovisual para el aprendizaje del hebreo al Instituto Weizmann de San José. Un hombre pobre, que trabaja para vivir, expresa así el cariño a nuestra nación. Aún llegó a algo más, le puso el nombre de Costa Rica a su hija menor, una rubiecita de dos meses. Le aconsejé otro nombre, en consideración a que la niña merecía menos geografía, pero no logré ningún cambio. Me dijo que la llamaría Tica, que suena a puro hebreo. Asher no ha vuelto aún del frente, pero me escribió desde Sinaí: "Ya ve usted, un pacifista, enamorado de su país, está aquí con un rifle al hombro. Rece por mí en cristiano, que también vale".

Asher ha participado en tres guerras y detesta lo militar. Lee poesía, admira a Ghandi y sueña con un rancho en Costa Rica.

Cuando regrese, me contará que mató muchos zancudos porque no quería tener malaria de nuevo. Nunca hará mención a la guerra, esconderá sus recuerdos y no enseñará sus medallas. "Mis hijos deben conocer sólo los bienes de la paz".

Y las ideas de paz prosperan rápidamente," imagínese usted, después de las negociaciones, a lo mejor Egipto establece relaciones con Israel y podemos visitar El Cairo y conocer las pirámides. Recuerde que nos une un parentesco con los árabes".

Es cierto; Sara, que no había podido dar hijos a Abraham lo alentó para que fertilizara a Agar, la egipcia. De esa "vista gorda" nació Ismael y de Ismael los ismaelitas, el gran pueblo árabe. Después de que Sara concibió a Isaac, no permitió más que Agar compartiera su casa. Ella se fue, Dios la protegió y le dijo: "No temas. Levántate, alza al niño, y sostenle con tu mano, porque yo haré de él una gran nación".

Los pleitos entre familia no faltan, especialmente si se han extendido tanto, viven en diferentes lugares y perdieron el lenguaje común.

Simón, un emigrante argentino, que ingresó hace poco a Israel, me contó que el día de Yom Kipur no se dio cuenta de la guerra, pero al enterarse el siguiente se instaló con comida, colchón y ropa en el sótano. Estaba orgulloso de haber sido muy útil, pues su miedo preocupó tanto a los vecinos que les permitió hacer labor social con él.

El israelí se burla de su antiheroicidad.

Y, ¿cómo ganan las guerras? Un bromista señala que al que avanza lo eximen de los impuestos, y al que se rezaga se los duplican. Así cualquiera avanza, cruza el canal y conquista los altos montes.

Parecido al "empujón" de Juan Santamaría.

El buen humor, el deseo de la paz, el olvido de las tareas bélicas, desmilitarizan pronto al israelí. Simplemente dice: "me maltrataban las botas, estaba deseando volver a mis sandalias".

Y las sandalias vuelven a dominar por las calles estrechas de esta encrucijada de colinas, que es Jerusalén.

RELIQUIAS CRISTIANAS

Betfagé

El Cenáculo

· La Vía Dolorosa

El Santo Sepulcro

BETFAGE

La semana Santa se inicia en Jerusalén, el Domingo de Ramos, con una procesión que parte de la iglesia de Betfagé. Las ruinas vecinas al santuario prueban que Betfagé fue una antigua ciudad, aquella del que el Nuevo Testamento dice lo siguiente: “Y sucedió que al llegar cerca de Betfagé y Betania, junto al monte que se llama del Olivar, envió a dos de sus discípulos, diciendo: Id a la aldea que está en frente, y al entrar en ella, hallaréis un pollino atado, en que ningún hombre aun se ha sentado: desatadle y traedle”.

Montado Jesús en el pollino fue hacia Jerusalén. “Y muchos tendieron sus vestidos por el camino; y otros, cortando ramos de los árboles, los tendían por el camino”. Aclamado por el hosanna y por el bendito el que viene en nombre del Señor, Jesús entró en Jerusalén y en el templo.

El Domingo de Ramos la procesión cristiana recuerda el camino de Jesús. Sale a las tres de la tarde, de la iglesia de Bertagé, situada en el Monte de los Olivos, en el inicio de la ladera que va hacia Betania.

La procesión baja hacia Getsemaní, pasa por la Basílica de la Agonía y por la tumba de la Virgen. Entra a la ciudad amurallada por la puerta de los Leones o puerta de San Esteban. Termina al inicio de la Vía Dolorosa, en el convento de Santa Ana.

Betfagé, un tranquilo y escondido lugar, se engalana este día para revivir el Evangelio.

Salvo tumbas antiguas, que van del siglo II antes de Cristo al siglo VII de nuestra era, no hay muchos testimonios de esta ciudad.

Los cruzados levantaron una iglesia, para señalar el hecho evangélico. De ella queda sólo un pilar, de metro y medio de alto con un ancho de metro quince, que contiene unos de los más bellos frescos de esos tiempos. Los frescos de trazo firme y fino, coloreados con alegría y vivacidad, representan la toma del pollino, el encuentro de Jesús con María y Marta (hermanas de Lázaro), la resurrección de Lázaro y una de sus paredes ornamenta los nombres de Jerusalén y Betfagé, escritos en antiguo hebreo.

Este antiguo pilar con sus frescos, pintado hace 800 años, está conservado a un lado de la iglesia actual, reconstruida en 1955 por los franciscanos. El altar está adornado con un fresco pintado por el artista italiano Vagarini, que recoge el momento en que Jesús montado en el pollino inicia su camino hacia Jerusalén, mientras lo saludan con palmas y ramos. Las paredes de la nave enseñan los pasajes del peregrinaje, por medio de frescos coloreados en tono sepia.

El pollino, según San Mateo, fue utilizado para que se cumpliera lo dicho por el profeta: “Decid a las hijas de Sión: he aquí que tu rey viene a tí, manso y sentado sobre un asno, es decir, sobre un pollino, hijo de asna”. (Zacarías 9:9).

Al bajar por el Monte de los Olivos y al ver Jerusalén, Jesús lloró por ella. Dijo: “Oh si hubieras conocido, tú, siquiera en este tu día, las cosas que hacen tu paz, más ahora están encubiertas de tus ojos! Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos abrirán trincheras en derredor de ti; y no dejarán en tí piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de su visitación”. Esta profecía se liga al hecho de que el año 70 Tito tomó Jerusalén y destruyó la ciudad. El pasaje citado del Evangelio de San Lucas, se recuerda con una de las más hermosas capillas del Monte de los Olivos, la Iglesia del Dominus Fleuit (El Señor

lloró), construida en 1955 sobre una iglesia del siglo V, cuyas paredes y mosaicos aún se ven. La capilla tiene la forma de una lágrima.

El Domingo de Ramos fue el día en que Jesús echó a los mercaderes del templo. Les dijo: "Mi casa será llamada Casa de Oración; pero vosotros la hacéis una cueva de ladrones". Ese día curó a cojos y a ciegos. Ese día recibió la aclamación de los niños y recordó: "De la boca de los pequeñitos, y de los que maman, has perfeccionado la alabanza". Ese día regresó Jesús a Betania, a la casa de Lázaro, ya resucitado, de Marta y de María.

De lo sucedido en los días lunes, martes y miércoles de la Semana Santa, no hay detalles específicos en los Evangelios. San Lucas dice que enseñaba cada día en el templo y los jefes de los sacerdotes, los escribas y los hombres principales procuraban destruirlo, pero no hallaban cosa alguna que pudieran hacerle, "porque todo el pueblo estaba pendiente de sus labios, escuchándole". Cuenta así San Lucas las parábolas con que responde a las preguntas de los fariseos y de los escribas. Otros evangelistas citan las palabras y profecías de Jesús en el Monte de los Olivos.

Según el Evangelio de San Mateo, Jesús enseñó el "Padre Nuestro" a sus discípulos cerca del Monte de las Beatitudes en Galilea, en donde dijo el sermón de la montaña. El Evangelio de San Lucas sitúa la enseñanza de esta oración cerca de la casa de Lázaro en Betania. La tradición ha escogido un lugar en la parte alta del Monte de los Olivos.

Allí en 1868 la princesa francesa de la Torre de Auvergne compró el sitio, en donde había existido la primera iglesia del Monte, construida por Santa Elena entre los años 326 a 333. Se llamó Eleona, en griego, bosque de olivos. Se levantó sobre una gruta, en la que se supone Jesús habló a sus discípulos de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo. Sobre las ruinas de esta iglesia, los cruzados levantaron la del Pater Noster. La princesa francesa construyó en 1875 una iglesia y un monasterio. En 1910 se encontró la cripta de la Eleona, que se conserva como un atrio abierto. En el claustro de la iglesia actual está escrito el Padre Nuestro en 45 idiomas diferentes. Al centro de la galería sur, un mausoleo conserva los restos de la princesa, que fueron traídos en diciembre de 1957, 68 años después de su muerte.

Más allá, hacia el oeste, a la que se desciende por unos escalones, está la cripta del Credo, pues se cree que allí compusieron esa oración los apóstoles.

Es muy posible que el miércoles de la Semana Santa fuera el día en que Judas vendiera a Jesús por 30 siclos de plata. La colina que limita al sur con el valle de Hinnón, lleva el nombre del "Monte del Mal Consejo", se cree que ahí el Sumo Sacerdote Caifás tenía una casa, en donde se celebró la reunión en que aconsejaron matar a Jesús.

Al fondo del valle de Hinnón, hay un lugar llamado "hacéldama", "precio de la sangre", que se compró con el dinero pagado a Judas por su traición. Existe aquí un convento griego, construido sobre un laberinto de tumbas en roca. Son los restos de un edificio que en el siglo XII construyeron los Caballeros Hospitalarios, para sepultar a los peregrinos que morían en Tierra Santa.

Debe recordarse que Judas antes de ahorcarse, tiró los siclos de plata hacia el templo. Los sacerdotes decidieron no engrosar con ellos el tesoro de las ofrendas, porque eran precio de sangre. Compraron con ese dinero el campo del alfarero, para dar sepultura a los extranjeros.

Y en Betfagé, el Domingo de Ramos, con gran sencillez comienza la Semana Santa en Jerusalén.

EL CENACULO

El sitio en que se cree que Jesús celebró la Última Cena con los discípulos, está en el piso superior de la Tumba de David.

En este lugar, en que también se apareció Cristo a los Apóstoles, en que vino el Espíritu Santo y se celebró por el mismo Jesús la primera misa, hubo una serie de iglesias, de las que ya no quedan restos.

El Arzobispo Juan levantó en el Siglo IV una iglesia, que fue incendiada por los persas. Los Cruzados construyeron otra, que muy pronto quedó en ruinas. Los Franciscanos adquirieron el lugar en 1335, lo reconstruyeron y lo cuidaron hasta el año 1552, en que los expulsaron los musulmanes.

En la actualidad el edificio que se conserva es el levantado por los Franciscanos en el siglo XIV. En la parte superior se conmemora la Institución de la Eucaristía y el Sacerdocio de la Nueva Alianza. Una habitación hacia el este, recuerda la venida del Espíritu Santo. En el piso inferior está la tumba de David.

Ambas partes están descuidadas y necesitan urgente mantenimiento. El encuentro de dos monumentos tan importantes y tan significativos para dos religiones, ha impedido el cuidado adecuado, seguramente para no crear conflictos de tipo religioso. Algún día, y de seguro muy próximo, el espíritu ecuménico permitirá hacer las restauraciones necesarias.

Cada Jueves Santo, se hace un peregrinaje desde el Convento de El Salvador hasta el Cenáculo. Más tarde, se conmemora el calvario de este día con los oficios que se celebran en la Basílica de Getsemaní.

Jesús había dicho a los discípulos, el primer día de los ázimos, cuando se le preguntó en donde quería celebrar la cena de pascua: "Id a la ciudad, y os encontrará un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle. Y donde entrare, decid al dueño de la casa: el Maestro dice: ¿Dónde está el aposento en que he de comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto, amueblado y listo".

La escena de la Santa Cena es difícil imaginarla sin tener en la mente la representación hecha por Leonardo Da Vinci. Las palabras de los Evangelios parecen moverse sobre la escena: "Y tomando un pan, después de haber dado gracias, lo partió, y se lo dio a ellos, diciendo: Este es mi cuerpo, que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí".

Tomó la copa también, después que hubieron cenado: "Esta copa es el Nuevo Pacto en mi sangre, la cual es derramada por vosotros".

En acto de humildad, Jesús lava los pies a los Apóstoles, para hacer reales sus palabras: "El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que aquél que lo envió". Sin enfatizar la traición de Judas lo señala casi con dulzura. En vez de recriminarlo, le ruega: "Lo que haces, hazlo cuanto antes". Y de ahí sale al lugar de siempre en el Monte de los Olivos. Cuando Tomás le pregunta por el camino, Jesús le contesta: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida".

Ya en el lugar recomienda a los Apóstoles orar, para que no entren en tentación. Aparte de ellos, como a un tiro de piedra, de rodillas oró: "Padre, si tú quieres, aparta de mí esta copa; pero no sea hecha mi voluntad si no la tuya". Allí se le apareció un ángel del cielo que lo fortaleció. Allí, en agonía, oró con mayor fervor; su sudor vino a ser como grandes gotas de sangre engrumecida que caían sobre la tierra.

En este sitio, en Getsemaní (prensa de aceite), se encuentra el jardín con ocho olivos, a los que se calcula una edad de 3.000 años. El jardín precede la Basílica de la Agonía, llamada también Basílica de las Naciones, pues se construyó en 1924 con la ayuda de Argentina, Brasil, Chile, México, Canadá, Bélgica, España, Alemania, Estados Unidos, Francia, Polonia, Hungría, Irlanda, Italia y Australia. Aquí, en recuerdo a la oración y agonía de Jesús, se construyó en tiempos de Teodosio (373–393) una iglesia, destruída luego por los persas. Los Cruzados la reconstruyeron siguiendo un modelo diferente. Actualmente el santuario tiene doce cúpulas, sostenidas por seis columnas, que dan la idea de que toda la Basílica se postra ante la Roca de la Agonía, conservada en el centro del presbiterio. Las ventanas de alabastro, transparentes pero no traslúcidas, dan a las naves una luz tenue y violeta, que se va aclarando conforme la vista se acostumbra a la atmósfera opaca.

Cerca del sitio que guarda para los siglos esta bellísima Basílica, Jesús es prendido. De allí lo llevan a la casa de Annas, quien lo envía atado a la casa de su yerno, Caifás, Sumo Sacerdote, cerca de los muros de Jerusalén y de la iglesia armenia de San Salvador. Aquí Pedro niega tres veces ser discípulo de Jesús. Su palabra se ha cumplido: “Antes de que cante el gallo, hoy, me negarás tres veces”.

Una iglesia, llamada San Pedro en Gallicantus (Canto del Gallo), nos habla de la escena. Sin embargo, se cree que está mal ubicada, cerca de la Puerta de los Mogreginos, pues no pudo estar el Palacio de Caifás en este sitio, ya que se hubiera construido sobre una necrópolis, hecho que estaba prohibido a un sacerdote judío.

Jesús pasa la noche preso en el Palacio de Caifás. Allí recibe los primeros golpes y las primeras mofas. De esa noche de soledad y de martirio, nada dicen los Evangelios.

La agonía del Jueves Santo se inicia en el Cenáculo, lugar que contiene el misterio de la misa, de las apariciones de Cristo para abrir las puertas al mundo del apostolado, para enseñar a Tomás que “bienaventurados son aquellos que no han visto y han creído” y para anunciar la visita del Espíritu Santo, aquel día “en que fue hecho desde el cielo un estruendo, como de un viento fuerte que venía con ímpetu; y llenó toda la casa donde estaban sentados”, aquel día en que se les aparecieron “lenguas repartidas, como de fuego, posándose sobre cada uno de ellos”, aquel día en que se llenaron de Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas según el Espíritu les daba la facultad de expresarse”, aquel día en que pareció terminarse la tragedia de comunicación creada por la Torre de Babel, porque se acercaron hombres de todo el mundo y a cada uno de ellos se les habló en su propia lengua.

LA VIA DOLOROSA

Cada viernes a las tres de la tarde, un grupo numeroso de cristianos en Jerusalén recorre la Vía Dolorosa, con sus catorce estaciones.

El Viernes Santo la procesión se inicia a las 11 de la mañana. Parte de la primera estación y recorre también las cinco que están dentro de la Basílica del Santo Sepulcro. En este Santuario, a las tres de la tarde, se cumple el servicio de la agonía y muerte de nuestro Señor. Los griegos católicos, horas más tarde, realizan allí una de las ceremonias más extrañas e impresionantes, que llaman "Milagro del Fuego Santo".

Los hechos que cita el Vía Crucis que sucedieron en el camino que hizo Jesús del Pretorio al Calvario, algunos están narrados en el Evangelio y otros han sido transmitidos por la tradición.

La primera estación está en el Colegio Al'Omariyeh, un centro docente árabe. Desde el patio enlosado, rodeado de arcos con dibujos escolares, parte la procesión. Aquí recibió Jesús la sentencia.

El viernes en la mañana, a hora temprana, condujeron a nuestro Señor desde la casa de Caifás al Pretorio. En el Pretorio, Pilatos interroga a Jesús y no le encuentra culpa. Propone, como era costumbre en pascua, liberar a un preso. Presenta a Barrabás y a Jesús. Se pide la libertad de Barrabás y la condena de Jesús. Los soldados lo azotan, le colocan una corona de espinas y lo visten con un manto púrpura. Pilatos enseña a Jesús, con el "He aquí al hombre", quizás en busca de compasión.

La segunda estación está marcada en la calle, en la parte externa de la Capilla de la Condenación. Aquí se conmemora la salida de Jesús con la cruz.

Condenado por Pilatos a ser crucificado, el camino al calvario, al Gólgota, es ya una jornada de dolor. Simón de Cirene es escogido para ayudarlo a cargar la cruz.

La tercera estación está cerca del edificio llamado "Prisión de Cristo". En su interior tiene grutas, que parece fueron usadas como establos y prisiones, pero no existe tradición que señale que Jesús estuvo preso aquí. Esta estación, que recuerda la primera caída, es una pequeña capilla cuidada por armenios y poloneses cristianos.

La cuarta estación está en la iglesia armenia de "Nuestra Señora del Dolor". En la calle, el signo de la estación es un busto de la Virgen y Jesús, obra del escultor polonés Zielensky.

Comienza a subirse hacia el calvario. Un edificio construido por los Franciscanos en 1895, conmemora el hecho de que Simón de Cirene ayuda a llevar la cruz: la quinta estación.

Siempre hacia arriba, casi perdida entre los bazares y los arcos, está la sexta estación, la que recuerda a Verónica enjugando el rostro del Señor. Verónica, Vera Icone, Verdadera Imagen. Una capilla de griegos católicos al nivel de la calle, recientemente renovada, sobre la que está la iglesia de Santa Verónica, permite descansar un poco en la subida.

Llegamos a un cruce de calles y en ese lugar está la séptima estación, la de la segunda caída. Los Franciscanos construyeron aquí dos capillas, una en el piso inferior y otra subiendo las gradas. En la de abajo, se conserva una columna roja, que pertenece a la avenida de columnas que atravesó Jerusalén en tiempo del Emperador Adriano.

Nuevamente hacia arriba, al oeste de la calle El Khanka, la octava estación, la del encuentro con las mujeres de Jerusalén, está marcada con una cruz sobre el convento griego de San Caralampio. El Evangelio de San Lucas nos dice que seguía a Jesús una inmensa muchedumbre y las mujeres le plañían y lamentaban. "Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Pues he aquí que vienen días en los cuales dirán: Dichosas las estériles, y los vientos que nunca concibieron, y los pechos que no amamantaron".

La novena estación, la de la tercera caída, está en vía directa muy cerca de la octava, pero la construcción de varios edificios obliga a un largo camino. Debe seguirse la calle Suk, que los Cruzados llamaron "Calle de las malas cocinas", y subirse las gradas del Convento Copto, hasta llegar a los restos de una columna, desde la que se ve la cúpula del Santo Sepulcro, lo que da idea de lo cercana que está la novena estación del Calvario.

Las otras cinco estaciones están dentro de la Iglesia del Santo Sepulcro.

La décima estación, desnuda a Jesús, se conmemora en la Capilla Latina, que está en la parte superior del ala derecha de la Basílica. Esta capilla fue restaurada y decorada con mosaicos en 1937. El altar es un regalo que hizo Ferdinando de Médici, Gran Duque de Toscana, en 1588. Aquí también se hace la undécima estación, la crucifixión.

A la par está la capilla griega, adornada con muchas lámparas, íconos antiguos e imágenes bizantinas. El altar se levanta sobre la roca que soportó la cruz. A través de un disco se puede tocar la piedra. Se cumple aquí la décimosegunda estación, la muerte de Jesús.

Entre las dos capillas se encuentra el altar latino del Stabat Mater (la Madre permanecía), con una bellísima imagen de La Dolorosa, traída desde Lisboa en 1778, y cubierta actualmente de joyas y ofrendas votivas de peregrinos. En este altar se hace la décimotercera estación. María recibe en sus brazos el cuerpo de Jesús.

La última estación, la décimocuarta, el entierro de Jesucristo, se cumple en la Capilla del Sepulcro. La estructura que tiene actualmente es la creada en 1810. En la entrada está la capilla del Ángel, porque aquí se cree que estaba el ángel que anunció la resurrección. El pedestal de centro contiene un pedazo de la piedra redonda, que cerraba el sepulcro. Una puerta baja conduce a la tumba, cubierta por una lápida de mármol.

La Vía Dolorosa se camina en fases de tiempo realmente inusitadas. Los bazares, las calles estrechas, oscuras, sucias, las ovejas y los burros que de repente interrumpen el paso, el encuentro con árabes, drusos, beduinos, a veces en su quehacer de mercaderes, otras como jugadores soñolientos de un extraño tablero o como simples clientes de un café turco, que toman despaciosamente como si con él tomaran también la tarde y la permanencia del lugar, nos señalan la real perspectiva del paisaje judeocristiano, sin necesidad de los disfraces forzados de nuestras procesiones. Luego, las diversas capillas, las esculturas, los mármoles, las imágenes, nos traen el mundo de Roma. Los diversos tipos de peregrinos, revestidos de respeto y vivamente impresionados, nos parecen acercarnos a la eternidad del cristianismo. Pero, los turistas, esos turistas de cámaras, flashes, grabadoras, que no ven, ni sienten, ni oyen y necesitan registrarse en el testimonio de sus contabilidades viajeras, llevan a pensar tristemente en el "exciting" de los autómatas.

EL SANTO SEPULCRO

Aconsejan visitar la Basílica del Santo Sepulcro en las horas que se inicia la penumbra, para no notar las muchas imperfecciones del Santuario y abonar así el ambiente que se requiere para meditar sobre la vida y la muerte de Jesucristo.

La Basílica es muy difícil describirla. Ha estado en constante reparación desde 1958. En la actualidad andamios y trabajadores interrumpen el paso y a veces impiden visitar ciertas secciones. Todo esto debe entenderse porque el Santuario no pertenece a una determinada rama del cristianismo, sino que se comparte entre los latinos, los griegos ortodoxos y los armenios. También tienen derecho otras comunidades menores: los coptos, los sirios ortodoxos y los abisinios.

Una larga historia de disputas, mantuvo el Santuario casi al borde de la ruina. Entendimientos posteriores han permitido las reparaciones que hoy se realizan y que vienen desde hace muchos años, en forma lenta, pero constante.

Para intentar una descripción del Santo Sepulcro, hay que remontarse a la historia.

El Gólgota, la loma rocosa de la crucifixión, estaba fuera de los muros de Jerusalén, al lado de un camino público. La extensión posterior de las murallas, dejó entremuros este sitio.

El nombre Gólgota se deriva de la palabra hebrea Gulgolet, calavera. Según la tradición, la calavera de Adán fue enterrada aquí. El nombre fue traducido al latino, Calvaria, de calva: cráneo. De ahí se deriva en español Calvario. Una leyenda medioeval dice que en el momento de la crucifixión, parte de la sangre derramada de Jesús llegó hasta la calavera de Adán y la revivió momentáneamente.

Se dice que en los tiempos de los primeros cristianos, el Calvario se convirtió en un jardín.

En el año 135, el emperador Adriano decidió construir en ese lugar un templo dedicado a Júpiter y a Venus. Los cristianos sostienen que ese templo marcó el lugar y facilitó la localización posterior.

Cuando en el año 326 Santa Elena, madre del emperador Constantino, llegó a Jerusalén, provista de fondos y de autoridad para preservar los lugares cristianos, destruyó el templo pagano y encontró la roca del Gólgota y el Santo Sepulcro. Ella ordenó que se levantaran tres santuarios, orgánicamente unidos. El primero contenía la Tumba. El segundo cubrió la Roca del Calvario, sobre la que se colocó una cruz de oro. El tercer edificio se llamó el Martirio, y no hay detalles que hayan permitido siquiera darse una idea de su configuración y arquitectura.

Durante casi tres siglos, los cristianos velaron devotamente estos templos. En el año 614 los persas los destruyeron, pero poco después el Abad Modesto logró restaurarlos, aunque con una dimensión más reducida.

En el año 1048, el emperador Constantino Monómaco reconstruyó el primer edificio, o sea el Santuario de la Tumba, que se llamó Anástasis (resurrección). También construyó la Capilla del Hallazgo de la Cruz, que había sido una cisterna y luego una cantera. Al llegar los Cruzados en julio de 1099, idearon unificar los templos existentes en un solo santuario, con forma de cruz. El diseño del edificio hecho por ellos, que debe haber sido de una belleza extraordinaria

por el trabajo artístico que se nota en las piedras que aún se conservan, es el plano fundamental de la Basílica de hoy.

En el año 1808, el Santuario fue destruido por el fuego. Se reconstruye casi inmediatamente por iniciativa de las naciones europeas católicas. En 1869 se repara la cúpula. En 1934 la administración inglesa coloca soportes, pues parecía que había peligro de que se derrumbara la estructura. En 1949 la gran cúpula se incendia de nuevo y también pronto se repara.

Desde 1958, como se citó antes, se está trabajando en la reconstrucción y reparación de varias secciones. Los latinos restauraron la Capilla de María Magdalena, la Capilla de la Aparición, la sacristía, las galerías superiores y la Capilla del Hallazgo de la Cruz.

Los griegos ortodoxos repararon el Katholicon y algunas partes alrededor del Calvario. Los armenios reconstruyeron su sala de consejo. Algunas obras se realizan en conjunto, otras se hacen en forma separada, según sea la parte propiedad conjunta o propiedad de una determinada comunidad religiosa. Faltarán mucho para ver la obra total, pero sin duda será una muestra de diferentes estilos, a veces sin relación alguna, como se puede ver en las capillas latina y la griega ortodoxa de la parte superior. La primera es de una línea sencilla, clara y austera. La segunda es barroca, recargada de íconos, lámparas y adornos.

La Basílica está presidida por un atrio, ahora angostado, que da una idea de hacinamiento. Este atrio fue en el siglo XI un pórtico de columnas.

La entrada a la iglesia pertenece a dos familias musulmanas, a las que pagan las comunidades cristianas una suma fija por el paso.

Al entrar a la Basílica, nos encontramos con la Piedra de la Unción, en donde José de Arimatea embalsamó el cuerpo de Cristo. Luego sigue la Rotonda, en cuyo centro están las capillas del Ángel y del Santo Sepulcro. Las columnas que sostienen la estructura, de muy mal gusto, afean este Santo lugar.

Al frente está el Katholicon, que fue el antiguo Coro de los Canónigos del Santo Sepulcro y que pertenece a los griegos ortodoxos.

Alrededor está la capilla de Santa María Magdalena; la Capilla de la Aparición de Cristo a su Madre; la del fragmento de la Columna de la Flagelación; la sacristía latina, en donde se conservan la espada y la lanza de Godofredo de Buillón, que todavía se usan al nombrar Caballeros del Santo Sepulcro.

A la izquierda de la sacristía, hay una galería de siete arcos, que pertenecen a la construcción del siglo XI, se les llaman Arcos de la Virgen. Más adelante se encuentra una capilla oscura, casi en ruinas, que se le conoce con el nombre de Prisión de Cristo, sin que haya motivo conocido para tal denominación. Sigue la Capilla Griega de San Longino, el soldado romano que hirió a Cristo en el costado. Después encontramos la Capilla Armenia de la División de los Vestidos, que conmemora el juego de suertes que hicieron los soldados romanos por el manto de Jesús.

Por una escalera se baja a la Capilla Armenia de Santa Elena, muy adornada con pinturas y tapices. Más abajo, está la Capilla Latina del Hallazgo de la Cruz. Aquí es donde se supone que Santa Elena encontró las tres cruces.

Al volver al piso principal, se llega a la Capilla Griega de los Improperios, en donde se conserva la columna de las burlas, que se dice fue el asiento de Jesús mientras se mofaban de El los soldados romanos.

En un piso superior, están las capillas del Gólgota en que se hacen cuatro de las últimas estaciones del Vía Crucis.

En el Katholicon se encuentra un cáliz de piedra, que se dice marca el centro de la tierra. Otros creen que ese centro está cerca de la Puerta de Damasco. Por otra parte, la roca que se venera en la Mezquita de Omar, que algunos suponen es la piedra en que Abraham iba a sacrificar a Isaac, figura como otro de los puntos que se cree centro del planeta.

La mayoría de los mapas de la Edad Media, marcan a Jerusalén como centro de la tierra. La pregunta a hacerse es si ese punto central ha sido geográfico o ideológico.

En materia de creencias, es conveniente notar que las sectas protestantes veneran en Jerusalén un sitio llamado "La Tumba del Jardín", fuera de las murallas y muy cerca de la Puerta de Damasco. Creen que allí se cumplió el Calvario y fue enterrado Jesucristo. En la actualidad es un bellissimo parque, cubierto por una alta muralla de piedras. Uno de los senderos lleva a una tumba muy antigua, cavada en roca y conservada en su estado natural, sin mármol de ninguna clase. El lugar también se llama Calavera de Gordon, en memoria del general inglés Gordon, el héroe de Karthoum, quien se esforzó mucho en probar la autenticidad del lugar.

Los sirios ortodoxos tienen un convento dentro de Jerusalén Amurallada, cerca de la iglesia de San Jaime en el barrio armenio, en que veneran un local, alto, pues suponen que allí Jesús celebró la última cena con sus discípulos.

En todo caso, sobre las disputas acerca de la localización exacta de cada paso de Jesús, está la tradición que consagra desde siglos atrás determinados puntos. La fe de los peregrinos de todos los tiempos y los descubrimientos de ruinas ya remotas, toman asiento definitivo en los santuarios establecidos.

El peregrinaje de tantos hombres de fe, ya sean cristianos, musulmanes o judíos, nos vuelven a recordar el centro del mundo. ¿Por qué Jerusalén? Raro es el destino de las ciudades. Quizás la más pobre de todas, la que estaba fuera de los caminos que conectaban las grandes civilizaciones antiguas, la que sólo tiene a su haber la luz y la transparencia de su atmósfera. Esa ciudad fue para los judíos la ciudad del templo. Los cristianos la transformaron en la ciudad de los templos. Los musulmanes la consagraron como la tercera en santidad dentro del islamismo.

Jerusalén sigue hoy, después de tantos siglos, como centro espiritual de los hombres de fe.

POR LAS PAGINAS DE LA BIBLIA

Adán y Eva: la primera pareja

Caín y Abel

Noé y el éxodo del agua

La Torre de Babel y el problema de comunicación

Job, el héroe del sufrimiento

Salomón, el rey sabio en sabiduría de amor

Salomón, hombre y rey

Salomón, el hacedor de proverbios

Salomón, el predicador

ADAN Y EVA: LA PRIMERA PAREJA

En el Libro de Génesis, concretamente en los versículos 26, 27, 28, 29 y 30 del capítulo I, se habla de que Dios creó un hombre antes que Adán. Era un hombre extraño, varón y hembra a la vez, que no se vuelve a mencionar después en la Biblia. Dios creó este hombre en el sexto día, al decir: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. De manera que creó Dios al hombre a su imagen, a la imagen de Dios le creó; varón y hembra lo creó".

Acerca de este primer ser humano, mucho especula la Cábala. Creado por Dios queda en el misterio. Su historia, su vida en la tierra se desconoce, es un personaje perdido en el relato bíblico.

Ya en el capítulo segundo del Génesis, cuando Dios acabó la creación y descansó en el séptimo día, hizo la lluvia para que hubiera cosecha y se dio cuenta de que no había hombre que labrase el suelo. Formó entonces Jehová al hombre del polvo de la tierra, sopló en sus narices el aliento de la vida y "el hombre vino a ser alma viviente". En el jardín que había plantado en el oriente, en el lugar llamado Edén, puso Dios al hombre.

En Edén había toda clase de árboles, gratos a la vista y buenos para comer. También estaba el árbol de la vida, el árbol del conocimiento sobre el bien y el mal. El quid de la tragedia.

Un río salía de Edén, regaba el jardín y se repartía en cuatro brazos: el Pisón que da vuelta a toda la tierra de Havila, donde hay oro y ónice; el Gihón que da vuelta a la tierra de Cus; el Tigris que corre enfrente de Asiria; y el Eufrates.

Ya en Edén, el hombre supo por boca de Dios que de todo árbol podría comer, menos del árbol del conocimiento del bien y del mal, "porque en el día que comieres de él, de seguro morirás". Y Dios fue generoso con el hombre, le dio el poder de dar nombre a las bestias, a las aves del cielo y a los animales del campo. Lo hizo para buscarle una ayuda idónea, pero el hombre no encontró esa ayuda. Entonces, Jehová lo durmió, tomó una de sus costillas e hizo de ella la mujer. El le puso nombre, dijo que se llamaría hembra, porque del hombre fue ella tomada, hueso de sus huesos, carne de su carne. Agregó que por ella dejará el hombre a su padre y a su madre, quedará unido a su mujer y serán una misma carne.

Definido así su destino, por obra de Dios, hombre y mujer, la pareja humana, iniciaron su vida en Edén, ambos desnudos, sin avergonzarse de su desnudez.

Pero, la serpiente, el más astuto de los animales del campo, interroga a la mujer sobre la prohibición de comer frutos del árbol del conocimiento. El curso de la dialéctica es asombroso e inductivo. El árbol del conocimiento los puede hacer como Dios, sabedores del bien y del mal, entonces no podrán morir. El tiempo y la muerte representan la gran ganancia, cuando lógicamente no se podría tener sensación de tiempo y angustia de muerte. Apenas se iniciaba la vida. No dice la Biblia cuánto duró la conversación, ni cuán largo fue el período de la tentación. El árbol del conocimiento se volvió un imán para la mujer, lo encontró delicioso y deseable, y probó su fruto. Comió de él y dio de comer al hombre. Los ojos de ambos se abrieron, se dieron cuenta de su desnudez, cosieron hojas de higuera y ceñidores que los cubrieran.

La desnudez, su desnudez original, asombra al hombre y a la mujer, a aquellos seres que habían visto el principio del mundo, los primeros animales, el crecer tranquilo y natural de los frutos de la tierra.

Sienten vergüenza y se esconden de su Creador. Dios los llama y los juzga. Al saber la participación de la serpiente, la maldice, la destina a andar sobre su vientre y a comer polvo durante todos los días de su vida. En cuanto a la relación entre la serpiente y la mujer, pone enemistad entre ellas y entre sus simientes.

A la mujer la condena a que muchos sean los trabajos de sus preñeces, con dolor parirá a sus hijos, y la sujeta a la voluntad del marido, quien será su señor.

A Adán, cuyo nombre aparece por primera vez al recibir la condena, lo maldice a comer con trabajo durante todos los días de su vida, con sudor de su rostro ha de comer el pan hasta que vuelva a la tierra, de donde fue tomado, porque polvo es y polvo volverá a ser.

Entonces Adán llamó Eva a su mujer, porque ella había de ser madre de todos los vivientes. Juntos salen del jardín de Edén, para labrar la misma tierra de que fue hecho Adán. Jehová colocó en Edén los querubines y una espada de fuego, "que daba vueltas por todos los lados para guardar el camino del árbol de la vida".

Dos hijos nacen de Adán y Eva, después de salir del paraíso. El primero es Caín, quien fue como su padre labrador del suelo. El segundo es Abel, pastor de ovejas. Una tragedia de celos y de envidias los envuelve, frente al testigo de Dios. Adán y Eva están ausentes del relato. Nada se dice de su dolor por la muerte de Abel, nada de su tragedia por el acto de Caín. Sólo se menciona, más tarde, que Eva parió otro hijo, al que puso el nombre de Set, porque "Dios (así decía ella) me ha sustituido otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín".

Vivió Adán 930 años y murió. No sabemos cuántos vivió Eva. Corta es la Biblia en la descripción del primer hombre y de la primera mujer, esos seres que han motivado tantas obras artísticas, sobre sus rostros, sus personalidades, su tragedia, su exilio del paraíso. De esos padres bíblicos de la raza humana, poco se sabe. Las especulaciones siguen de cerca su rastro y los elementos que configuraron la salida del Edén.

Adán, pese a la imagen exaltada que tenemos del paraíso, se debió sentir solo. Dios comprendió esa necesidad que tenía de "ayuda idónea". La encontró en la mujer, creada del hombre mismo, para que fuera su complemento. Desde la aparición de la mujer ya no hay más creación alrededor del hombre, todo parece perfecto.

Sin embargo, al existir una prohibición, la del árbol del conocimiento, llamado también el árbol de la vida, el que enseña el bien y el mal, la pareja humana ya tenía sobre sí el terrible dilema de la curiosidad. El hombre acepta la prohibición y ni siquiera es tentado a probar los frutos de tan inusitado árbol. La mujer acepta en principio la prohibición, castigada con una pena desconocida, como es para la primera pareja la de la muerte, pues se supone que no han visto ni vivido esa etapa final de la vida o sea transformación del vivir. Luego, la idea de ser como Dios, saber el bien y el mal, no conocer la muerte, la seducen con facilidad. La serpiente quizás sea el símbolo de su propio monólogo, la contraparte que mueve la curiosidad, el instinto de saber a riesgo de perder.

Eva es sin duda más inquieta que Adán. Ella es la que desencadena la tragedia del exilio, la protagonista de la pérdida del paraíso. Y cuando de reconocer la culpa se trata, ya ante Dios, ella dice simplemente: "la serpiente me engañó, y comí". Esa hábil serpiente que habita tal vez en el gusano inquisitivo de la

curiosidad, ese pretexto de debilidad que se ampara en la debilidad y que es la fuerza matriz de tantas fortalezas.

Adán, al ser interrogado por Dios, dice la verdad. "La mujer que pusiste aquí conmigo me dio del árbol y comí". La voluntad de él, aun ante las prohibiciones divinas, era la voluntad de su mujer. El también es débil, la vida en el Paraíso era compañerismo, unión de voluntades, compartimiento de gestos complementarios. Un muy antiguo refrán lo corrobora, "el hombre *propone y la mujer dispone*".

La transgresión está cometida y la pareja es solidaria de su destino. No reclaman, no lloran, no piden clemencia. La unidad de Adán y Eva es ejemplo de convivencia. Ya sin fortuna, con el gravamen del trabajo, con el anuncio de los dolores, juntos van al enfrentamiento de la vida. Ayer, en el paraíso, ese paraíso que todavía se pasea en las frentes de los seres con un dejo de nostalgias, mañana en la tierra, con la incertidumbre de frutos y cosechas, con seguridad implacable de dolores y penas.

Casi todos los personajes de la Biblia son conductores. A unos les corresponde llevar al pueblo hacia el exilio, a otros hacia el retorno a la tierra, muchos de ellos adelantan las imágenes de lo que va a suceder, algunos gobiernan durante períodos de conquista o de tregua o de paz. Todos van hacia una etapa en la historia del pueblo.

Adán y Eva son los personajes del primer exilio, el del Paraíso, el lugar cuyo retorno será el ansia de la mayoría de los seres humanos, figurado en la imaginación por deseos, sueños, ideales.

Adán fue directamente creado por Dios, para dar sentido a la creación. Eva derivada del hombre, mientras dormía, y también quizás soñaba con aquella "ayuda idónea", que lo arraigara por siempre en el jardín de Edén. El curso de los días y el espíritu de la curiosidad, que todavía nos lleva por tantos rumbos desconocidos, produjo el exilio. Más allá de lo paradisíaco siguieron compañeros, ya sin el río que bañaba el jardín ni los árboles con frutas deliciosas, con el sabor del bien y del mal, con el enfrentamiento constante del dolor, con la desgracia puertas adentro de su casa, con el conocimiento pleno de las debilidades humanas, Adán y Eva siguieron juntos para cumplir el primer episodio del devenir humano. Esa unidad que viene de un ayer esplendoroso, va hacia un mañana incierto y se sostiene en un presente duro, es la mejor lección que nos pudieron dar.

CAÍN Y ABEL

Una espesa y profunda tragedia une los nombres de Caín y Abel, los primeros hijos de Adán y Eva.

También mucho se ha escrito sobre ellos, quizás algo de lo más profundo se deba a don Miguel de Unamuno, para quien son seres obsesionantes, especialmente Caín, el hombre en que se inflamó la envidia, sentimiento muy humano y patético, germinador de tragedias y producto tantas veces de desplazamientos oscuros, raros que envenenan el alma y destruyen la vida propia al intentar destruir la de otros.

Caín era labrador y traía a Jehová, en tributo a su grandeza, los frutos de la tierra. Caín siguió el ejemplo de su padre, labró los campos en busca del florecimiento y de la productividad. Llevaba en su frente la consigna divina de "maldita sea la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida, y te producirá espinos y abrojos, y comerás de las plantas del campo".

No relata la Biblia los trabajos que debe haber pasado Caín al hacer surcos, al regar la semilla, al esperar en vano las lluvias y sentir en el dolor de sus manos el trabajo inútil de la infecundidad. No nos dice tampoco el libro sagrado de que en otras esperas las lluvias fueron intensas, lavaron las semillas y tampoco hubo frutos. No nos cuenta de ese trabajo incansable del agricultor, que agrieta el cuerpo y el alma, luchando con los pájaros que roban, con las ovejas que deshacen los cultivos, con la aridez y la incertidumbre del sembrar para conseguir siembras. Calla la Biblia si Caín tuvo problemas con los pastores de ovejas, que quizás distraídos, tal vez sin intención, dejaron que sus rebaños destrozaran los sembrados. No sabemos si Caín discutió sobre eso con Abel, quien era pastor de ovejas. Puede ser, eran hermanos con distinto oficio, con una mira diferente.

El pastor es libre, lleva a sus ovejas por el campo y parece que pastorea con ellas. Necesita la mente amplia de los caminos, la paciencia imaginativa del que disfruta el entendimiento con el rebaño, crea un mundo de horizontes en que se canta a Dios porque se mira mucho el cielo y se adivina en sus paisajes la bondad y la hurañez de los vientos y de las lluvias. Pastor de ovejas es Abel, pastor sonriente que no conoce lo mío y lo tuyo, porque busca el verde para su rebaño, el verde de la sonrisa y la alegría. Ya en el verde las ovejas se quedan subyugadas y el pastor toca su flauta, dialoga con la brisa, piensa, imagina, hace dibujos en los contornos del cielo, esculpe figuras en los bordes y en las rocas, ha aprendido a dominar el tiempo, es la paciencia en sí mismo. La fortaleza de su alma es de fibra recia y alegre, no hay infortunio que lo entristezca, el mundo es un pasto por encontrar y el pasto crece por doquier, la compañía del rebaño, es la compañía de la soledad luminosa porque el camino abierto lleva a una meta segura.

Hombres diferentes eran Caín y Abel, sus oficios sin duda simbolizan actitudes, creencias, personalidades con poca comunicación y afinidad entre sí. Un labrador habla de sus siembras, de la tierra y sus abonos, de la observación permanente de las eras. Poco debía hablar Caín a Abel. Quizás Abel era más comunicativo, el camino abierto de su pastoreo está lleno de novedades, un pájaro extraño que cruzó el cielo en la madrugada es ya un tema de conversación, sus alas de un rojo vivo... Pero, Caín no oye, le aburren los pájaros, son sus enemigos, su horizonte está definido por sus parcelas, le

importa lo que pasa en ellas, en su pedazo de tierra y el verde que lo deleita es el del retoño, más la faena del cuidado para que progrese y crezca. Abel también daba sus frutos a Jehová, le llevaba los primogénitos de sus ovejas. Es fácil imaginárselo más que satisfecho de los frutos obtenidos, como debía también estar Caín, alegre al entregar la ofrenda, ambos con la alegría de decir a Dios "éste es el mundo que has creado y el mundo es bueno".

Y Dios comete una injusticia porque selecciona, escoge entre Caín y Abel, y así favorece al segundo. Creo que todos los seres humanos nos sentimos afectados por esta escogencia. Ser igual es difícil ante la sociedad y las vicisitudes de la vida, casi imposible. El hombre está acostumbrado ya a que las diferencias tienen un precio y una terrible sustancia de injusticia. Ante esas realidades humanas, esperamos por lo menos ser iguales ante Dios, el Todopoderoso, el gran hacedor de lo justo. Una selección divina, rompe el orden de igualdad que esperan los hombres. ¿Hay algo más trágico para el ser humano?

Dios mira a Abel y a su ofrenda, "mas a Caín y su ofrenda no miró; y ensañóse Caín en gran manera, y decayó su semblante". Es como si se oyera la oración de Abel, si su plegaria llegara al cielo, y la de Caín no se elevara, no encontrara alas ni fuerzas ante Jehová. ¿Por qué? Esa debe haber sido la pregunta candente de Caín. ¿Por qué no yo, por qué si Abel? La única respuesta es que Dios ve en el fondo de las almas, aún cuando esa respuesta contiene otra pregunta más: ¿Por qué si en el alma de Caín había más zozobra y tormenta que en la de Abel, no había más piedad y comprensión hacia él por parte de Dios?

El relato bíblico produce muchas preguntas, a veces sin respuesta. Pero, lo más interesante es que Dios no es ajeno a la pasión interna de Caín. Por eso le habla en un tono extraño, en que le abre las puertas por primera vez al libre albedrío en la historia de la humanidad. Dios le dice a Caín "¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu sembrante? Si bien hicieras, ¿no serás acepto?, mas si no hicieras bien, el pecado yace a la puerta. Y a tí estará sujeta su voluntad y tú serás su señor".

A Caín se ha confiado la recompensa y el fin de sus actos, pero ¿en qué estado su alma? Sin duda padece ya de zozobra, ha visto que Abel sin gran esfuerzo, sin decisión de su parte, no requiere empeño, todo en él es de por sí aceptable. En cambio, Caín debe decidir entre el bien y el mal. Parece que el peso del destino y del pecado de Adán y Eva, se congregaran en su alma. Lucha por el fruto de sus cosechas, ofrece las primicias de ese fruto a Dios, pero ni siquiera son miradas. Ante su pesar, ante el dolor grave y profundo de la diferencia establecida entre Abel y él, la respuesta que recibe es la de que tiene entre sus manos el hacer el bien o el hacer el mal. Toda la complejidad del árbol de la vida, se ha trasladado al alma de Caín.

Y, ¿qué decide? Las circunstancias definen el acontecer del alma en el cuerpo de Caín. Dice la Biblia: "Y aconteció que al estar ellos en el campo, se levantó Caín contra su hermano, y le mató".

Estaban en el campo, y cuál era ese campo. ¿El campo abierto de Abel, en que las ovejas podían apacentar a su antojo, o el campo labrado de Caín, el campo aprisionado en eras y huertas, en que Abel no podía entrar con sus ovejas? No lo especifica la Biblia, no da detalles. No podemos saber si el enfrentamiento es del labrador, dueño absoluto de la tierra, frente al pastor, buscador de la siembra y el pasto para sus ovejas, invasor instintivo del verde y de la siembra.

No lo sabemos. Únicamente se dice que Caín mató a Abel, Jehová, el testigo divino del crimen, extiende su sentencia, en esa época y también en las venideras. El es el juzgador de los actos humanos. “¿Qué has hecho?, la voz de la derramada sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora, maldito eres de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la derramada sangre de tu hermano. Cuando labrares el suelo, no volverá más a darte su fuerza; fugitivo y errante serás en la tierra”.

El crimen se cometió, un crimen horrible, el hermano mató a su hermano, derramó su propia sangre, los ojos de la humanidad se espantarán por siempre ante el fratricidio. Sin embargo, pareciera que siempre habrá fratricidio en el mundo. La historia se repite como un hilo que se enreda. El libre albedrío, confiado por primera vez a Caín, cae con un péndulo pesado que asesina hermanos, que vierte sangre de hermanos, que repite un tic tac de muertes fratricidas. Esas sangres de hermanos antes las que levantamos la voz de García Lorca y decimos incansablemente: “Qué no quiero verla, que mi recuerdo se quema”.

Y Caín dice a Jehová, desde lo más profundo de su soledad, de esa soledad ya inútil que se perdió ante la lluvia y el verde: “Demasiado grande es mi iniquidad para ser perdonada. He aquí que me arrojas hoy de sobre la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré fugitivo y errante en la tierra, y va a suceder que cualquiera que me hallare me matará”.

Caín reconoce su culpa, sabe bien lo que ha hecho, es su sangre derramada y ella misma le dicta la honda dimensión de su crimen. Pero ¿a quién mató? ¿Mató a su hermano o al pastor que ponía en peligro sus siembras? ¿Mató al seleccionado por Dios o mató al que Dios protegía con sus rebaños y libertad? ¿Mató al que rendía con éxito ofrendas divinas o al que alteraba su concepción de trabajo y su sentido de propiedad?

El drama interior es siempre un enigma. El trabajo es el precio de la vida y el fruto su recompensa ¿Era el trabajo de Abel más fácil que el de Caín, era la propiedad de Abel más grande que la de Caín, era Abel tan libre y tan revolucionario que no creía en la propiedad de Caín?

El texto bíblico es parco, los hechos escuetos se dicen, las interpretaciones son tan libres como el camino del pastoreo.

Caín recibió su sentencia: fugitivo y errante será, pero Dios, lo señala para que no lo matara cualquiera que lo hallase, pues “cualquiera que matara a Caín, con los siete tantos se tomará en él la venganza”.

La justicia es divina, pero hace suponer que en el dictado se reconoce en ella un tanto de culpa humana.

De Caín venimos. Abel murió sin descendencia. De Caín que conoció a su mujer, y con ella parió a Enoc y de Enoc nació Irad engendró a Mehujael y Mehujael engendró a Metusael y Metusael engendró a Lamec. Y Lamec, que siguió engendrando con sus dos mujeres, Ada y Zilla, confesó que mató a un hombre que lo había herido y a un mancebo por haberle pegado, y proclamó para su venganza; “si siete veces ha de ser vengado, Caín Lamec, lo será setenta veces siete”.

Un largo historial de crímenes precede a la humanidad que se asienta hoy día en sus lares sobre una cantidad contabilizada en estadísticas de crímenes. ¿Quiénes se matan hoy día? ¿Pastores o agricultores? Actualmente tienen nacionalidades en Corea, Irlanda, Vietnan, Cambodia, Mozambique, Africa del

Sur, Rodesia, Medio Oriente, Angola. Hermanos todos en el mensaje cristiano. Caín y Abeles son los soldados desconocidos, con tan bellos monumentos y fogatas permanentes.

La Biblia parece copiar la historia diaria de la humanidad.

NOE Y EL EXODO DEL AGUA

Después de muchas generaciones, llegó Noé al mundo, hijo de Lamec. Su padre celebró su nacimiento diciendo: "Este nos ha de consolar respecto de nuestra labor y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová ha maldecido".

Por aquellos tiempos, Dios se dio cuenta de que era mucha la maldad del hombre en la tierra. Le pesó haber hecho al hombre y pensó en su destrucción, junto con los animales de la tierra y las aves del cielo.

Noé, sin embargo, encontró gracia en los ojos de Jehová. Dice la Biblia que era un varón justo y perfecto entre sus contemporáneos y que andaba con Dios.

Nada más dice la Biblia sobre Noé, pero lo que dice es suficiente. Las cualidades de "justo" y "perfecto", son de por sí extraordinarias, pero lo son aun más excepcionales en el mundo corrompido y violento en que vivía.

La perfección es una medida a la que casi ha renunciado la humanidad. Las reglas morales parten del principio de que el hombre es imperfecto, precisamente su existencia se fundamenta en la imperfección de lo humano. El budismo, por ejemplo, se basa en ese reconocimiento y estimula la acción del amor y del bien como un crear cercanías con la perfección.

La justicia es otro anhelo humano y el ser justo representa un cúmulo de superaciones, un aceptar sacrificios y un vivir con claridad de conciencias.

Noé, justo y perfecto entre sus contemporáneos, es así porque así está escrito. No sabemos en qué forma alcanzó esas cualidades, ni cómo se manifestaban su perfección y su justicia. Únicamente sabemos que era agricultor, que estaba casado y que tenía tres hijos: Sem, Cam y Jafet.

Un día Dios le dijo: "El fin de toda carne ha llegado delante de mí, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos, y he aquí que voy a destruirlos juntamente con la tierra". Entonces le da instrucciones sobre la barca que debe construir, de 300 codos de largo, 50 codos de ancho y 30 codos de alto, de tres pisos, con una claraboya y una puerta en el costado. Acabadas las instrucciones, Dios anuncia a Noé el diluvio, que destruirá todo lo que está debajo del cielo. Después sabe Noé por boca de Dios que él, su esposa, sus tres hijos con sus esposas, siete parejas de animales limpios y una pareja de animales sucios, según su género, entrarán en el arca, para salvarles la vida.

El tiempo para el diluvio está definido. Dentro de siete días empezará y durará cuarenta días y cuarenta noches.

Dice la Biblia que para ese entonces tenía Noé 600 años. Mucho tuvo que correr para en siete días construir el arca, abastecerla de alimento, preparar a la familia, conseguir las parejas de animales y quizás advertir a sus amigos, invocar su arrepentimiento y abolir la violencia y la corrupción en el mundo.

El arca estuvo lista en el plazo, en el mismo plazo de la creación del mundo, y todo preparado. Con la ayuda de Dios lo imposible es posible. Empezó el diluvio y se presenta con imágenes alucinantes: "En ese mismo día fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y las ventanas de los cielos fueron abiertas; y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches". Crecieron las aguas, el arca se levantó, empezó a navegar; las aguas siguieron creciendo, cubrieron las montañas, el arca siguió navegando.

Mientras tanto, hombres, animales y aves morían en la tierra. "Y fue raído todo ser viviente que había sobre la faz de la tierra, desde el reptil y hasta el ave

de los cielos; y así fueron ráídos de la tierra; y fueron dejados solamente Noé y los que con él estaban en el arca”.

El azote del diluvio está muy bien descrito por muchos pintores, que han ido más allá del escueto relato bíblico. Hombres, mujeres, niños desnudos, moribundos ven con horror crecer las aguas. Animales subidos en los árboles, enseñan su desesperación. Cadáveres hinchados nadan silenciosamente. El arca cerrada, único signo de vida tranquila, sigue el destino marcado por Dios.

Frente a esos cuadros, es difícil entender la perfección y la justicia de Noé. Hasta el arca debían llegar los gritos de auxilio, el llanto de los niños, el arrepentimiento de los hombres ya desesperados, frente a la evidencia de la muerte y de la furia de Dios.

Pero, esta historia del diluvio viene de tiempo atrás y se repite en el desarrollo de las religiones más antiguas. Es el simple acontecer de lo que debe acontecer. No hay clemencia, ni heroísmo. Se cumple el papel trazado por Dios.

Por esa misma razón, Noé no pregunta, no aboga por los otros, no pide perdón para los demás, se desconocen sus sentimientos, se ignora por qué se conforma egoístamente con salvar sólo a los suyos, se limita a cumplir con cierto mecanismo lo que Dios le ordena.

Si comparamos este relato bíblico con el babilónico, vemos que no se trata de un dios caprichoso que ordena el diluvio porque un ser humano perturba su sueño, ni de un ser humano que construye una barca porque un dios amigo le advierte lo que va a pasar. Se trata de un Dios afligido por la corrupción y la violencia del mundo, de un Dios arrepentido por los actos que se cumplen en su creación, de un Dios dispuesto a acabar con lo creado, pero que tiene la alternativa de recrear y para ello planea el diluvio. Se trata, por otra parte, de un hombre perfecto y justo, que no merecía ser destruido, cuya conducta propicia su salvación.

Sin embargo, el relato tan concreto es difícil de comprender, sobre todo porque Noé es humano, no puede dejar de serlo y al terminar su travesía de navegante y al volver a su oficio de agricultor, exhibe algo de lo que quiebra su condición de justo y perfecto. Por la concreción del relato, muchos rabinos han creado leyendas interpretativas sobre el éxodo del agua, que vive este héroe bíblico. Digo que vive porque él, con su esposa y con sus hijos, atraviesan el diluvio y la inundación; no digo que es el conductor o el líder en este segundo éxodo de la Biblia, porque Dios es el capitán del arca, el que la conduce, la salva del naufragio y la lleva a lugar seguro.

Cuando las lluvias cesaron, cuando las aguas empezaron a disminuir, cuando el arca posó sobre las montañas de Ararat, Noé abrió la ventana y envió un cuervo, el que estuvo yendo y viniendo hasta que las aguas se secaron en la tierra. Se cuenta que este cuervo preguntó a Noé por qué lo había escogido para esa misión. Noé le contestó con singular pragmatismo que no era un animal apto para los sacrificios, ni necesario en el mundo. Después envió una paloma, la que no halló lugar en donde posar y volvió al arca. Siete días después, la paloma voló de nuevo y trajo una hoja fresca de olivo. Dice una leyenda que en este segundo viaje, la paloma llegó a las puertas del paraíso y de ahí tomó la rama de olivo, pero muchos dicen que eso es imposible, pues si la paloma hubiera llegado hasta allá no habría traído la rama de un árbol prosaico en estos confines, si no que habría traído algo más exquisito y exótico. Noé esperó siete días y envió de nuevo a la paloma, la que ya no regresó más. La tierra estaba lista para habitarla.

Quitó la cubierta del arca, la tierra lo esperaba, ya seca. Dios le dijo que podía

salir con los suyos y sacar a los animales. Así lo hizo y como primer acto de asentamiento construyó un altar y ofreció holocaustos de animales limpios.

El éxodo del agua se había cumplido.

Entonces dijo Dios en su corazón: "No volveré más a maldecir la tierra por la causa del hombre; porque la imaginación del hombre es mala desde su niñez; ni volveré a herir a todo viviente, como acabo de hacerlo. Mientras dure la tierra, siembra y siega, frío y calor, verano e invierno, y día y noche nunca cesarán de ser". Luego, siguió el pacto de Dios con Noé y con el pueblo que vendrá de él, en que se establece que no habrá más diluvio y que la creación es para el ser humano, sobre la que debe rendir cuentas.

El silencio obediente y la actitud sumisa de Noé, el éxodo del agua y el sufrimiento de los que murieron, son los redentores de un mundo que empieza nuevamente.

Y Noé cultiva de nuevo. Su cultivo es ahora de uvas. Una leyenda señala que el diablo le propuso ser socio y se encargó de regar la tierra con sangre de animales. Es por eso que el vino al principio hace a la persona tan mansa como una oveja, más vino le da fuerzas de león, todavía más lo convierte en un cerdo, sucio y descuidado, y por último, ya el exceso, transfigura al hombre en un mono, del que todos ríen por su necedad y su ridiculez.

La viña de Noé, siguiendo únicamente el relato bíblico, dio sus frutos. Noé abusó del vino y acabó tendido en su tienda completamente desnudo.

Esta fragilidad humana ha hecho suponer a algunos comentaristas de la Biblia, que el episodio es de otro Noé, no el Noé del arca. Podría pensarse que fue el otro yo de Noé, dentro del mismo Noé del arca, el que se embriagó. Aquella vida de tensión, que presenció un mundo que acabó y un nuevo mundo que empieza, bien podría gozar de un largo rato de olvidos.

Y ese hombre que había logrado el pacto con Dios y su promesa de no más maldiciones sobre el mundo, se encoleriza con el hijo Cam que lo sorprendió desnudo y lo maldice. Mientras Jafet y Sem son benditos por el padre, Cam y sus descendientes serán siervos de siervos de sus hermanos.

Noé pierde su perfección y su justicia, pierde también la terrible lección del diluvio. El pecado por el que condena a su hijo es su propio pecado: estaba desnudo a causa de su embriaguez.

Por eso es mejor creer que Noé murió a tiempo, poco después de encontrar la tierra firme. Morir a tiempo es una gracia divina.

En realidad, si Noé hubiera muerto sin debilidades, sería más valioso el elogio que mucho tiempo después le hace el profeta Elías, al citarlo entre los tres hombres justos y perfectos: Noé, Job y Daniel.

LA TORRE DE BABEL Y EL PROBLEMA DE COMUNICACION

La historia bíblica sobre la torre de Babel es muy simple. Se advierte al inicio que era toda la tierra, en aquella época, de una sola lengua y de unas mismas palabras. Es decir, sólo un idioma se hablaba, idioma entendido por todos, y en este idioma correspondía la palabra a una expresión simbolizante, previamente entendida. Además, el poder de la comunicación era asombroso, alguien proponía y los otros aceptaban la tarea. La uniformidad de la lengua llegó a identificaciones y a identidades tan absolutas, concretas y claras, que después de la Torre de Babel nunca más se alcanzaría un grado tan perfecto en el coloquio familiar, en el discurso público, en la traducción de otro idioma, en el descifrar significados, en el traslado de mensajes, en la misma prédica de las intenciones.

Se abrió desde ese momento la complicación de las interpretaciones. Sólo el monólogo es claro al monologante. El diálogo ha quedado siempre matizado por el "yo quise decir", por la pregunta para determinar si ha sido entendido, por la carga emocional de los gestos, por la inspección constante sobre el que recibe las palabras, por la preocupación de ser entendido, aun hablando en una misma lengua.

Dice la historia que los hombres movían sus campamentos hacia el oriente, cuando hallaron una llanura de tierra de Sinar y allí se establecieron. Entonces, dijeron uno al otro que hicieran los ladrillos y todos se dispusieron a prepararlos. Después, esa misma voluntad colectiva habló de edificar una ciudad y una torre, cuya cúspide fuera tan alta que llegara a los cielos. Pensaron en ponerle un nombre, para no volver a ser dispersados sobre la faz de la tierra.

No hay un caudillo en la historia, no hay un líder, no hay un personaje individual, es el pueblo entero que tiene un lenguaje común de acción. El poder del entendimiento que desafía las alturas de Dios.

Construir una ciudad y en la ciudad una torre, es un propósito cumplido en casi todas las ciudades del mundo. El hombre admira las construcciones altas, especialmente si son espigadas y altivas como las torres. La arquitectura suaviza los bloques de fortalezas, catedrales, edificios, con la irrupción de la torre que no sólo contrasta con gracia de aguja la solidez de la masa, sino que permite elevar balcones de miradas sobre lo que se extiende abajo. El buscado predominio de altura de todas las civilizaciones y de todos los humanos. Ver desde arriba es comprender mejor, es tener vista panorámica, es proyectar la mirada hacia el horizonte, es hacer paisaje horizontal la grandeza y la miseria humana. La vista de la torre tiene sus peligros: el horrible peligro de perder el compás de la vida diaria, el olvidar el contenido humano que se debate en la llanura, el sacrificar por la perspectiva el conflicto que yace en la esquina, el desdeñar la actitud de pies en el suelo que requiere el pasaje cotidiano, y contemplar demasiado cerca la visión celestial, el cielo, las nubes, las extrañas corrientes del viento, el misterio de los astros, la compleja obra de Dios y el pretender subir sin escalar, estar en lo alto sin mérito, permanecer contemplativo de la obra ajena.

La torre que se propusieron construir los hombres no era decorativa, ni un simple mirador. Tenía un propósito más ambicioso, buscaba alcanzar el cielo. El planteamiento parece infantil, porque una torre de ese tipo es de antemano una imposibilidad de estructuras, un atentado a la ley de gravedad (conocida desde siempre y teorizada después), una tarea vana que acaba inconclusa o se viene abajo como las torres de baraja.

Dios vio la obra, sabía por supuesto su imposibilidad y entonces decidió castigar la intención, no aquel loco esfuerzo de levantar ladrillos. Dijo: "Vamos, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua, de manera que no entienda uno el habla del otro". Y así, simplemente, dispersó a los hombres sobre la faz de toda la tierra y se cesó de construir la ciudad y la torre.

Dice la Biblia que al lugar se le dio nombre de Babel, porque allí confundió Jehová la lengua de toda la tierra.

Ese fue el origen de los diversos idiomas, si queremos entender el relato en su expresión más literal y sencilla. También la cita es válida para los que atribuyen una intervención divina en las diferentes manifestaciones de la vida.

La Biblia, en general, es severa con la obra del hombre. La imagen humana no se puede erigir, el judío no puede exaltar la figura del hombre, para evitar la veneración de otro que no sea el Creador. La vida está concebida en términos de tránsito, con el peso de los mandamientos y la severidad de buscar a Dios en la tierra para encontrarlo en el cielo.

La Torre de Babel en la Biblia representa un símbolo extraño, que da mucho que pensar. En la comunicación estriba la tragedia humana y el no entenderse es la esencia misma de los sentimientos más negativos y contraproducentes. La no comunicación puede pender de hablar diferentes lenguas. Si un español se encuentra con un chino y no hay un idioma común entre ellos, ni un intérprete que aclare lo que dice uno y contesta el otro, el español y el chino, a pesar de los esfuerzos que realicen con señales y con dibujos, acabarán sin conocerse ni entenderse. Pero, la situación es obvia y de hecho comprensible, dos idiomas distintos no encuentran puntos comunes de comunicación. No hay tragedia en el suceso, es cosa natural.

La tragedia se da cuando el idioma es igual y esa igualdad de palabras, con sentidos, intenciones y significados entendidos, no produce la comunicación. El padre hablando español que no entiende al hijo que habla la misma lengua, porque los valores del lenguaje han cambiado de una generación a otra. Por ejemplo, el padre dice: yo quiero que seas un hombre de valía, trabajés y sigás el camino recto (para el padre ese camino es el reconocimiento social por medio de una posición válida dentro de la sociedad); y, el hijo, con distintos valores aplicados a las mismas palabras, desea ser un hombre de valía, en términos de autenticidad que le permitan existir en armonía consigo mismo (el trabajo regulado, la profesión comerciante, pueden no valer para él).

Indiscutiblemente el castigo de Babel está más relacionado con esa disparidad de intenciones sobre un mismo lenguaje, pues la no comunicación de idiomas diferentes tiene caminos de entendimiento a través del aprendizaje de la lengua desconocida, de un diccionario o de un intérprete. El otro caso de incomunicación se remonta a la axiología misma, a lo que vale para mí y no tiene valor para el otro, a lo que significa para mí y no significa para usted, a lo que entraña esa vía de palabras que salen de uno y llegan o no llegan a otro, a ese medio maravilloso que se llama diálogo y es lo más difícil de lograr, a pesar de los medios asombrosos de comunicación con que cuenta la humanidad hoy día. ¿Qué entiendo yo de lo que me dice usted? ¿Qué entendemos todos de lo que nos declaran públicamente? ¿Qué entiende usted de lo que se repite y repite?

Hay mucho de entendimiento común, una especie de patrimonio cultural sobre el que se debe hacer un esfuerzo enorme para actualizarlo y para sobrevivir en un nivel de erudición muy frágil. Hay una serie de señales que entendemos automáticamente, con disciplina obediente, y tienen prioridad al cumplimiento

de preceptos morales. Ante la división de los sexos, para efectos de intimidaciones, entre "ladies" y "gentlemen", nadie se atreve a trasgredir fronteras. Frente a la luz roja un gesto automático se detiene en los frenos y la luz verde vierte de inmediato los pies sobre el acelerador. La cerca de púas avisa agresiva la propiedad de otro, y aunque no es señal tan respetada por la injusticia que muchas veces enseña, nos dice que el mundo es ancho y ajeno. Es curioso: señales sin palabras se atienden con más rigurosidad que leyes y moralidades, para enseñar que algo no rompió la torre de Babel, que existe una plataforma, quizás mínima, pero al fin algo, en que el entendimiento humano ha llegado a un común acuerdo.

Hacer una torre, "cuya cúspide llegue a los cielos" es un propósito insensato, sólo hombres muy necios podían proponerse tal disparate.

Hacer una torre para acercarse al cielo, es una pretensión quijotesca, de idealismo contemplativo que olvida la región terrestre en que se apoya. El cielo es la sombra enorme, con toda su simbología real de presagios.

Pero, aquellos hombres de Babel querían algo más profundo, y válido: hacerse un nombre para no ser dispersados sobre la faz de toda la tierra. Hacerse nombre es el anhelo de todos, el nombre, el renombre, la fama, el mito y la historia, ¿qué cerca están de ese deseo! Hacerse un nombre es quedar en la memoria, es trascender la época y llegar al tiempo, es salvarse del olvido.

Y los hombres de Babel, lograron su propósito, eso es lo más importante, esos hombres anónimos, sin nombre propio, se hicieron un nombre, un nombre famoso, aun cuando su fama no es buena. Representaron para siempre la ambición desmedida, la locura vana, la pretensión de competir con Dios. Tal vez la fama sea injusta, pero lo cierto es que su obra ha pasado a significar la lucha salvaje por avanzar, a personificar el sacrificio de valores hacia la conquista del poder por el poder mismo, a simbolizar mejor que el tratado de El Príncipe que no importan los medios justificados en su injusticia circunstancial por un fin que es la ambición de las ambiciones.

Pero, la verdad es otra. Lograron el nombre los hombres de Babel para enseñarnos que la proliferación de las lenguas no entrañó la incompreensión de las palabras, porque éstas caen en el vacío si no van cargadas de verdaderas intenciones, si no corresponden a los sentimientos y los sentimientos no se reflejan auténticamente en los mensajes, si no hay identidad entre lo que digo y soy, si el idioma es un ejercicio que empieza como una línea paralela, no igual, en que corre de un lado las palabras y de otro las acciones, hasta que el divorcio del paralelismo las dispara lejanas y ya no hay contacto entre las palabras y el ser humano que las dice.

El nombre que lograron los hombres de Babel es el de haber enseñado muy cerca de las génesis universal, en otra génesis entrañada en la expresión misma, que la palabra y el hombre deben ser una sola cosa, para alcanzar la vida válida, la comunicación humana y el diálogo con Dios.

JOB, EL HEROE DEL SUFRIMIENTO

Para la Cábala los números tienen significados mágicos. El libro de Job al describir la felicidad con que Dios lo ha prodigado, detalla el número de su haberes: siete hijos (el número de la perfección del Génesis), tres hijas (para hacer el número diez, el de la armonía), siete mil ovejas y tres mil camellos (la misma proporción aumentada con los cerros), quinientas yuntas de bueyes y quinientos asnos (el siete, el tres, el diez, el cinco, son los números cabalísticos de la felicidad). Al final, en el fin feliz del libro, Job vuelve a tener siete hijos, tres hijas, y Dios le dobla la hacienda: catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnos. Además, Job murió a la edad de 140 años. Los números de la armonía, de la perfección, los de la felicidad se repiten en su vida.

Ese hecho de expresión perfecta, así como la falta de datos históricos, el planteamiento en términos de un cuento, ha hecho pensar que más que una historia de un ser humano, es la historia de un personaje. Job adquiere dimensiones universales en su queja, no es el individuo que afronta un infortunio tras otro, es la humanidad misma que se pregunta inconsolada qué significado tiene la vida, el dolor, y si no es todo este transcurrir entre nacer y morir una manifestación plena del absurdo.

El drama de Job se plantea en dos esferas: una de ellas está en Utz, una aldea de esta tierra, en que nació, vivió, sufrió y murió; la otra está en la residencia de Jehová, en que se contempla a los hombres y se juzga sobre su vida y destino.

Job vivía feliz, era hombre perfecto y honrado, un justo, temeroso de Dios y apartado del mal. Luego él dirá que protegía a sus siervos, que ayudaba a las viudas y a los huérfanos; que socorrió a los necesitados; que fue puro, generoso, austero en el goce de sus bienes, generoso en la ayuda a los otros. Lo asustaban y preocupaban los banquetes que ofrecían sus hijos, por eso en las madrugadas ofrecía holocaustos al Señor, por si acaso sus descendientes habían pecado y lo habían ofendido.

Y Dios reconocía en sus alturas a Job como hombre recto y cuando habla con Satanás lo cita con orgullo. Pero, Satanás, hábil dialéctico, le contesta que Job es bueno porque recibe bondades de Dios. Logra insertar la duda, ¿qué sería del hombre de Utz si se despojara de todos sus bienes? Jehová decide probarlo y autoriza a Satanás para que tome sus cosas, pero no le ponga la mano. Los bienes de Job ya están perdidos. Efectivamente, por medio de asaltos, incendios, catástrofes, tormentas, el hombre bíblico pierde sus hijos, su ganado, sus riquezas. Queda solo con su mujer, completamente arruinado. Rasgó su manto, se raspó la cabeza y dijo: "Desnudo salí de las entrañas de mi madre, y desnudo volveré allí, Jehová ha dado y Jehová ha quitado; sea el nombre de Jehová bendito".

Salió victorioso de la primera prueba, Job no se quejó, no profirió palabras insensatas contra Dios, sigue justo, recto, apartado del mal y temeroso de Dios.

Satanás duda todavía y hace dudar a Dios. Razona diciendo que le ha quitado lo que le ha dado, pero no tocó su carne, lo más preciado en la vida de hombre, "ruégote que extiendas tu mano y toques su hueso y su carne; y verás cómo reniega de ti en tu presencia". El juego sobre la fe de Job está iniciado, la duda aparece sobre el tapete, la prueba debe continuar.

Job es tocado, padece de una úlcera maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, se sienta en medio de ceniza y con un tiesto de olla se rae la podredumbre. Más adelante, él mismo dice que su carne se ha vestido de gusanos y de costras de polvo, su piel está rota y asquerosa.

Su esposa le pide que reniegue de Dios y muera. Triste, conmovedor, insoportable el retrato del dolor, debe parecerle Job, para que le dé tal consejo. Job le contesta que si aceptamos de Dios el bien, por qué no hemos de aceptar de El también el mal. Una vez crece sobre el sufrimiento, una vez más enseña la fortaleza de su espíritu, la médula firme de su fe, y con ella expresa una lección difícil de aprender: en los días de gozo y felicidad tomamos como cosa natural el regalo divino, nos acostumbramos a los bienes, los queremos para siempre, pero cuando cambia la fortuna, cuando la ruta va hacia el sufrimiento, entonces no queremos aceptar, nos rebelamos, renegamos de nuestra suerte. Nadie quiere recibir tristezas, dolores, pesares, propios o ajenos, aunque vengan de disposiciones divinas. El hombre busca la felicidad en términos básicos de salud, bienestar personal y familiar, acomodo, un lugar tranquilo en el conglomerado humano, con cierto grado de consideración. Después las búsquedas se refinan, el número de bienes deseables aumenta, como aumentan también los placeres, las necesidades sofisticadas de apariencias y de múltiples propiedades.

Los días de dolor se alargan y el sufrimiento de Job atrae a amigos lejanos. Lo visitan tres, con el propósito de condolerse con él y consolarlo. Vana pretensión. El dolor no se comparte, no se aleja con la consideración, no se esfuma con el consuelo. En ningún caso se presenta tan clara la distancia entre los seres humanos, es como si una barrera de lenguaje se alzara entre el que sufre y el que consuela. Tal vez por eso las frases reconfortantes siempre han sido lugares comunes y las frases de dolor puñales que abren significados íntimos y misteriosos a las quejas. En estas escenas se presenta, más evidente que en otras oportunidades, la ironía. Job lo dice desesperado en varios momentos de la conversación que se establece con los amigos.

Son tres los visitantes, Elifaz, Bildad y Zofar. Cuando se encuentran con Job no lo reconocen y al ver su sufrimiento se rasgan sus mantos y se bañan de polvo sus cabezas. Se sientan en el suelo, y sin hablar, pasan con él siete días y siete noches, tal como si cumplieran un plazo de duelo.

Job ya no puede más, no entiende el sentido de su dolor, no sabe el por qué de su sufrimiento, entonces habla para maldecir el día en que nació. "Perezca el día que nací". Prefiere no haber nacido y se pregunta ¿"por qué se da vida al hombre cuyo camino está encubierto y a quien Dios tiene encerrado?".

Elifaz le recuerda que Job daba fortaleza a los sufridos, "mas ahora te llega a ti la calamidad, y te desalientas; te toca, y estás desesperado. No es pues tu temor a Dios tu confianza?" El giro de la conversación está trazado y va a tener un eje común: existe derecho al reclamo de Job frente a la decisión divina.

Job contesta con la descripción de su sufrimiento, no sólo de su dolor de piel rota y asquerosa, sino también de amigos que desaparecen, de niños que se burlan, de la soledad que va entrañando el sufrir. "Yo no refrenaré mi boca; hablaré en la angustia de mi espíritu; me quejaré en la amargura de mi alma. Abomino la vida; no quiero vivir para siempre. Dejarme pues, porque mis días son vanidad".

Bildad, en su largo discurso, le recomienda buscar solícito a Dios. Job responde que él sabe que Dios manda sobre el mundo, le ha pedido la muerte y Dios no ha contestado.

Zofar levanta la voz para exclamar, entre muchas palabras, las más duras e injustas para el dolor de Job: "Dios te castiga menos de lo que tu iniquidad merece". Con altivez replica "yo sé que soy inocente", Job conoce sus interioridades, no es ajeno al examen de conciencia, sabe que es inocente y su inocencia se impacienta con las palabras de los amigos porque "vuestros dichos memorables son refranes de ceniza, y vuestros baluartes, baluartes de barro".

Elifaz vuelve a hablar y señala: "¿qué es el hombre para que él sea limpio?". Job comprende la distancia enorme que lo separa de sus amigos, la distancia que existe entre el dolor y la alegría, entre la angustia y la tranquilidad, por eso le dice que muy diferentes serían las palabras si estuvieran dentro de su carne. "Consoladores molestos, sois todos vosotros". Molestos, lejanos, que desconocen la pena, su pena, ¿cómo entonces entendería? El dolor se envuelve en la más absoluta soledad, para la que sólo existe la salida de la muerte. "A la corrupción digo: mi padre eres!, y al gusano: mi hermana y mi madre! ¿Así que en dónde hay esperanza para mí? y en cuanto a mi esperanza, ¿quién la verá? Bajen pues mis miembros a la sepultura, verdaderamente sólo en el polvo hay descanso para todos".

Bildad, ágil en sus argumentos, lo interpela: "¿oh tú que te despedazas en tu furor, ha de ser abandonada la tierra por tu causa; o se han de arrancar las penas de su lugar?". El amigo no entiende que Job prefiere la muerte a la vida. El vive, él no está enfermo, él no ha perdido a sus seres queridos, confía aun en que la creación tiene sentido y en la creación hay armonía universal, lo bueno sobresale, lo malo se castiga. Job contesta pidiendo compasión.: "Tened compasión de mí, tened compasión de mí vosotros mis amigos, porque la mano de Dios me ha tocado! ¿Por qué quereis perseguirme vosotros como Dios?". Job pide que se vea su dolor, que se piense en él, no solicita lástima, no exige que se comparta su pena, desea que se le entienda, que se pueda valorar su razón de protestar sin renegar, de rebelarse sin blasfemar.

Zofar habla de nuevo y de su larga disertación las frases más agudas son aquellas en que afirma que los cielos revelaron siempre la iniquidad humana. Job responde que la mano de Dios no cae sobre los inicuos, los que viven felices, se hacen ricos y no conocen los dolores. Ya duda terriblemente sobre la justicia divina.

Elifaz, con aliento metafísico, pregunta si por ventura el hombre es provechoso a Dios. ¿Cuál es la utilidad del ser humano ante el Creador? Siempre la pregunta eterna será el para qué, porque todo tiene su utilidad, con olvido de que las telarañas se tejen en el vacío. Job reconoce que su herida es más grave que su gemido, y sin contestar el planteamiento de su amigo, encuentra que tiene derecho a hablar con Dios y a exponerle su causa, se erige abogado de sí mismo con palabras que El entendería, pero su gran problema está en que busca esa comunicación y no la encuentra.

Bildad elogia la obra de Dios y considera que el hombre es oruga y gusano. Job entona un canto, a manera de réplica, y confirmando su fe, con palabras que sólo pueden salir de la contradicción entre su creencia y el dolor, dice: "Vive Dios, el cual me ha quitado mi derecho, y el Todopoderoso que me ha amargado la vida; que mientras tanto que mi espíritu esté dentro de mí, y haya hálito de Dios en mis narices, mis labios no hablarán iniquidad, ni mi lengua engaño!" Job recuerda su vida con una conmovida nostalgia, recuerda sus días de felicidad y los añora. Vuelto de repente a su realidad de carne y gusanos, grita: "A ti clamo por auxilio, oh Señor, mas no respondes!" Después, en un largo

soliloquio se juzga, examina sus actos, su pasada felicidad, sus días tranquilos y no encuentra falta que justifique su castigo.

Dice el libro que los amigos callaron: justo era Job. "Se había justificado a sí mismo más bien que Dios". Aparece el héroe inocente, el que soporta dolor sin causa y sin fin, el hombre bueno que es castigado de manera injusta. Job ha recibido consuelo humano, ante sus amigos encontró comprensión hacia su rebeldía y su denuncia: el hombre no es nada ante la grandeza de Dios y la vida, corta de días y llena de sinsabores, no tiene sentido. "El hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillas sin número. ¿Podrá pasar junto a mí, y yo no lo veré; pasará y no lo entenderé. Podrá arrebatarme, y quien le hará restituir lo arrebatado? ¿Quién dirá qué debe hacer?"

Un joven, que había oído la conversación, se enfurece contra Job y sus amigos. Señala que más grande es Dios que el hombre: cómo se atreven a juzgar las decisiones divinas y a decir quién es justo. La tarea de juzgar está exclusivamente en las manos de Dios. Interpela a Job porque no tiene derecho a entrar en contienda con El. "La obra del hombre El se la recompensará, y hará que cada uno halle conforme a su camino. Y ciertamente Dios no hará maldad, ni el Todopoderoso pervertirá la justicia".

Inmediatamente, Jehová respondió a Job "desde el torbellino", y dijo: "¿Quién es éste que oscurece mi consejo con palabras sin cordura? Cíñete pues los lomos, como hombre valeroso; que yo te preguntaré, y tú me harás saber". Dios es ahora el que pregunta y el que acusa de usar palabras sin sentido. Pregunta a Job dónde estaba mientras El creó el mundo, pregunta quién estableció las dimensiones de lo creado, la armonía del universo, los límites del mar, los tiempos de la luz, las más grandes y pequeñas cosas de la creación. "El que responde a Dios responde a esto".

El Todopoderoso se enfrenta al reclamante, para enseñarle que es un ser limitado, que no comprende ni lo complejo ni lo simple, y es una pequeña parte de un mundo enorme. Cómo, entonces, pretende conocer las causas de su felicidad y de su infelicidad? Lo grande, lo infinito, lo pequeño, lo temporal, se enfrentan y de ese enfrentamiento sólo cabe la admiración sin reservas, la aceptación absoluta de la grandeza divina y de la pequeñez humana. Job sólo puede aceptar y dice: "yo sé que tú lo puedes todo, y que no puede estorbarse ningún propósito tuyo". "De oídas había yo sabido de ti, mas ahora te ven mis ojos; por lo cual me aborrezco a mí mismo, y me arrepiento en polvo y ceniza".

Jehová contesta a Job con la implacable visión de su grandeza. Job replica con la conciencia aguda de su impotencia. Y la rebeldía de aquel hombre, que sin perder la fe se encontró inocente de culpa para justificar su castigo, que dudó de la justicia divina sin blasfemar y dudar de la existencia de Dios, encuentra acogida en la gracia del Señor.

El fin del dolor no es el no dolor, es la felicidad. Job vuelve a ser padre, siete hijos y tres hijas; vuelve a ser rico, se duplicó el número inicial de sus ovejas, camellos, yuntas de bueyes y asnos; vuelve a tener amigos y parientes (aunque poco valor tienen los que regresan con la fortuna); vuelve a recuperar su salud y vive 140 años, para morir anciano, saciado de días.

No menciona el libro si Job siguió perfecto, justo, apartado del mal y temeroso de Dios. Realmente no es necesario apuntar la conducta humana después de haber hablado con Dios, porque la conclusión es obvia y lleva a términos indescriptibles de perfección. Y aun sin la visión de Dios, el sufrimiento debe humanizar porque el hombre no ajeno al dolor tendrá que ser más limpio,

más noble, más entendido en el quehacer del hombre, más humano, para que ninguna debilidad le deje de conmover las fibras más íntimas y se convierta en acción más de solidaridad que de consuelo.

La memoria del dolor, sin admitir ningún olvido, debe perseguirnos día a día para aclarar nuestro encuentro con el hombre, porque el placer en este mundo es cosa de ratos y el dolor, la necesidad, la pasión de ser en agonía permanente, es calzado común a los humanos. Esta memoria transfigurada en actos, aunque no se menciona específicamente, puede ser la mejor lección del libro de Job.

SALOMON, EL REY SABIO EN SABIDURIA DE AMOR

Tres grandes libros de la Biblia se atribuyen a Salomón: El Eclesiastés, Proverbios y El Cantar de los Cantares.

Tres libros diferentes de aquel hijo de David y Batseba, quien pidió a Dios un único don, el preciado don de la sabiduría, sabio era ya Salomón.

Nació bajo el signo del amor. El Rey David desafió la tradición y las reglas morales en su pasión por Batseba. Fue castigado por Dios y siguió amando. Batseba le contestó con iguales medidas, por él estuvo a punto de morir bajo el golpe de las piedras, que era la muerte reservada a las adúlteras.

Salomón no era el hijo mayor de David, por lo tanto podía no heredar el reino de Israel, si su padre decidía elegir a su primogénito. Su madre intervino a su favor y fue el heredero. Esta intervención fue dolorosa para la antes amada, pues tenía que enfrentarse a un rey David acompañado de Abisag la Sulamita, la joven más hermosa en todo el reino, quien fue la compañera de David en los últimos años y lo acompañó con extrema ternura dándole el calor que le faltaba en la vejez.

Al iniciar el Rey Salomón su mandato regio, su madre le pide un favor en nombre del primogénito de David, quien había sido despojado de la corona y se mostraba conforme con ello, únicamente quería a Abisag la Sulamita por esposa. Batseba interviene en favor de su hijastro y espera confiada el sí de su hijo Salomón. No sucede lo que se esperaba, el nuevo rey se enfurece, niega la petición y ordena la muerte de su hermano. No se menciona más el nombre de la Sulamita, salvo en el Cantar de los Cantares, en que ella es la amada y Salomón el amado.

Este precioso poema dice al inicio: "El Cantar de los Cantares, que es de Salomón". La interpretación literal de la frase deduce que el autor es Salomón. Otros dicen que la traducción correcta debe ser El Cantar de los Cantares de Salomón. Algunos creen que se debe pensar en El Cantar de los Cantares en tiempos de Salomón. Cualquiera que sea el autor, es claro que el amado es un rey y ese rey se llama Salomón. La amada es bella, la más bella de Israel y se llama Sulamita.

El poema es tan conocido que no necesita comentarios. Además, es tan bello que sobra cualquier intento de adjetivizar su belleza. Un diálogo de amor, un llamado, una exaltación de los amantes, con un coro representado por las mujeres de Jerusalén, las que conmovidas por el amor ayudan a facilitar el encuentro de los amados.

El amado es descrito como "el más señalado entre diez mil. Su cabeza es como el oro más fino, sus cabellos ondulantes y negros como el cuervo; sus ojos como palomas, junto a los arroyos de aguas, lavadas con leche, sentadas junto a las corrientes abundantes; sus mejillas como eras de bálsamo, como montones de hierbas olorosas; sus labios, lirios rosados que gotean la mirra líquida; sus manos, cilindros de oro guarnecidos de crisólito; su cuerpo, una obra de mármol blanco, que descansan sobre barras de oro fino; su aspecto es como el Líbano, majestuoso como los cedros; su boca es la dulzura misma, en fin, él es del todo amable". Más tarde, la amada confiesa que ama a un rey y versos después lo llama Salomón: "Mi viña, la que es mía propia, está delante de mí: los mil siglos serán para ti, ¡oh Salomón! "

La amada se pinta tan bella como Jerusalén, imponente como ejércitos con banderas tremolantes. "Tus cabellos son como una manada de ovejas, que se recuestan en las laderas de Galaad. Tus dientes, manadas de ovejas que suben del lavadero: todas ellas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas. Como granada partida son tus mejillas detrás de tu velo". Y el amado la llama Sulamita, al decirle: "Vuelve, vuelve, ¡oh Sulamita! , vuelve, vuelve, vuelve para que te miremos".

Es un largo llamado de amor que no se cansa de mirarse, de encontrarse, de quererse; que hace larga, imposible la ausencia; que no se agota en alabanzas mutuas; que es capaz de todo por el encuentro; que se duele del menor impedimento y que canta el mejor de los cantares. No hay nada que perturbe el amor, no hay celos, no hay reproches, no hay enfriamiento. Es el amor sostenido en su más exquisita nota. El único desconuelo, el único dolor, es el de la no mutua presencia.

Un amor tan pleno ha sido interpretado como un amor divino, como el amor a Dios. El misticismo absoluto usa términos carnales y pruebas físicas de amor. Los caminos pueden ser muchos cuando se tiene por meta la trascendencia.

El pueblo judío también ha encontrado significado histórico al poema. Se identificó con Sulamita cuando dice de sí misma: "Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén; morena como las tiendas de Cedar, bella como las cortinas de Salomón! No me mireis con desprecio, por cuanto soy morena! , pues que el sol me ha mirado. Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas; pero mi viña, la que es mía propia, no la he guardado". Ven en estos versos una metáfora de su historia en que se oscurecieron por motivos y factores ajenos a su voluntad, guardando adentro la fe, ese viñedo no cuidado, pero firme, puro, entregado a los valores del pueblo judío.

Salomón fue un sabio amante y de esa sabiduría hizo depender el crecimiento y la paz de su reino. En el Libro I Reyes se dice que llegó a reunir 700 esposas, la mayoría de los países vecinos, que su diplomacia la hacía descansar en la conveniencia de los matrimonios que emparentaban con enemigos y rivales, a quienes los lazos de la nueva sangre apacigua y transforma en colaboradores.

Su primer matrimonio lo hizo con una princesa faraónica, que le aseguró buenas y convenientes relaciones con los egipcios.

Y la fama de su sabiduría atrajo hacia su reino a la reina de Saba, quien vino preparada con acertijos para comprobar si era o no era sabio el rey Salomón. Regresó a su país admirada, había corroborado que la fama era cierta.

Pero, como Salomón era también sabio en la sabiduría del amor, una fuente inagotable de leyendas se derivaron de este encuentro con la reina de Saba. Una de las más conocidas cuenta que Salomón la recibió en un salón cubierto de espejos, paredes y suelo, al entrar la reina pensó que el trono de Salomón estaba sobre el agua y se levantó la falda para caminar. Al verle las piernas, el rey confesó: "Su belleza es la de una mujer, pero su vello, el de un hombre".

Esa diplomacia fundamentada en la estrategia del matrimonio, no privó a Salomón de otras mujeres. Se cita en el libro bíblico que llegó a tener 300 concubinas. El número de esposas y de compañeras supera a los inventarios de don Juan Tenorio.

Sin embargo, él confiesa su amor por una sola, Sulamita, cuando el número aun no había llegado a las cifras totales que se citan en la Biblia: "Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y las doncellas que las asisten, son sin número; pero una sola es mi paloma, mi perfecta; es la única de su madre, la predilecta de

aquellas que la dio a luz. Las doncellas la miraron, y la llamaron bienaventura; la vieron las reinas y las concubinas, y la alabaron”.

El rey sabio en la sabiduría del amor pudo amar profundamente a una entre muchas y logró que su pasión individual, dentro de aquel mare magnum, fuera respetada dentro de una convivencia armónica de realidades. Más que raro, es un caso extraordinario.

Como buen amante, Salomón era complaciente y permitió a las reinas extranjeras el culto de sus propios dioses. Jehová se enfureció y castigó a Salomón con la pérdida de su reino después de muerto.

Quizás esa abundante experiencia con el sexo femenino, es lo que hace decir a Salomón en El Eclesiastés: “Y hallo una cosa más amarga que la muerte: es a saber, la mujer cuyo corazón no es más que lazos y redes, y cuyas manos son prisiones. Aquél que es bueno delante de Dios escapará de ella; pero el pecador, de ella será prendido”.

El recuerdo de la Sulamita sigue suavizando su experiencia con el mundo femenino, porque sólo se conoce la mujer a través de la mujer. Las mujeres son otra cosa, a la mujer que ama y es amada. Por eso en los Proverbios, Salomón dice: “El que encontró a una mujer, encontró el bien...”.

SALOMON, HOMBRE Y REY

Salomón, rey de Israel, hijo de David y de Batseba, no es ajeno a la tragedia humana. En la casa real el dolor también existió. Un dolor que colinda casi con lo imposible.

La unión de sus padres no fue la más recomendable. David había deseado a la mujer del prójimo y el deseo se hizo acción complicada de adulterio, en que hubo necesidad de hacer desaparecer el esposo, militar que estaba destinado a avanzar por orden real hasta el encuentro con la muerte. El primer hijo de la unión debía morir y murió, conforme al castigo ordenado por Dios. "Y consoló David a Betseba su mujer, y llegóse a ella, y acostóse con ella; y ella le parió un hijo; y él le puso el nombre de Salomón; y Jehová le amó". La casa real, con hijos e hijas de diversas mujeres, no es lugar tranquilo, alejado de las pasiones. Salomón crece en ese ambiente. Sabe de la pasión de Amnon por su hermanastra Tamar, sabe que la pasión lo lleva a la deshonra de Tamar, que en venganza del hecho Absalón mata a su medio hermano Amnon y que la tragedia, digna de Esquilo o de Shakespeare no se detiene. El hijo huye al exilio y con la ayuda de enemigos de David, prepara un ataque contra su padre. Absalón muere en la batalla y David, profundamente conmovido, llora exclamando: "Hijo mío, Absalón! Hijo mío, hijo mío, Absalón, quién me diera que yo hubiera muerto en lugar de ti, oh Absalón, hijo mío, hijo mío! "

Hecho rey Salomón, gracias a la intervención de su madre y al consejo del profeta Natán, inicia y termina en su período la época más brillante de Jerusalén. De David, su padre, había heredado un reino vasto y unido, sin separación entre Israel y Judea. Salomón mantuvo los territorios y los amplió aun más con alianzas matrimoniales, logró buenas relaciones con los países vecinos, con una flota de barcos comerció con África. Poco a poco, su reino adquiere esplendor de cosas exóticas, artistas, reyes, sabios viajan a su corte, a la que también llegan especias, marfil, sándalo, caballos de Egipto, maderas de Líbano. La aureola de la paz permite el lujo, la arquitectura asombrosa, el intercambio de riqueza y cultura.

Salomón quiere embellecer Jerusalén, la ciudad de su padre, en donde él había asentado la capital de su reino y en donde había planeado construir el templo, pero David no podía hacerlo, sus manos no estaban "limpias", había derramado demasiada sangre en las guerras para realizar esa obra.

Le corresponde al hijo, a Salomón, construir el templo y el palacio de los reyes. Las estructuras materiales estructuran el carácter de las ciudades: Jerusalén templo, Jerusalén palacio, la hicieron Jerusalén real, Jerusalén santa: centro de mando en el reino, centro espiritual para siempre.

Cuarenta años reinó Salomón en Jerusalén, ocho años tomó la construcción del templo y la del palacio trece años. Para ambas obras contó con la ayuda del rey fenicio Hiram, el que le proporcionó arquitectos, obreros, cedros, abetos, sándalos y otros materiales, a cambio de vino, aceite, trigo, cebada y tierras.

El lugar escogido para el templo fue el monte Moría, en donde iba Abraham a sacrificar a su hijo y en donde había aparecido un ángel al rey David. (Una leyenda muy hermosa existe sobre este monte y vale la pena relatarla. Dice que vivían en el sitio dos hermanos, que se repartían por partes iguales el fruto de sus cosechas, pero en la noche uno pensando que el otro tenía familia y necesitaba

más, trasladaba a su bodega parte de su porción; el otro pensando que su hermano era solo hacía lo mismo; las porciones se encontraban iguales al amanecer hasta que un día ambos descubrieron su mutua generosidad. Por ese amor sincero de hermanos, por esa entrega generosa a la consideración del otro y por esa carencia absoluta de egoísmo, concluye la leyenda, Dios escogió ese sitio para su templo).

Como es natural en un hombre sabio, Salomón se pregunta quién es capaz de edificarle una casa a Dios, "cuando los cielos y los cielos de los cielos no le pueden abarcar". Llega a la conclusión de que el templo será solamente un lugar para brindarle sacrificios, una casa de oración a la que concurran todos, fieles e infieles, gente de su pueblo y gente de otros pueblos, todos los que quieran rendirle homenaje.

Hay quien dice que más importante que el templo, fue la oración que Salomón pronunció al inaugurarlo, en que reconoce que no hay edificio para Dios, creador de todo, y que el templo sólo tiene contenido cuando dentro de él hay hombres buenos, sinceros, que se arrepienten de sus pecados y están llenos de espiritualidad. Las piedras, las estructuras no son las dueñas de la santidad.

Sobre la construcción del templo, hay muchas leyendas. Una cuenta que Salomón necesitaba una piedra preciosa para cortar las rocas en que se asentaría la obra. Para conseguirla se puso en contacto con Aschmadai, rey de los demonios, quien vivía encadenado. Se interesa en el poder diabólico y le pide que le enseñe cuál es su secreto. Aschmadai, a cambio de la confidencia, solicita que lo libere y le entregue el anillo real. Salomón cae en su propia trampa de curiosidad, porque el rey de los demonios lo empuja con fuerza y así el rey de Israel, sustituido en el trono por Aschmadai que tomó su figura, se encuentra de repente muy lejos, pobre, desolado, sin que los súbditos lo reconozcan. Un rico lo convida a su banquete y le amarga los manjares con los comentarios sobre la grandeza del rey; otro pobre le ofrece un sencillo alimento, lo consuela por su soledad y le da ánimos para encontrar un mañana mejor. Salomón regresa a su trono, Aschmadai a sus cadenas. Las experiencias vividas por el rey en sus días de abandono y pobreza, dice la leyenda se verterán después en El Eclesiastés.

Salomón, que conoció las debilidades y tragedias humanas, los halagos y las riquezas, la fama y la gloria, la guerra y la paz, el amor y los amores, que hizo de la sabiduría un oficio de prédica, que soñó y encontró a Dios, no fue un héroe invulnerable. No conoció el arte de la medida griega y cayó en el campo de los excesos. ¿Demasiadas mujeres, demasiada riqueza, demasiado poder? La demasia toca las puertas del catigo. Dice la Biblia: "Y Dios se encolerizó con Salomón . . . porque has actuado así y no has preservado mi pacto y mis leyes que te ordené, rasgaré de ti el reino y lo cederé a tu siervo".

Muere en paz Salomón, pero antes de morir afrontó una revuelta que logró vencer y una pequeña parte de su reino se independiza. Ya después de él no habrá paz en Israel y en Jerusalén. Si un profeta, Natán, lo confirmó en el trono, al final de su vida otro profeta, Ahías, predice el fin de su reino unido y la desaparición de la paz.

El Deuteronomio habla de la conducta que un rey hebreo debe seguir. En uno de los párrafos señala: "Que no se procure multitud de caballos, para que no tenga que hacer volver al pueblo a Egipto en busca de caballos . . . y no debe tener muchas mujeres para que su corazón no se aparte del bien y no debe acumular plata y oro . . . "Corresponden tanto las recomendaciones a los excesos

de Salomón, que muchos estudiosos aseguran que se agregaron posteriormente para evitar con su experiencia otros casos iguales en el futuro.

Hombre y rey, poeta y sabio, amante y estratega, predicador y pecador, constructor del templo y del palacio. acumulador de riqueza y de reflexiones, Salomón cavó profundo en las profundidades de lo humano.

SALOMON, EL HACEDOR DE PROVERBIOS

Salomón no es sólo un rey en ejercicio, es poeta, es pensador, es constructor y sueña. Al principio de su reino sueña con Dios y le dice que es un niño pequeño y no sabe cómo conducir el pueblo. Dios le contesta: "pide que te he de dar". El rey joven no vacila en solicitar: "Da pues a tu siervo un corazón inteligente, para juzgar a tu pueblo, para poder distinguir entre el bien y el mal": Dios no duda al conceder, porque la petición le agradó. "Por cuanto has pedido esto, y no pediste para tí mismo larga vida, ni pediste para tí riquezas, ni pediste la muerte de tus enemigos; sino que has pedido para tí mismo inteligencia para entender juicio, he aquí que hago según tu palabra; he aquí que te doy un corazón tan sabio y entendido, que no haya habido otro como tú antes de tí, ni después de tí se levantará otro igual".

El sueño se torna en realidad. Pocos días después dos madres se disputan un hijo. Habían pasado la noche juntas, con sus dos hijos, uno de ellos murió en el lapso y ambas reclaman al vivo, lo reclaman con gestos histéricos y voces fuertes, con lágrimas y gritos que impiden sacar conclusiones sobre quién es la verdadera madre. Salomón propone partir el niño en dos y dar a cada mujer una parte. Una aceptó, la otra, la verdadera madre prefería que la falsa se llevara al niño entero. La verdad se había descubierto, la madre obtuvo a su hijo por medio de la sagacidad de Salomón. Todo Israel se deslumbró: en el rey había sabiduría de Dios para administrar la justicia.

Dice la Biblia que "Dios dio a Salomón sabiduría e inteligencia sobremana grande, juntamente con grandeza de corazón vasta como la arena que está a la ribera del mar". Hay que reconocer que quizás a veces se embriagó de poder y en otras ocasiones hizo privar la razón de su reino sobre la razón de la justicia, en algunas procuró su propio beneficio, oh la debilidad del hombre en el mundo que se olvida que sólo debe buscar el bienestar del pueblo, pero Salomón mismo lo dijo: "No hay hombre justo sobre la tierra que sólo haga el bien y nunca peque".

Cita el texto bíblico que Salomón "habló tres mil proverbios... y sus cantares fueron mil cinco". (¿Quién sabe cuántos cálculos habrán hecho los cabalistas con esos números?).

Los proverbios, que están incluidos entre los libros llamados "hagiografos" de la Biblia, se inician con esta frase "Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel". El proverbio responde a la expresión máxima y mínima de la sabiduría, pues condensa en breves palabras, en estilo alegórico o directo, un pensamiento de hondas repercusiones. La gente siempre ha sentido cierta debilidad por estas formas de expresión, quizás porque es fácil recordarlas, porque se acomodan muy bien a las citas oportunas, porque la mayoría pierde el hilo de las ideas en un largo discurso, porque la síntesis exige una digestión de inteligencias ingeniosas o porque el aforismo y la fábula recogen en el laconismo el mejor resultado de muchos laboratorios de ideas.

Los proverbios de Salomón recogen la sabiduría de la época y la entregan al pueblo, para que sea sabiduría popular. En su presentación adquieren también la forma de El Eclesiastés, o sea los consejos de un padre a un hijo, aun cuando la intención es más trascendente, menos íntima, y busca un auditorio más amplio, una especie de escuela a la que se entra libremente a través de la lectura.

El componer proverbios no es cosa fácil, requiere la observación constante de la actitud humana y como se busca ejemplarizarla por medio de instrumentos universales al alcance de la mayoría, necesita asimismo la observación de la naturaleza, del cosmos, de los animales, de las analogías del conocimiento.

El proverbio está movido siempre por el eje de utilidad. El pensamiento elaborado y sintético se entrega a otro para que le sirva como grada de perspectivas en su vida. Por eso tienen casi siempre dos tonos concluyentes: el asegurar bienestar, un camino hacia un mundo armónico y feliz; y, el trasladar consuelos en un plano de injusticias que tienen sus recompensas en un mundo superior y posterior.

Se ha discutido si los proverbios son realmente de Salomón. La discusión de propiedades intelectuales nunca me ha atraído, pero se menciona como curiosidad de registro. En última instancia el libro pertenece al pueblo del autor. Los eruditos concluyen que es parte de Salomón y otra parte de sus discípulos, pues es indiscutible que un hombre sabio está siempre rodeado de sabios o de aficionados a la sabiduría.

Es tarea vana describir un proverbio porque su contenido es tan breve, punzante y completo en la órbita de su expresión, que esa misma redondez exige sólo una alternativa: la aceptación de su concepto o el rechazo de él.

Desde los tiempos de Salomón han corrido muchas aguas, algunos de sus pensamientos son válidos, otros están tan manoseados que ya no dicen nada, otros son simples estados de ánimo que se hacen ciertos en determinados momentos, la mayoría recursos de citas en la cultura repetitiva de los tiempos.

Sin embargo, son del caso ciertas observaciones que buscan destacar valores de esa época y de otras épocas, así como indagar un poco acerca de las bases generales de su concepción.

El motivo central de los proverbios descansa en el temor a Dios. El Dios de la Biblia se confirma como una poderosa voluntad, que lo ha hecho todo, que lo hace todo y de la que pende la vida humana porque Dios juzga para recompensar o castigar. "Más vale un poco de temor a Jehová, que grandes temores e inquietudes sobre ellos". "Los ojos de Jehová están en todo lugar, atalayando a los malos y a los buenos". "Torre de fortaleza es Jehová, a ella corre el justo, y está a salvo". "El precio, de la humildad y del temor a Jehová, son la riqueza, la honra y la vida". Hay un trueque utilitario en la relación con Dios; el temor, el cumplimiento de sus mandamientos, el respeto a su voluntad, el saber que vigila, dan las únicas recompensas válidas, además esas medidas son propias de la sabiduría y no hay virtud que se exalte más en los Proverbios.

La sabiduría es algo que vale más que la plata y el oro, lleva hacia Dios, es el camino hacia El, porque "Jehová con la sabiduría fundó la tierra, con la inteligencia estableció los cielos; por medio de su ciencia los abismos fueron divididos, y las nubes destilan rocío". Salomón invita a que se llame hermana la sabiduría y a la inteligencia pariente cercana. La sabiduría llega a tener tanta importancia en los proverbios que deja de ser una meta, toma voz, se convierte en persona, recorre ciudades y calles y busca a los hombres. Su llamado es muy sugerente: "Dejad las simplezas y vivid; y marchad adelante en el camino de la inteligencia" Y la sabiduría bordea lo práctico para resultar en beneficio del bienestar del hombre, porque la tranquilidad de conciencia es un ingrediente que pesa en el sabor de la vida. "Más vale una comida de legumbres donde hay amor, que el buey engordado y odio con él". "Más vale un bocado de pan seco, y tranquilidad con él, que casa de banquetear continuo, donde reina la discordia".

“Más vale morar en algún rincón del terrado, que estar con una mujer rencillosa en casa espaciosa”.

La observación humana, cruda y cruel, abunda en los Proverbios, “Las riquezas aumentan mucho los amigos; pero el desvalido se ve separado de su prójimo”. “Muchos harán la corte al que es generoso, y todo hombre es amigo de aquél que hace regalos”. El rey parece descender de su trono, en donde todo es halago y corte, para mezclar su experiencia con la del hombre común. “El hombre de muchos amigos labra su misma destrucción; pero hay un amigo que es más apegado que el hermano”. En la corte hay también experiencia humana, si se trasciende el servilismo con ojos bien abiertos. “El que ahorra sus palabras tiene inteligencia; y el que es de espíritu sereno es hombre de entendimiento”. “Aun el necio, cuando calle, es tenido por sabio, y cuando cierra los labios pasa por hombre entendido”. “El hombre ofendido más difícil es de ganar que una ciudad fuerte, y las contiendas que resultan son como los cerrojos de un castillo”. “Una represión hace más mella en el hombre entendido, que cien azotes en el insensato”.

En cuanto al valor, ya sea apariencia o existencia, Salomón parece ver su propia posteridad y, más que dice, predice: “El buen nombre es de más estima que las grandes riquezas, y la buena voluntad vale más que la plata y el oro”.

En busca de lo más sencillo y más permanente, para de ahí fundamentar la trascendencia del ejemplo, observa toda clase de animales. “Las hormigas son un pueblo no fuerte, mas preparan en el verano su bastimento. Los conejos son un pueblo no poderoso, y por eso ponen en el peñasco su casa; las langostas no tienen rey, mas salen todas ellas repartidas en escuadrones; la araña agarra con sus manos y está en el palacio de los reyes”.

Hay en los Proverbios elogio al hijo bueno, recompensa al justo y castigo al injusto, premio al trabajador y abandono al perezoso, exaltación de la humildad y condena a la soberbia, apología a la discreción y crítica a las lenguas perversas, bienaventuranza a los que hacen el bien y maldición a los que realizan el mal, señalado provecho para el sabio e inutilidad para el necio. El bien gana en la balanza, el mal pierde siempre, todo basado en el temor de Dios y en la presencia de su vigilia constante.

La sabiduría acumulada que enseña los Proverbios, no se da generosa cuando se trata de describir las bases sobre las que descansa un reino justo y el secreto íntimo de un rey sabio. Poco dice acerca de esto, apenas unos cuantos consejos. “Cuando se aumentan los justos, se regocija el pueblo; mas cuando gobierna el inicuo, el pueblo gime”. “El rey que hace fielmente justicia a los desvalidos, su trono será siempre estable”.

Salomón soñó y nosotros soñamos con él ese gozo infinito de la sabiduría. Mejor es no despertar, especialmente despertar en la vejez y ver la vida hacia atrás como un recuerdo irónico de vanidades. “Vanidad de vanidades, todo es vanidad, correr tras el viento”. Sigamos soñando, pensando que la sabiduría anda en las calles, llama, está dispuesta a enseñar, sabe el mejor gobierno de cada uno y el mejor gobierno de todos.

SALOMON, EL PREDICADOR

Más que predecir, el hombre siente un deleite por predicar. Es como si lograra asentar un poco de luz en su propia existencia.

Salomón encontró escasa su sabiduría cuando realiza su prédica en El Eclesiastés, por eso también la señala como vanidad en esa conclusión casi absoluta que dejan sus palabras: "vanidad de vanidades, todo es vanidad".

¿Qué el libro no es de Salomón? : ya hay bastante escrito sobre eso, así como acerca de la influencia del pensamiento griego que se nota a primera vista. Vale sólo citar una anotación de Alfonso Reyes: "Pero la filosofía de El Eclesiastés no es cosa de sistemas y de aula, sino una visión difusa del mundo. Y esta visión no podría ser más antijudaica, ni parece fácil que, por mera casualidad, coincida a tal punto con algunas conclusiones de escépticos, cínicos y epicúreos". Quizás sea muy exagerado que El Eclesiastés sea un libro que niegue la filosofía judaica: en él está la concepción monoteísta; el amor al prójimo; el peligro del conocimiento, con que se reconcilia con el pecado de Adán al comer de la fruta del árbol del saber porque "el que aumenta saber, aumenta dolor"; y, la denuncia de injusticia social que se repite a lo largo de los textos de los Profetas. Es cierto que El Eclesiastés no es el libro predilecto de los judíos; en contraste con la marcada preferencia que le tienen pensadores cristianos, que han encontrado en sus palabras inspiración y hasta guía moral, así como un sin fin de citas literarias, en que hay comunicación entre el pensador y la prédica eclesiástica.

Hay quien se ha preguntado por qué este libro famoso forma parte de la Biblia. Unos afirman que se debe al hecho de que Salomón es su autor, conforme se deduce de las palabras que dicen: "cuando yo el Predicador vine a ser rey en Jerusalén". Y, ¿por qué Salomón escribió esta especie de diario o confesión tan negativa sobre la vida en sí misma? Los sabios talmúdicos afirman que cuando el hombre es joven dice cantos de amor (El Cantar de los Cantares); cuando está maduro escribe proverbios; cuando es anciano afirma que todo es vanidad.

Salomón reinó 40 años en Israel y fue un rey que todo lo tuvo y que todo lo consiguió: un reino unido, grande, paz con los vecinos, honores, privilegios, buena fama. Todavía algo muy importante para el ser judío: el aprecio de Dios, porque fue el rey que construyó el primer templo, enorme y ostentoso, con cierto sacrificio del pueblo hasta llegar a alarmar a sus gobernados. Fue el rey que hizo eterna a Jerusalén como capital del judaísmo.

Este rey que ya nada más podía pedir en honores, grandeza, bienes materiales y espirituales, se describe a sí mismo en la siguiente forma: "Híceme pues obras grandes; me edificué casas; planté para mí viñas; hice para mí jardines y vergeles, en los cuales planté árboles frutales de toda especie; hice para mí estanques de agua...; compré siervos y siervas...; también tuve posesiones de ganado mayor y menor...; amontané para mí plata y oro...; me proveí de cantores y cantoras, y de las delicias de los hijos de los hombres; mujeres no pocas...; mi sabiduría permanecía conmigo...; nunca negué a mis ojos de cuanto deseaban... y he aquí que todo es vanidad y correr contra el viento!".

No se puede analizar El Eclesiastés como un tratado de filosofía, sino como un recuento de experiencias subjetivas, propias de un ser viviente que pensó angustiado en la trascendencia de la vida y sólo encontró que "no había

provecho en nada debajo del sol". En la larga confesión, nos encontramos que es un padre que le habla a su hijo, en el tono más sincero que se pueda concebir y le cuanta lo que halló en la vida, su vida personal. Más que idea filosófica es vivencia, más que pensamiento es experiencia, más que acción es divagación, bajo el tono tentador de la prédica, a que somos tan aficionados los humanos.

Las vivencias nos hablan de un ser que todo lo tuvo: inteligencia, sabiduría, riqueza, poder, fama. Y ese cúmulo de bienes, que en cualquier lenguaje se llama riqueza plena, no lo llena, no lo satisface, no tiene significado porque todo es vanidad y correr tras el viento.

En este análisis desgarrador de las propias experiencias, en que el hombre mide los valores con sus propios valores, no hay ni siquiera consuelo de posteridad. La muerte pone fin y todo lo iguala. Muere el sabio y de su sabiduría nada queda, muere el rico y nada se lleva. Muere el insensato y su insensatez. Muere el oprimido y el opresor. Nada queda, sólo que el sabio, el insensato, el rico, el pobre, el opresor, el oprimido repiten los papeles.

Ese tono negativo, nihilista, individual, se aparta de las principales ideas bíblicas, en que el hombre encuentra en la vida la posibilidad de realizarse, en que se exalta el vivir como un compartir la creación de Dios, que entraña a su vez una participación divina en la creatividad.

Nada vale, ni la sabiduría, ni el trabajo, ni el esfuerzo, ni la abundancia. Todo es vanidad y correr tras el viento.

Además, el tiempo del hombre está dispuesto en un orden de cosas sucesivas que alternan los estados más opuestos: "Para todos hay una sazón oportuna; y hay un tiempo para todo asunto debajo del cielo: tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de derribar, y tiempo de edificar; tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de lamentarse, y tiempo de regocijarse; tiempo de esparcir las piedras, y tiempo de recoger las piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de rechazar los abrazos; tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar; tiempo de rasgar, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz".

La concepción de la vida, muy al estilo de Heráclito, es un eterno retorno, en donde late la pregunta de qué sentido tiene entonces la vida. Qué satisfacción se puede encontrar en el vivir? "Una generación va y otra generación viene; mas la tierra permanece para siempre. El sol también se levanta y el sol se pone, apresurándose a volver al lugar de donde se levantó. El viento va hacia el sur, luego gira al norte; girando, girando va el viento; y torna continuamente a sus circuitos. Todos los ríos van al mar; y con todo, el mar nunca se llena; al lugar adonde van los ríos, allí mismo vuelven a ir".

Las conclusiones salen obvias: todo es falso, vacío; el cosmos gira alrededor de un retorno ciego, sin sentido; nada satisface; todo lo que vive va hacia la muerte; no hay nada nuevo bajo el sol; el mundo es una organización de injusticias en que "he allí las lágrimas de los oprimidos, y ellos no tenían consolador; pues que de parte de sus opresores estaba la potestad".

Sin embargo, esas conclusiones no son tan fáciles. La prédica está poblada de contradicciones. La sinceridad con que se predica va hilando ideas contrarias, como si el libro estuviera guiado por el pensamiento de Pascal: "el corazón tiene sus razones, que la razón desconoce". El predicador exalta la sabiduría y la sabiduría sabe encontrar sentido a las realidades, más allá de lo que es vanidad.

Por eso acerca la sabiduría al dolor. "Mejor es ir a la casa del duelo, que ir a la casa del banquero; porque aquello es el paradero de todo el género humano. El corazón de los sabios está en la casa del duelo, y el corazón de los insensatos en la casa del festín".

También recomienda la amistad, dice que el hombre no debe estar solo, "más vale que haya dos juntos que uno solo; . . . pues si cayeren el uno levantará al otro".

Asimismo elogia el amor como lo único que vale en esta vana existencia. Recomienda darse, entregarse como la única propiedad válida: "Echa tu pan sobre la haz de las aguas; que después de muchos días lo hallarás".

En el elogio al amor, textualmente dice: "Goza de la vida con tu mujer, a quien amas, todos los días de tu vana existencia que Dios te ha dado bajo el sol; sí, todos los días de tu vana existencia: porque esto es tu porción en esta vida".

¿Vana existencia? ¿Vana la existencia dada por Dios? ¿Cuál es la relación que existe entre el Creador y lo creado? El predicador ya no reflexiona sobre su vida al creer en Dios, calla, admite y respeta su presencia, sobre la que no piensa. Es un Dios presente en todo, pero desligado de su vivencia personal. Es un Dios que está más allá de sus reflexiones.

Frente a la concepción seccionada, secuente y opuesta de los tiempos, un "tiempo de nacer y tiempo de morir", sólo dice: "el género humano no puede entender la obra que ha hecho Dios, después su principio hasta su fin". El hombre no está para entender la obra de Dios, aun cuando le corresponda vivir dentro de los límites de esa obra. "Yo sé que cuanto hace Dios es lo que para siempre será; nada se le puede añadir, ni nada se le puede quitar; y Dios lo ha hecho así, para que los hombres teman delante de El".

Frente al círculo repetitivo del eterno retorno en que se mueve la vida, "una generación va, y otra generación viene; mas la tierra permanece para siempre", el predicador levanta su voz para decir: "No hables temerariamente con tu boca, y no se apresure tu corazón a proferir cualquier cosa delante de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra: por tanto sean pocas tus palabras". No hay que juzgar el por qué de las decisiones divinas, la razón que mueve ese orden cósmico del retorno, sólo Dios sabe cuál es su inicio y su fin.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad, es correr tras el viento, Y todos seguimos corriendo tras el viento, en el círculo absoluto de las vanidades, de un estilo o de otro, en la más intensa variedad de formas. La vanidad de unos descansa en los elogios de otros, la vanidad de los otros en algunos de los valores que se cotizan en el mundo. La debilidad de las vanidades es la debilidad de las fortalezas humanas.

Poco, y ese poco es de una abundancia misteriosa, hemos aprendido de El Eclesiastés, pero el predicador en su sabiduría de hombre débil ya lo había previsto. Por eso dice a su hijo: "Y además, por estas palabras, hijo mío sé amonestado; de hacer muchos libros no hay fin, y el mucho estudio es cansancio de la carne". El predicador da a entender que El Eclesiastés es también vanidad. La única respuesta que se puede obtener es que hay un tiempo de vanidades vacías, otro tiempo de vanidades útiles, otro tiempo de ocasiones con vanidades útiles y que la única vanidad válida es la de echar el pan, nuestro pan, "sobre la haz de las aguas", sin siquiera esperar que después de muchos días y años lo hemos de hallar.

Carmen Naranjo nos ofrece ahora un nuevo libro, personal y vigoroso como ella, como el resto de su obra. Son los ensayos de una escritora versátil, que no está aprisionada por la forma, que todavía es libre. Con la misma maestría para crear un mundo novelesco, Carmen nos muestra la vida de un pueblo con sus múltiples facetas. Son los ensayos de una mujer sensible que supo ser receptiva a una cultura y a una religión que no son las suyas, que abierta a un mundo nuevo, se conmueve ante el misterio, ante la paradoja, ante la vida que siente palpitar a su lado. Que si se asombra algunas veces, no rechaza jamás. Ese asombro que es la llave de todo conocimiento. Asombro que quiere saber con el objeto de conocer primero y amar después. Ese asombro cálido y humano llevó a la autora a escribir y describir las costumbres, las fiestas, el humor, la vida de Israel y su gente.

Cada ensayo es una filigrana tejida con paciencia y cariño, por eso rebasa el nivel puramente informativo para alcanzar un grado de elevada comunicación, que cuando de culturas se trata sólo puede darse a través de la empatía. Una religión diferente, una sociedad distinta a la nuestra, sólo puede encontrar la conciliación a sus contradicciones en un espíritu grande, libre de prejuicios.

Si el objetivo de Carmen al escribir los ensayos a los que me refiero, era fomentar la fraternidad universal entre los hombres que han estado separados por muros de incompreensión, nacidos de la ignorancia, este objetivo está plenamente realizado para el lector que se acerca a ellos con la misma actitud con que fueron escritos.

Rosita Giberstein K.